Entre el deber y el corazón



Sra. Sotto

“Entre el deber
y el
corazón”

Sra. Sotto

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Otras novelas
de
Sra.Sotto

Síntesis

Callar los sentimientos que sobresalían de su ser aun sin palabras, no era el camino que convertiría a la reina Katharina en la monarca que necesitaba el reino de Hendar. Ser una mujer con la sabiduría de aceptar lo innegable y afrontarlo, sí que le valdría la paz y la felicidad que necesitaba en su vida para convertirse en la monarca que necesitaba Hendar; debía aceptar de una buena vez que su corazón pertenecía a Annalìa. Para estar bien con el resto del mundo, hay que estar bien con uno mismo.

Un príncipe capaz de hacer correr su propia sangre por mera codicia, es el enemigo oculto tras su hipocresía y condición real, que aprovechará el primer chance para hacerse con la corona del reino. Por suerte, Katharina cuenta con un leal aliado y con el apoyo incondicional del amor de su vida, quien amándola más que a todo y a sabiendas de que no podría tenerla; fue capaz de mantenerse a su lado hasta saberla a salvo…

Capítulo 1

Tiró de las riendas de su brioso corcel, deteniéndose en la cima de aquella pequeña colina desde donde podía admirar perfectamente las torres más altas del castillo real, las cuales parecían acariciar el cielo; era ese su destino. Suspiró sin apartar la vista de la imponente construcción. Había transcurrido más de un año, lejos de aquel lugar al que llamó hogar durante mucho tiempo.

Cuando se marchó lo hizo con la estúpida idea de no volver jamás; aunque en realidad su mente no había abandonado aquel sitio ni por un segundo, demasiados recuerdos que eran imposibles de arrancar de su interior… Ahora estaba ahí, a poquísimas millas y el corazón no dejaba de golpear fuerte en su pecho como si sintiera temor, temor a ya no ser bienvenida.

Sacudió la cabeza, haciendo ondear su larga cabellera negra, tratando con aquel gesto de alejar de sí esos pensamientos que la frenaban, provocándole cuestionarse sobre si estaba haciendo lo correcto; o si lo mejor sería dar la media vuelta y desaparecer de nuevo. Respiró profundo, tomando las fuerzas y el valor que necesitaba para continuar lo que quedaba de viaje hacia Hendar, no podía ser una cobarde, tenía que e*nfrentarla* de una vez y por todas; porque sabía que en ese momento, *ella* la necesitaba a su lado… asì que subió a su caballo y reemprendió la marcha.

Demasiados gratos recuerdos invadieron su mente al atravesar las puertas de la fortaleza, logrando arrancarle una sonrisa. Uno de los centinelas la reconoció de inmediato y le cedió el paso hacia el castillo, luego de tomar su cabalgadura para llevarla a beber. Ella no dejaba de sonreír; aunque los latidos de su corazón aumentaban a cada paso que daba hacia el interior de los gruesos muros.

Permaneció inmóvil como una más de las enormes estatuas que adornaban el jardín interior cuando la vio, más hermosa de cuanto la recordaba…

La ahora reina de Hendar, Katharina, llevaba los ojos vendados mientras entrenaba esgrima con uno de sus más fieles soldados. Se movía con elegancia, logrando detener cada golpe con una habilidad innata.

El soldado, Luccas, se percató de la recién llegada, quien de inmediato le hizo señas para que guardara silencio y le pidió que le cediera su lugar en el amistoso enfrentamiento. El hombre se hizo a un lado, entregándole su espada en el preciso instante en que la reina se volteó y lanzó una estocada que ella pudo parar a tiempo sin mucha dificultad, logrando desarmarla y llevándola luego contra una de las columnas cercanas, mientras la sometía con el filo de su arma.

—¿Cómo rayos hicis…? —Katharina se retiró de inmediato la venda de los ojos, quedando petrificada y sin palabras ante ella, tal como si hubiera visto un fantasma.

—Hola, Kath.

—¿Annalía? —pronunció con un hilillo de voz que evidenciaba su asombro, mientras

algunas lágrimas iniciaban a nublarle la vista sin que pudiera evitarlo.

—¿C-cómo estás, Kath?

La reina de Hendar deslizó velozmente la mirada por el lugar, dándose cuenta de que el soldado que antes entrenaba con ella, había desaparecido como por arte de magia. Luego incrustó sus ojos en la hoja de la espada que tenía a pocos centímetros de su cuello, la cual fue retirada de inmediato por Annalía, dejándola finalmente libre.

—Kath…

—Más de un año, Annalía —pronunció la reina con algo de rabia en su tono—. Más de un año sin recibir siquiera una carta para comunicar al menos que estabas viva… ¡ahora apareces de pronto como si…!

—¡Lo siento! —los ojos de Annalía también se colmaron de lágrimas—. Lo siento tanto, siento no haber estado presente cuando más lo necesitaste…

Katharina enjugó una lágrima incipiente con algo de disimulo. —¿Lo sientes? —se rio de pronto, conteniendo ese llanto que la estaba ahogando—. Te fuiste sin siquiera despedirte, Anna…

—Lo siento; pero entenderás que debía alejarme luego de… —se interrumpió mientras algunos recuerdos que no pudo sepultar jamás, regresaron e invadieron su mente.

—¡Deja de decir que lo sientes! —la reina le dio la espalda y respiró profundo—. Te necesité tanto cuando papá murió y luego… —el llanto la interrumpió.

—Lo sé —algunas lágrimas se desprendieron también de los ojos de la otra joven mientras se le acercaba—, y jamás me perdonaré por eso…

Katharina se volvió de inmediato, encontrando aquellos ojos que siempre habían logrado darle paz. —Te extrañé —dijo en un susurro y se abalanzó hacia ella con la intención de abrazarla; mas la voz de uno de sus consejeros la detuvo en el acto.

—Majestad, debe firmar algunos documentos —dijo el hombre de cabellos canosos que irrumpió en el lugar, interrumpiendo el reencuentro—. Annalía… bienvenida a casa —sus ojos centraron los de la chica tras girarse hacia ella; esbozó una media sonrisa, carente de cualquier emoción y ladeó levemente la cabeza en forma de saludo— debo decir que me asombra tu… reaparición; no creí que volveríamos a verte por acá.

—Hola, Ernest —respondió ella, sosteniéndole la curiosa mirada.

—Pensé que nunca te cansarías de vagar como una…

—¿No te puedes encargar tú de esos documentos? —lo interrumpió de inmediato la reina, muy seria.

—No, majestad, es necesaria su firma y sello real —respondió el sujeto y alzó los documentos que mostró junto a otros pergaminos que Katharina reconoció de inmediato—,

también han llegados estos…

—Llévalo todo a mi escritorio, Ernest —volvió a interrumpirlo, visiblemente molesta—; ahora, puedes retirarte —ordenó sin miramientos y con notable urgencia por despachar al consejero.

Ambas jóvenes vieron a Ernest tragar en seco y alzar el mentón, como si con eso resaltara su posición o por mero orgullo. —Como ordene, majestad.

Una vez a solas, la reina abandonó la espada sobre una de las mesas donde reposaban algunas armas y se giró hacia Annalía.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo? ¿O volverás a desaparecer nuevamente?

—Vamos, Kath, estás siendo demasiado dura, tuve motivos; pero ahora lo único que deseo es… estar aquí, contigo —caminó hacia ella y extendió los brazos—; ¿me darás finalmente el abrazo que estabas a punto de darme, o me harás rogar por él como venganza? —preguntó alzando las cejas y haciendo un puchero breve, ante lo cual la demostración de afecto no se hizo esperar.

Volver a sentir su abrazo era algo que Katharina había estado necesitando enormemente en todos esos meses de ausencia, sobre todo cuando la muerte de su padre enlutó el reino y la lanzó de bruces a asumir una responsabilidad para la cual, a pesar de haberse estado preparando desde que nació, sentía que no estaba lista. Annalía había sido más que una de las “protegidas” del difunto rey, había aparecido en su adolescencia para convertirse en esa persona con la cual sentía que podría con todo, que la complementaba incluso más de lo que ella podía imaginar; tanto como lo descubrió, el mismo día que esta se marchó sin dejar razones… haciéndola sentirse abandonada.

—Esto no cambia el hecho de que estoy molesta contigo —murmuró la reina, haciendo sonreír a la otra.

—Lo sé; pero se siente bien —confesó Annalía y se rio cuando la amiga escapó de entre sus brazos.

—¡Eres una idiota!

—Asì me conoció, majestad —una broma unida a una leve reverencia hicieron a Katharina rodar los ojos—. Por cierto, quería saber si… bueno, no tengo ningún problema en buscar posada en el pueblo; pero, ¿crees que pueda ocupar mi antigua habitación?

—¡Si viniste a Hendar con la intención de no hacerlo, puedes largarte, revoltosa! —respondió su majestad, olvidando modales reales y volviendo a ser la misma joven que escapaba con ella para hacer travesuras a escondidas de su padre.

Ambas rieron y quedaron viéndose por algunos segundos, durante los cuales las sonrisas se fueron apagando, iniciando a dar paso a algo más; una especie de momento intenso durante el cual sus miradas quedaron imanadas una a la otra.

—Muy bien —fue la reina quien rompió el contacto visual y con él, el encanto—, ponte

cómoda, Anna. Avisaré que has vuelto y que todo para ti continúa como antes en este reino, incluso cuento contigo para que vuelvas a ocupar tu puesto en el ejército, te necesito de mi lado, Anna…

—Cuenta con ello.

—Ahora, si me disculpas, tengo que ocuparme de unos asuntos.

—Como diga, majestad. ¡Espera! —contestó la chica que aún llevaba el polvo del camino en sus vestimentas y en un impulso algo atrevido, la aferró de un brazo—. ¿Nos veremos pronto? ¡Ansío tanto platicar contigo!

Los ojos de Katharina recayeron en el punto de contacto entre ambas, causando que inmediatamente la liberara.

—Por supuesto.

Capítulo 2

La llegada de la protegida del difunto rey Augusto y mejor amiga de la actual monarca, no pasó desapercibida para nadie dentro del castillo real; sobre todo para Tiberius, el tío de Katharina y príncipe de Hendar. Desde que el hermano de su majestad la conoció, cuando la chica tenía apenas trece años de edad, había quedado prendado de su belleza, lo cual propició que su interés por ella aumentara desmesuradamente año tras año, según ella se iba convirtiendo una mujer; hasta el punto de llevarlo a pedir su mano al monarca una vez que esta alcanzó la mayoría de edad... sólo que la petición quedó a discreción de la joven y como era de suponer, ella rotundamente se negó.

—Tengo el presentimiento de que no será para nada bueno el regreso de Annalía —comentó uno de los consejeros, al estar todos reunidos en la enorme mesa aguardando a la reina y entre ellos, Tiberius.

—No veo problema alguno —dijo el hermano menor del rey Augusto, esbozando una sonrisa.

—Annalía siempre ha ejercido una fuerte influencia sobre la princ… sobre nuestra reina, alteza —dijo el sujeto de edad madura viendo directamente a los ojos del príncipe, tras autocorregirse de forma inmediata—. Desde la llegada de “la callejera” a este castillo, fueron inseparables…

—Te pediré que no la llames asì nunca más en mi presencia, Aroon —lo encaró Tiberius, notablemente molesto—. Annalía es parte de la familia, asì lo dispuso mi difunto hermano. Además, nutro fuertes esperanzas de que acepte de una vez que…

El chirrido de la puerta abriéndose interrumpió a Tiberius, quien como cada miembro del consejo real, se puso de pie y volteó la mirada para ver entrar a la joven reina.

—Majestad, está hermosa como siempre —Tiberius hizo una pequeña reverencia y todos los presentes lo siguieron en la acción como títeres.

—Gracias, tío —ella le dedicó una radiante sonrisa que no pasó desapercibida mientras ocupaba su puesto en la cabecera de la mesa.

—La noto… *feliz* esta tarde, mi reina —dijo Ernest antes de sentarse—. ¿Acaso esa cara de felicidad tiene nombre, majestad? —cuestionó, lanzándole una mirada a Tiberius.

—Hay asuntos urgentes que tratar, querida sobrina —Tiberius tomó la palabra sin dejar que ella respondiera a la pregunta indiscreta—. Perdón, majestad —se rectificó mientras le entregaba un par de pergaminos que ella ojeó rápidamente.

—Creemos que estos son los mejores candidatos, majestad —esta vez habló Aroon—. Tiene que tomar una decisión cuanto antes.

—Sí, antes del invierno —intervino otro de los seis que ocupaban puesto alrededor de la

mesa—. La situación está degenerando día tras día…

Katharina continuaba con la vista fija en los pergaminos que llevaban los sellos de reinos vecinos y aquella sonrisa con la cual se había presentado, desapareció de su rostro, dejando en evidencia la angustia e inquietud que la estaban consumiendo desde hacía mucho tiempo ya... exactamente el mismo tiempo que llevaba de haber asumido la corona del reino. Demasiadas responsabilidades habían recaído sobre sus hombros con la muerte de su padre. Todo un pueblo dependía de ella, a la vez que no tenía la más mínima idea de cómo sacarlo adelante por sí sola; que era lo que se esperaba de una digna monarca.

—Pensé que sería más fácil —murmuró sin apartar la vista de los pergaminos que en realidad no estaba leyendo.

—¿Dijo algo, majestad? —le preguntó Tiberius, haciendo callar las murmuraciones de los demás.

Ella levantó la mirada y dejó los pergaminos a un lado de la mesa. —Salgan todos —ordenó.

—¿Qué? —Aroon la miró con ojos exorbitados—. Aún debemos…

—¡Que se vayan! —alzó un poco el tono de voz—. Déjenme sola, por favor.

—Querida sobrina…

—Tú también, tío… quiero que me dejen a solas —se puso de pie y caminó hacia la ventana mientras los escuchaba marcharse, hasta que finalmente sintió la puerta cerrarse y el silencio invadió la habitación.

Los rumores de lo acontecido en el “breve” consejo de esa tarde, se convirtió en un chisme que inició a recorrer cada pasillo, hasta llegar a oídos de Annalía. Podía imaginar cómo se estaba sintiendo su amiga, la ascensión a la corona de repente, siendo tan joven y sin nada de experiencia en tales menesteres, hacía imposible dejarla exenta de cometer errores en su gestión; errores que, según lo poco que había alcanzado a escuchar del mismo modo en que se enteró de su exaltación durante la última reunión, estaban llevando a Hendar hacia una quiebra generalizada de la cual no podría salir sin el apoyo de otro reino.

Llevaba poco tiempo en el castillo y los comentarios acerca de Katharina y su ineficacia no cesaban de llegar a sus oídos, oprimiéndole el pecho al darse cuenta de cuánto la había estado necesitando su amiga. No estuvo cuando falleció el rey para darle consuelo, ni tampoco para ofrecerle apoyo cuando debió sentir que la responsabilidad la estaba aplastando; pero ahora estaba de vuelta y haría lo que fuera preciso por ser el pilar que ella necesitaba ante un mundo que parecía derrumbarse sobre su cabeza.

—¿Quién? —preguntó la reina, quien había permanecido encerrada en su alcoba desde que

abandonó la sala de juntas.

—Soy yo, Anna… ¿puedo entrar? —preguntó la joven, aguardando respuesta en el corredor frente a la puerta de la reina.

—Adelante.

Cuando Annalía entró, cerrando la puerta a sus espaldas, inmediatamente reconoció el rastro del llanto en su amiga, a quien conocía casi mejor que a ella misma. La encontró hundida en la enorme poltrona tras el escritorio en una esquina de su alcoba, sus ojos aún húmedos buscaron no encararla para no delatar su estado; mas no hizo falta el contacto visual directo para mostrárselo.

—No es encerrándote aquí que vas a resolver las cosas —soltó la joven sin más preámbulo y caminó hacia el enorme ventanal para correr las cortinas, dejando así entrar luz natural en la estancia.

—Si viniste a decirme tú también, lo que sé que dicen todos de mí por ahí, pierdes el tiempo. Lárgate por donde has venido; no necesito sermones ni menos tu lástima, Annalía —respondió su majestad y abandonó la poltrona para ir hasta su lecho.

—¿Qué rayos estás diciendo, Kath? Sé que llevo mucho tiempo ausente; pero sigo siendo yo, no soy el resto… soy tu amiga.

Hubo un silencio de varios segundos entre ambas hasta que Katharina se encaminó hacia la ventana, dejó que su mirada se perdiera en la lejanía mientras enjugaba una lágrima.

—¿Cómo es? —preguntó, sorprendiendo a su amiga.

—¿Cómo es qué?

—Escapar de todo, viajar libre, vivir la vida… que nadie espere nada de ti y que no le debas cuentas a nadie —sus ojos brillosos la buscaron, sin preocuparse ya de que la viera en aquel estado—. A veces quisiera sólo desaparecer de este encierro que siento que me asfixia, no puedo más… —las lágrimas comenzaron a brotar tras un cansancio extenuante por intentar contenerlas, por aparentar una fortaleza que para nada poseía; y casi se derrumba ahí mismo de no haber sido por el sostén inmediato que le brindó Annalía.

—¡No te lo voy a permitir! ¡¿Me oyes?! Esto que estás haciendo: quebrándote ante la adversidad, no va contigo; no lo voy a permitir —la abrazó contra su pecho y posó un beso sobre su cabeza, deseando con todas sus fuerzas tener el poder de sosegarla.

—Siento que me rindo, Anna… no puedo más.

—Pues estaré a tu lado para ayudarte a mantenerte en pie; pero vas a ser la reina que nadie espera que seas y para la cual tu padre te preparó … Katharina de Triador, tú no te rindes.

Capítulo 3

El regreso de Annalía y su compañía nuevamente, fueron el golpe de energía que Katharina había estado necesitando. Sentir su apoyo en todo momento, contar con ella cuando necesitaba una opinión o simplemente desahogarse tras juntas alargadas y tediosas; era sin duda alguna el sustento que su majestad había estado necesitando tanto, desde que ella se había marchado y luego tras la muerte del rey, cuando la carga sobre la heredera aumentó.

Los días iniciaron a transcurrir y sin que ambas se dieran cuenta, retomaban su amistad de forma más sólida. Compartían mucho tiempo juntas y la reina buscaba consejo siempre en Annalía, no había palabra en el mundo que la llenara tanto de seguridad y confianza como la de su amiga, tanto así, que la incluyó en su Consejo Real y a la par le colocó al frente de su ejército. Volvían a convertirse casi en inseparables, lo cual reafirmaron en una junta de consejo, en la cual la monarca se presentó acompañada por Annalía.

—No lo puedo creer —murmuró Aroon, entre otros comentarios que por lo bajo dejaron escapar los presentes, al verlas entrar en el amplio salón.

—Majestad, no sé si toma en cuenta que estamos reunidos para… —dijo Ernest en cuanto ellas se acercaron a la mesa y tras ponerse todos de pie.

—Si mi memoria no falla, no he dispuesto nada en contrario; hoy es viernes. Como cada viernes de cada semana, se reúne el consejo de Hendar, ¿quieres decir algo, Ernest? —respondió Katharina viendo el sujeto directamente a los ojos.

—Pues, que… sólo los miembros del consejo y su majestad pueden…

—Conozco los estatutos —la respuesta de la reina no tardó, escuchándose firme y respaldada por una actitud serena y firme—. Antes de tratar cualquier punto hoy, les informo que he decidido nombrar a Annalía mi persona de extrema confianza y no sólo en lo personal, como hasta ahora. Ocupará un cargo y un lugar en esta sala a partir de este momento, como mi mano derecha.

—Katharina —interrumpió su tío.

—¿*Príncipe*?... ¿Algún problema? —la monarca se volteó hacia Tiberius, encontrando su silencio momentáneo por pocos segundos, tras los cuales el hombre bordeó su silla para dar un par de pasos hacia ella.

—Majestad —se aclaró la garganta—, no cuestionamos su autoridad; pero considero que todos aquí coincidimos en que no es tan simple integrar un nuevo miembro al consejo real, menos sin ningún tipo de preparación y… es una mujer.

Katharina respiró profundo mientras Annalía se limitó a sonreír de soslayo, intentando no prestar atención al comentario tan discriminatorio.

—Conocía yo de la opinión que poseen sobre las mujeres en cargos de importancia, tío; pero no olviden algo: su reina —los señaló a todos con un gesto de sus manos—, es una mujer —dijo y Tiberius frunció el ceño, tal vez con la intención de decir algo más; pero ella, siendo la persona con más autoridad en el recinto, dio por concluida la conversación—. Ya pueden sentarse todos… ocupa tu lugar en la mesa, Anna; y siéntete más que bienvenida.



Formar parte de la junta de consejo, le permitió a Annalía confirmar sus sospechas: Katharina estaba sola en su gestión de mandato, puesto que no tenía en aquella mesa, además de ella, ni un solo simpatizante leal… ni siquiera su propio tío. Se mantuvo callada durante toda la sesión, sintiendo las miradas cargadas de desprecio sobre ella, fundamentalmente cuando hacía alguna anotación de lo que se estuviese tratando. Sin duda alguna tenía muy claro que, si no respaldaban a la reina, regente por derecho de sangre, mucho menos la mirarían a ella con aceptación dentro de aquel grupúsculo burgués; a ella que era considerada por la mayoría, una simple “recogida” en aquel reino.

Luego de un par de horas de fastidiosa sesión, el consejo se desintegró finalmente. Se trataron temas urgentes como la hambruna que se avecinaba sobre el reino acercándose el invierno, el riesgo de un conflicto civil al poner en conocimiento del pueblo la subida necesaria de los impuestos y, por último, aunque fugazmente; se hizo alusión a la prácticamente obligatoria y necesaria alianza con otro reino para poder afrontar lo que se avecinaba.

Annalía acompañó a su amiga al despacho real en cuanto los demás se retiraron. Si había aceptado trabajar de manera formal a su lado, no se callaría sus opiniones y eso Katharina lo sabía; lo tenía claro desde antes de proponerle ser parte del consejo.

—¿Qué te pareció? —preguntó la reina, ocupando el lugar detrás de la inmensa escribanía.

—¿La fatídica situación del reino?... ¿O el nido de serpientes que te rodean? —la confianza entre ambas le daba la libertad a la joven plebeya de no medirse a la hora de decirle lo que pensaba.

—Ambas —respondió su majestad, apoyando la frente en una de sus manos—. La antipatía de todos hacia mi persona desde que asumí la corona, ha hecho todo más difícil. Sé que están preocupados por el reino; pero…

—Están más preocupados por estar bajo las órdenes de una mujer que por la suerte del reino, Kath; debes tener eso claro —la interrumpió Annalía.

—Anna, sé que son todos unos machistas y demás; pero estoy segura que no es eso lo que me ha valido ganarme su desaprobación. Es que soy joven, temen que lleve a Hendar hacia un abismo sin retorno y la verdad… está sucediendo. No creo que mi sexo sea más importante para ellos que la suerte de todo el reino.

Annalía exhaló pesadamente. Había escuchado ciertos comentarios fuera de los muros del

castillo que aún no compartía con su amiga, prefirió no hacerlo hasta corroborar sus sospechas; pero cada vez estaba más segura: el reinado de Katharina estaba siendo boicoteado y tal vez, parte de ello había sido propiciar de alguna forma la situación actual en que se hallaban. El invierno estaba cada vez más próximo y ella debía ayudarla, para que las cosas dieran un giro hacia bien antes de su llegada; porque cuando terminara el grano y el pasto guardado para el ganado que sostenía a Hendar, el pueblo se voltearía en su contra definitivamente y algo peor que un derrocamiento forzoso podría sucederle.

—¿Y esto qué es? —Annalía tomó de repente entre sus manos un cúmulo de pergaminos que había en una esquina; cartas—. Príncipe Stephan de las Islas Esmeralda… El monarca de Andhur —comenzó a leer los nombres de los prestigiosos remitentes y sonrió, levantando la mirada hacia su amiga que estaba muy seria y con la cabeza gacha—. ¿Acaso son pretendientes?

El silencio que Annalía recibió por parte de la reina, apagó esa sonrisa graciosa que por un momento se había posado en sus labios. Cuando hizo esa última pregunta, la hizo en forma de broma; mas, ver la seriedad en aquel hermoso rostro con el cual había estado soñando noche tras noche durante todo su periodo fuera de Hendar, la asustó… Algo dentro de ella se quebró al imaginarla comprometida con alguno de esos burgueses viciados.

—Digamos que —Kath esbozó una media sonrisa—… no tengo muchas opciones.

—¿Y la mejor opción es un matrimonio arreglado? —posó con algo de brusquedad los pergaminos sobre el escritorio—. Siempre dijiste que jamás…

—Aquellas fueron palabras de una niña ingenua y demasiado estúpida, que creía que podía cambiar el mundo —Katharina se puso de pie y caminó hacia la ventana.

—¿Ya tienes un… *elegido*? —preguntó con un hilillo de voz.

La monarca cerró fuertemente los ojos y una lágrima se desprendió de ellos, mojándole las mejillas hasta morir en sus labios. Quería responderle que no, que no podría jamás desposarse con alguien a quien no amaba… mas era la reina de Hendar y el bienestar de su pueblo era su prioridad; era eso lo que se repetía día tras día para apaciguar las irrefrenables ganas de escapar de todo y de todos.

—¿Acaso eso te crea alguna… molestia? —enjugó sus lágrimas y se volvió, buscando con sus ojos los de Annalía, quien quedó petrificada bajo aquella mirada.

Se aclaró la garganta y reaccionó. —Sólo deseo que estés bien, Kath. Y no creo que…

—Es algo que tengo que hacer, Anna —la interrumpió de inmediato—. Es el modo más efectivo y rápido de crear una alianza que ayude a mi pueblo a sobrevivir al invierno. La decisión ha sido ya tomada.

Capítulo 4

No lo podía creer, se negaba rotundamente a aceptar que para eso había vuelto; ¿para verla casarse con cualquier noble aprovechado de su situación? Una rabia desmedida viajó desde su estómago hasta su cabeza, provocando a su paso que le escocieran los ojos. No escuchó nada más, abandonó el salón sin decir una palabra y con pasos apresurados; tampoco quería que ella la viera así.

—¡Anna! ¿Adónde vas? —preguntó Katharina intentando detenerla, recibiendo como respuesta sólo el golpe seco de la puerta al cerrarse tras ella.

Annalía avanzó hasta los establos y tomó su caballo sin siquiera esperar que lo alistaran, bastaron las riendas para guiarlo en aquella escapada necesaria, en busca del viento golpeándole el rostro. Sentía algo rompiéndose dentro de ella y no sabía darle un nombre, o tal vez sí: Katharina.

El hecho de amarla con todas sus fuerzas la hizo alejarse una vez como una estúpida y ahora, la propia vida las volvería a alejar sin ser elección suya. La reina se casaría; alguien más tendría la dicha de unir su vida a la de ella para siempre. Aunque se tratara de un matrimonio arreglado y por conveniencia, Annalía sabía que sobraban pretendientes en ese y en todos los reinos vecinos que estarían dispuestos a todo por hacer a la joven su esposa; sobraban hombres pretensiosos y arrogantes con el dinero suficiente para sacar a Hendar del pantano financiero en que se hallaba… sólo por llevarla colgada del brazo como si se tratara del más hermoso de sus adornos. ¡No la merecían!... No la amarían jamás como la amaba ella; y eso la lastimaba.

Mientras cabalgaba, una idea cruzó por su mente y el deseo de volver a huir de ella iniciaba a envolverla y no dejarla tranquila. Ya se había ido una vez, podría desaparecer nuevamente ahora y no sufrir el fatídico espectáculo de verla desposarse; pero otra voz dentro de sí le decía que no podía abandonarla, que aunque deseara con todas sus fuerzas escapar de “la mujer”, no podía abandonar a “la amiga”.

Tiró de las riendas, cambiando el rumbo que llevaba y de nuevo las grandes colinas estuvieron en su horizonte. Se limpió el rostro con el antebrazo, mojando la manga de su vestido y azotó el caballo… cabalgar sin rumbo fijo fue siempre su mejor terapia a los males del alma.



Llevaba más de una hora con la vista perdida en el horizonte fuera de aquella ventana, con la esperanza de verla aparecer. Una de sus damas de compañía le había informado que vieron a Annalía salir a todo galope de los predios del castillo, rumbo al bosque. La sola idea de no volver a verla, iniciaba a devorarla por dentro.

Ya una vez la había perdido por una estupidez que no debió suceder jamás entre ambas,

algo que se prometió a sí misma olvidar por el bien de la amistad que las unía; pues tal amistad era la cosa más importante para ella y no podría soportar perderla… asì como no soportaba ya el solo pensar que Annalía desapareciera otra vez, abandonándola nuevamente. ¡Había sido tan difícil vivir sin ella por todo ese tiempo!

—¿Majestad? —una sierva interrumpió el flujo de sus pensamientos, entrando en la estancia.

Enjugó disimuladamente una lágrima y se volvió hacia la chica. —¿Qué sucede, Meer? —mas, no fue necesaria una respuesta, dado que su tío irrumpió en la habitación; casi empujando a la chica para hacerla a un lado.

—¡Querida sobrina! —exclamó, adentrándose en sus aposentos.

—Puedes retirarte, Meer —le ordenó a la joven sierva, quien permanecía aún parada en la puerta. Luego volvió la vista hacia el príncipe—. ¿A qué debo tu inesperada visita en mis habitaciones, tío?

Él se deslizó elegantemente hacia la mesa y se vertió una copa de vino. —Quería hablar contigo acerca de… Annalía —bebió un sorbo y fijó sus oscuros ojos en su sobrina, quien se puso más seria de cuanto estaba.

—¿Qué ocurre con ella? —fue y se sirvió también una copa, sintiendo de repente que la necesitaba. Bebió un enorme sorbo e inevitablemente rememoró lo sucedido hacía más de un año atrás con su amiga, justo ahí, en su habitación… ambas bebieron demasiado vino y cometieron, tal vez, el peor error de sus vidas; ya que después de eso Annalía desapareció del reino sin una sola explicación.

—No es un secreto para nadie mi interés hacia Annalía.

Katharina casi se ahoga con el vino.

—¿Todo bien, sobrina? —Tiberius se mostró preocupado.

—Sí, sí… es sólo… nada —volvió a beber, sin saber qué excusa dar—. ¿Decías?

—Vine a pedirle la mano de Annalía, majestad —dijo sin más rodeos y usando palabras formales, con aquel aire burgués que lo hacía sentirse por encima de los demás.

—¿Perdón? —exorbitó los ojos y bebió todo el contenido de la copa.

—Eres la reina, Katharina; y ella es tu… —volvió a tutearla, como hacía constantemente, variando de un trato a otro.

—Que yo sea la reina de Hendar no me da algún derecho de decidir cuándo y con quién, deba desposarse Annalía; eso es una elección que corresponde sólo a ella, como la mujer libre que es —contestó la monarca con un tono bastante autoritario y molesto—. Mi padre se aseguró que asì lo fuera y si mal no recuerdo, él te negó esta misma petición hace un par de años. ¿Qué te hizo pensar que yo te daría la mano de mi *mejor amiga*, conociendo tus andanzas, tío? No es un secreto para nadie en Hendar que frecuentas muy seguido los burdeles de la ciudad; y a más de

una sierva se le ha escuchado cotilleando sobre lo suaves y perfumadas que son tus sábanas.

—Soy un hombre, sobrina; eso no es delito —sonrió fastidiosamente, bebiendo otro sorbo de su copa—. Y en cuanto a mi queridísimo y difunto hermano —realizó una pausa en su oratoria para persignarse—, no fue una negativa lo que recibí de su parte; sólo dejó que la joven decidiera…

—Y esa decisión fue un rotundo "no", lo recuerdo perfectamente. ¿Crees que ahora las cosas serán diferentes?

—Pues… hace un par de años, Annalía era apenas una jovencita recién arribada a la mayoría de edad, sin mera idea de lo que es la vida y lo más conveniente para ella. Ahora, es una mujer un tanto más… madura, que ha conocido la vida fuera de estas cuatro paredes durante el tiempo que anduvo quién sabe por dónde; nutro fuertes esperanzas de que acepte finalmente la mejor oportunidad que recibirá en su vida —culminó de hablar y se terminó el trago que había en su copa, sin perder de vista los ojos de su sobrina.

—En ese caso —Katharina respiró profundo, intentando controlar las miles de sensaciones desagradables que le estaba provocando aquella conversación—, no veo motivo para que acudas ante mí; si no soy yo quien tiene la respuesta que buscas —sonrió y caminó hacia la mesa para posar su copa vacía—. Si tan seguro estás, ve por su respuesta. No me entrometeré en este asunto ni influenciaré a una u otro; pero tú deberás aceptar su decisión sea cual fuera una vez vuelvas a proponerle matrimonio y si Annalía acepta… por supuesto que contarás con la bendición real, *tío* —pronunció su parentesco con acento más marcado, luego se encaminó hacia la ventana nuevamente y se cruzó de brazos, aparentemente inmutable—. Si eso es todo cuanto te trajo a mi alcoba, por favor…

Katharina movió levemente una mano en dirección a la puerta, sin darle más el frente.

—Por supuesto, querida… te haré saber las "buenas nuevas" en cuanto lo resuelva; pero desde ya te aviso: ve preparando tus mejores galas, sobrina, porque además de la tuya, habrá otra boda real muy pronto —sonrió y tras realizar una reverencia sobreactuada, se dirigió hacia la salida del aposento.

Capítulo 5

Recién acababa de ocultarse el sol cuando Annalía atravesó los muros de regreso al castillo de Hendar. Se había ausentado algunas horas, cabalgando en libertad, a campo abierto; buscando el sosiego que necesitaban su atormentada mente y su magullada alma.

Notó las miradas indiscretas de algunas siervas que halló a su paso, mas no les dio importancia. Fue directo a su alcoba e hizo que le prepararan la tina, le urgía un baño tibio cuanto antes, si en verdad quería enmascarar un poco su maltrecho ánimo y lucir ligeramente "presentable" para la cena. Adoraba los baños en tina. A decir verdad, luego de Katharina, eran lo que más había extrañado durante su período fuera del castillo.

Se deshizo de sus sudorosas vestimentas en cuanto la tina estuvo lista, luego de pedirle a la moza que la asistió que se retirara; y se metió en el agua tibia cerrando los ojos, permitiendo que la sensación térmica tan agradable relajara cada uno de sus músculos. Imposible poner la mente en blanco para que su "terapia" fuera perfecta; sin embargo, el cauce de sus pensamientos ya no era el de un río bravo, sino más bien el de uno que poco a poco lograba apaciguarse.

El motivo por el que abandonó Hendar casi dos años atrás, había sido no causar daño alguno a su amiga si daba riendas sueltas a lo que llevaba dentro; no lo consiguió, así que regresó sólo cuando sintió que podría tenerla cerca y no convertirse en un problema para ella… no iba a convertirse en motivo de preocupación para Katharina y aprendería a controlar cualquier emoción o sentimiento que pudieran perturbarla. Volver a escapar tampoco era más una opción, ya no era una jovencita; era una mujer con carácter y principios que sabría hacer lo necesario por quien le importaba tanto, eso se repetía una y otra vez en su cabeza como si quisiera grabarlo indeleblemente… aunque ello significara renunciar a toda esperanza y aprender a vivir con aquel amor que sentía, el cual estaba destinado a "no ser" desde su nacimiento.

Unos leves toques a la puerta la arrancaron de sus pensamientos. —¿Sí?

—Anna, soy yo, ¿puedo entrar?

El corazón golpeó fuerte contra su pecho al escuchar su voz. —¡Por supuesto, adelante!

Katharina se adentró en la alcoba de su amiga; mas se detuvo de inmediato al verla dentro de la tina aún humeante. —Perdón, no sabía que… —se silenció y quedó como tonta viéndola cuando se puso de pie, pero rápido reaccionó y le dio la espalda, sintiendo sus mejillas arder cual brasas de una hoguera.

Cualquiera creería que aquella era la primera vez que veía su cuerpo desnudo, a juzgar por su nerviosismo mal disimulado; pero la verdad era que habían nadado sin ropa muchísimas veces, en el río que atravesaba el bosque de Hendar y que no estaba muy lejos del castillo. ¿Y entonces por qué ahora sentía esa extraña sensación recorrerle todo el cuerpo ante la desnudez de Annalía? ¿Y esa urgencia en darle la espalda?, tal vez por temor a que notara algo que no debería

provocar una amiga No existía nada en el mundo que deseara más que retomar y cuidar esa amistad que la unía a Annalía desde hacía muchos años; pero aunque se negara a aceptarlo, ya nada era igual entre ambas desde esa noche, antes que su amiga desapareciera de su vida sin siquiera despedirse, algo había cambiado entre ambas… haciendo que cada vez resultara más difícil controlar lo que sea que fuera aquello que no abandonaba su mente desde su regreso.

—Quería sólo pedirte que me acompañaras a cenar —se aclaró la garganta y cerró con fuerza los párpados, sintiéndose bastante estúpida en ese momento y deseando que se la tragara la tierra sin saber exactamente el por qué—, si no tienes otros planes, obvio. De ser asì lo comprendería, no te…

—No puedo negarme ante una petición de su majestad —la interrumpió la chica desnuda y sonrió mientras salía de la tina en busca de una manta.

—No, no es asì, no quiero que pienses que quiero imponer mi voluntad, sabes que…

—Estoy bromeando, Kath, obvio que me encantaría cenar contigo —Annalía volvió a sonreír al notarla toda nerviosa y hubiera dado lo que fuera por poder contemplar su rostro en ese instante, sabía que estaba sonrojada, podía sentirlo, la conocía mejor que a sí misma. —Ya puedes voltearte —dijo luego de envolverse en una manta.

Katharina se volvió lentamente y contuvo la respiración, quedando casi subyugada mientras su mirada se deslizaba despacio, recorriendo sus hombros desnudos y su bello rostro, cubiertos de pequeñas gotas de agua. Annalía era simplemente hermosa.

—Entonces, te espero en mi alcoba —dijo la reina, rompiendo el contacto visual—, cenaremos en la terraza. Hay algo de lo que te quiero platicar.

—¿Debo preocuparme? ¿Acaso me he metido en problemas, majestad? —preguntó, arrancándole una sonrisa.

—Claro que no —relajó sus facciones, pero dejó de sonreír—. Digamos que es un asunto… personal —dijo, provocando que Annalía también se pusiera seria, al intuir de qué se trataba—. Ahora te dejo para que te arregles —y sin más palabras, se retiró.



El corazón en su pecho pareció tal como si se hubiera detenido momentáneamente al escucharla hablar. De haber sabido antes de aceptar aquella cena, que le sentaría tan mal tras lo que Katharina debía decirle, hubiera inventado cualquier pretexto para no asistir a ella. Hubo un espacio de tiempo en que la oía hablar; pero no la estaba escuchando, su mente era un hervidero de pensamientos que la atormentaban alevosamente, sin que pudiera controlarlos…

—Anna… ¿me estás escuchando? —preguntó la reina posando su copa sobre la mesa mientras ella se llevaba la suya a la boca ansiosamente.

—Oh… ¡sí, claro! ¿Y… cuándo es que llega tu…?

—Aún no es mi “algo”, Anna. Es sólo uno más de los candidatos… “aptos”, digamos, viéndolo desde el punto de vista de la mejoría de Hendar.

Annalía sonrió y volvió a verter más vino en su copa. —El esposo ideal y de paso, el salvador del reino —sonrió—. ¡Salud por eso, pues! —exclamó, camuflando tras un entusiasmo fingido lo que verdaderamente le provocaba todo aquello y luego, bebió de un sorbo todo cuanto se había servido.

—La idea del torneo me parece bien para darle la bienvenida al castillo. Es la primera vez, desde la muerte de mi padre que… la corona organiza algún tipo de celebración. Sé cuánto te gustan este tipo de eventos, por eso pensé en ti para organizarlo todo; confío en ti más que en mi sombra y sé que harás lo necesario para que todo quede perfecto, teniendo en cuenta que, aun habiendo tanta gente a mi servicio, no puedo confiar en nadie más… sé que harían de todo por dejarme en ridículo frente al rey de Axturis.

—Tal vez… tu tío. Quizás, deberías pedírselo, no perdería el chance para lucirse frente al invitado.

Al escuchar mencionar a Tiberius, el semblante de su majestad cambió. —Él no —respondió tajantemente.

—Si quieres yo puedo decírselo.

—¡No!... No metamos a Tiberius en esto, por favor; y tú… intenta mantenerte lejos de él.

Ahora la curiosidad invadió a Annalía tras el cambio de humor tan repentino.

—¿Sucede algo, Kath?

—No, no es nada, o bueno, sólo… sigue con su loca idea de que te cases con él —confesó Katharina y cambió la vista hacia otro sitio, evitando mirarla a los ojos como si de hacerlo, Annalía pudiera llegar a descubrir en ellos lo que ella misma se negaba a aceptar que existía dentro de sí—. Esta tarde ha venido a… pedir tu mano.

Anna soltó una carcajada. —¡Pero no se rinde ese príncipe bribón!

—No es divertido, Anna. Es mi tío, le conozco… ¡por supuesto mi respuesta fue la misma de mi padre alguna vez!... Asì que, te abordará; te pedirá que aceptes esa boda y está muy seguro de que esta vez se saldrá con la suya.

—Y yo también le conozco. ¿Recuerdas que llevo casi la mitad de mi vida en este castillo? Tiberius es un pícaro pretensioso, no le bastó con la primera vez que se le ocurrió tan descabellada idea; ¡viene por la revancha! —volvió a reír, dejando de hacerlo en cuanto reparó en la expresión del rostro de Katharina.

—Muy bien —dijo su majestad luego de aclararse la garganta—; entonces… ¿cuento contigo para organizar ese torneo?

Annalía respiró profundo y asintió. —Claro que sí, Kath… si es lo que necesitas de mí; cuenta con ello.

Capítulo 6

Desde el sitio en el que se hallaba ultimando algunos detalles de la primera competencia, pudo ver a su mejor amiga, la monarca de Hendar, ocupar la tribuna real junto al invitado de honor; el rey Simón, joven soberano del reino de Axturis, uno de los territorios más prósperos y grandes de todo el continente. Verla sonreír para él, le hizo hervir la sangre. ¿Cuánto más podría soportar todo aquello? O tal vez la pregunta sería: ¿cuánto estaba dispuesta a soportar por mantener viva la amistad que las unía y a la vez, apoyar a su amiga en algo tan importante como mantener su reinado? Ciertamente, le dolía…

—Annalía, ¿cierto? —la llegada de una chica alta y de cabellos rizados la sacó de donde estaba.

—Sí, ¿y usted es? —preguntó, recordando que la vio llegar con la caravana del rey Simón.

—Alma —la chica extendió la mano en su dirección y Annalía la estrechó de inmediato—. Es un gusto conocerte finalmente.

—El gusto es mío, Alma —Annalía le sonrió afable mientras retiraba su mano—. ¿Eres…?

—La consejera personal de su majestad, el rey Simón —respondió la chica, deslizando brevemente la mirada hacia la tribuna, luego centró sus claros ojos en Annalía nuevamente—. He escuchado hablar mucho de ti, y no niego que moría por conocer a la ganadora por tres años consecutivos del famoso torneo anual de Hendar.

—No sabía que se hablara de mí fuera de Hendar.

—Oh, te sorprendería saber cuántos admiradores tienes dentro y fuera de estas tierras —Alma deslizó su mirada sin disimulo por toda ella sin que aquella sonrisa con la cual se presentó, abandonara sus labios—. Aquí tienes una y sin que te suene atrevido de mi parte; debo admitir que eres más hermosa de cuánto imaginaba.

Annalía bajó la mirada, sintiéndose algo incómoda ante el comentario. Se aclaró la garganta y volvió la vista hacia la tribuna. —¿Cuánto tiempo permanecerán en Hendar? —cambió el tema de la conversación, adoptando su seriedad habitual.

—Depende de cómo se desenvuelvan “las cosas” entre nuestras majestades —Alma miró a su rey—. ¿Crees que ella lo elegirá?... No porque sea mi rey; pero de cuantos candidatos pueda tener, sin duda alguna él es el mejor. Simón, a pesar de ser un rey joven, asumió el trono tras la muerte de su padre y con total entereza se encargó de guiar el reino por un camino próspero y sostenible; es muy instruido e inteligente. Durante los últimos cinco años ha sido un óptimo líder, ¡eso sin mencionar que es una persona maravillosa! Le daría a Hendar y a su reina todo el apoyo que necesitan, para salir del lodazal económico en que están. Está dispuesto a invertir mucho porque ve potencial para desarrollo, es un estratega admirable para los negocios… Espero que su majestad Katharina, sepa ver todo eso; te puedo asegurar que no se arrepentirá.

—Veo que lo admiras —Annalía la observó, notando que hablaba de él con mucho orgullo y también algo de devoción.

—Como te dije; es un hombre maravilloso, una cualidad que escasea en estos tiempos, más entre "su especie" —le sostuvo la mirada, manteniendo una leve sonrisa en sus labios.

—¿Hay algo entre ustedes? —preguntó Annalía, no siendo una chica que se anduviera con rodeos—. Sé que no es de mí incumbencia; pero Kath… la reina, es mi amiga y…

—¡¿Simón y yo?! —la interrumpió Alma y se carcajeó, tan fuerte que logró capturar la atención de la misma reina, quien de repente dejó de escuchar lo que le decía el rey para observar y volcar toda su atención en las dos chicas, que conversaban no muy lejos de su palco—. Por supuesto que no, él es como un hermano para mí, crecimos juntos y… en realidad, no es mi tipo —volvió a recorrerla con la mirada de pies a cabeza, dejando muy en claro cuáles eran sus preferencias.

—Oh, perdón, no quise…

—No pasa nada —se mordió los labios y sonrió al escuchar las trompetas sonar, anunciando el inicio del pequeño torneo de bienvenida—. Espero con ansias verte en acción, porque participarás, ¿cierto?

—Por supuesto.

—¡Lamento tanto no haber tenido tiempo a inscribirme! Estoy segura que… tu presencia en este torneo lo hace muchísimo más interesante; la hubiéramos pasado de maravillas.

Annalía se aclaró la garganta, sintiendo algo de incomodidad ante el tono y la mirada de su acompañante. Volteó por un segundo hacia la tarima y su mirada impactó con la de la reina, que la observaba fijamente.

—Estoy segura que sí —respondió, girándose nuevamente hacia la joven consejera y le sonrió antes de despedirse—. Ahora si me disculpas, debo irme, está por comenzar la primera ronda.

—Estaré observándote, *Anna*…



El pueblo de Hendar era muy dado a las demostraciones de habilidades de caballería, gustaban de este tipo de eventos. El torneo había logrado concentrar prácticamente a la mayoría de la población, simpatizantes o no de la corona; propiciando que al menos por unas horas olvidaran que en muy poco tiempo, si las cosas no tomaban otro rumbo, el destino de hambruna y frío que les aguardaba para dentro de tres meses acabaría convirtiendo sucesos como aquel en gratos recuerdos que no volverían jamás.

—¡Querida sobrina! —Tiberius ocupó atrevidamente el puesto vacío como toda la última fila, detrás de la reina; y se acercó a ella para lograr hacerse escuchar en medio de tanta algarabía

por la competencia de arco.

—Príncipe —Katharina forzó una sonrisa frente a la mirada breve de su invitado de honor que se hallaba a su izquierda, muy eufórico por el espectáculo que se daba en el terreno—, ¿no te alistaste en ninguna de las habilidades?

—No, en cuanto supe que participaría mi damisela le cedí los honores; estoy seguro que ganará nuevamente en esta ocasión y como todo un caballero, no quise opacar su triunfo con mis destrezas —su sonrisa se amplió, jactándose con alarde y arrogancia.

Katharina rodó los ojos, volteando el rostro al frente por un momento para que él no viera su gesto, luego volvió a prestarle atención.

—¿Querías decirme algo en específico o… sólo te moviste de lugar para “honrarnos” con tu grata presencia?

—En realidad, venía sólo a felicitarte —se acercó aún más a su cuello para hablarle al oído—; he hecho todo un estudio a fondo del patrimonio de mi futuro sobrino y… en efecto, es el hombre que necesitamos —no vaciló para mostrar la clase de “cualidades” que tomaba en cuenta—. Sólo vine a sugerirte que no escatimes en encantos, corazón. Luego de que gastarás estoy seguro, cerca de un cuarto de los pocos recursos que tenemos, en este circo de bienvenida… haz que valga la pena el sacrificio oneroso, mi queridísima sobrina.

Katharina siempre supo sobre la falta de escrúpulos de Tiberius, por eso siempre guardaba las distancias con él aun siendo de la familia; pero había ocasiones, como aquella, en que sus comentarios prosaicos y faltos de tacto la sacaban de quicio. Iba a abrir la boca para responderle Dios sabría qué barbaridad, cuando la mano del rey se posó sobre la suya ejerciendo una leve presión producto de la emoción del momento.

—¡Ha ganado! —Simón se alzó de su asiento como la mayoría de los espectadores y estalló en aplausos—. ¡Katharina, tu asistente ha ganado la competición!

Aquello bastó para restarle completa atención al truhan de su tío y volcarla por entero en el terreno, en donde Annalía se regodeaba una vez más, orgullosa de llevarse otra victoria consecutiva en medio de un mundo donde mayormente los hombres movían los hilos y ni aún asì, ninguno de ellos pudo vencerla en años.

Capítulo 7

Al banquete de bienvenida, organizado para su majestad el rey Simón esa noche en el castillo, asistió la nobleza de Hendar y por supuesto, no se dejaba de hablar del torneo de ese día. Algunos hablaban bien de este, otros, lo catalogaban como una distracción provocada por la reina en aras de “impresionar” al invitado, para convencerlo así de realizar la alianza tan necesaria para el reino; mas lo cierto era que todos lo habían disfrutado por igual.

Annalía había sido invitada por la propia reina a ocupar un lugar en la mesa real, no sólo era su mejor amiga y ahora asistente; sino que además, había ganado el gran premio en las competencias del día. Su silla aún permanecía vacía y su majestad no dejaba de mirar hacia la puerta de entrada del salón, ansiosa por verla aparecer ya; hasta que de repente sus deseos se cumplieron y quedó hipnotizada ante la visión de una Annalía completamente diferente a la que estaba acostumbrada a ver, tanto así que más de uno giró la cabeza a su paso, siguiéndola con la vista hasta la mesa.

—Dios del cielo… ¡qué divina mujer! —exclamó Tiberius y más galante que nunca, se puso de pie para retirar la silla de la recién llegada y ayudarla a acomodar.

Los demás hombres de la mesa se alzaron, la mayoría por educación forzosa ante el invitado que fue el primero en ponerse de pie tras Tiberius.

—Muchas gracias —contestó Annalía sin mirar siquiera al príncipe y se acomodó, mas no pudo evitar sentir su aliento pesado junto a su oído.

—Más tarde debemos hablar, querida, cuando acabe la cena…

—¡Propongo un brindis! —exclamó de repente Katharina, mirando hacia su amiga y esbozando una amplia sonrisa—. ¡Por Annalía, que se ha lucido hoy una vez más!

—¡Sí! Por la diestra Annalía —Simón la siguió en la acción y alzó su copa, seguido por los presentes.

—Por la bella *Anna*, entonces —dijo Alma, que estaba sentada junto a su rey, sin quitarle los ojos de encima a la homenajeada que se ubicaba frente a ella, del otro lado de la mesa y con quien intercambió miradas indescifrables que no pasaron desapercibidas para casi ninguno de los presentes.



Observaba la luna desde el jardín, ignorando la música proveniente del interior del castillo. Se había escapado de aquel banquete y de sus invitados sin importarle parecer maleducada. Necesitaba aire, porque sentía que en cualquier momento desfallecería por asfixia. Estaba por

tomar una decisión que iba en contra a sus propios principios; mas no tenía otra opción. Aceptaría desposar al rey Simón por el bien de Hendar y eso la estaba destrozando por dentro.

—No te vi dentro y me preocupé —Annalía apareció a sus espaldas, haciéndola sobresaltar—. ¿Estás bien, Kath?

Escuchar su voz hacía latir fuerte su corazón, como si lograra darle la fuerza que necesitaba para continuar haciendo su trabajo.

—No es de ti abandonar la fiesta a mitad y dejar solos a los invitados —se detuvo a su lado y llevó la mirada al firmamento.

—Voy a aceptar, Anna —confesó con un hilillo de voz sin dirigirle la mirada.

Aquellas palabras la lastimaron más que una daga afilada incrustándose en su pecho; mas permaneció inmutable. —Si es eso lo que quieres… —forzó una sonrisa y la miró de soslayo— yo te deseo lo mejor, a ambos.

—Es una buena persona, nos llevamos bien…

—No debes darme más argumento, eres muy dueña de tu vida —la interrumpió Annalía, intentando mantener una postura serena; pero sin mirarla en ningún momento.

—Anna… sólo quiero que sepas que yo… que lo estoy haciendo por…

—Porque estás anteponiendo el bienestar del reino a cualquier cosa, supongo, ¿no? —preguntó Annalía viéndola a los ojos por un instante, mas no duró demasiado el contacto—. Por lo mismo, no necesitas decirme nada más al respecto.

—Eres mi mejor amiga, Anna… no quiero que las cosas entre nosotras se dañen o… que desaparezcas otra vez —la voz de la reina sonó algo quebrada—. Te necesito cerca, eres…

—Tu mejor amiga —Annalía culminó la frase y sonrió—. Lo sé… y jamás podría olvidarlo, en primer lugar, porque eso somos desde que nos conocimos y en segundo; porque no dejas de recordármelo a cada instante —se arrepintió de inmediato del tono de reproche que llevaban sus palabras. Dio un paso hacia su majestad y le tomó una mano, ganándose la atención de sus ojos—. Aceptaré todo cuanto sea tu voluntad y te haga feliz, Kath… si es convertirte en la reina que necesita Hendar para sobrevivir; igual estaré de tu lado.

El contacto visual entre ambas se tornó más intenso, envuelto a la vez por el silencio que construyeron las dos; y en contraste, por la música proveniente del salón de festines. La mano de Katharina aún reposaba entre las de su amiga; con ese solo hecho, podía sentir que no había mejor lugar en el mundo para ser resguardada.

Su majestad sintió nuevamente aquel hormigueo extraño que sólo resurgía teniéndola cerca, que nacía en la zona de su vientre y comenzaba a hacerse paso a través de su estómago, pasando por su pecho y logrando embargarle la poca “razón” que poseía su mente en aquel momento… algo sucedía cada vez que Annalía estaba cerca y esta vez; ver aquella mirada triste en ella le provocaba que todas las sensaciones que llevaba por dentro se intensificaran más. Su corazón inició a latir con más fuerza a cada milímetro de distancia que ella misma iba acortando

entre ambas… recordó de inmediato la sola ocasión en que estuvo en una situación similar en su vida; precisamente frente a Anna, justo la noche antes de que desapareciera por tanto tiempo… sí, recordaba aquel momento tal como si estuviera a punto de recrearlo. No tenía intenciones de detenerse; de repente el lugar, su posición frente al reino, sus invitados, todo, pareció perder importancia frente al momento que estaba viviendo y si no llega a percatarse a tiempo de la cercanía de Tiberius, no sabría hasta dónde la hubieran llevado sus impulsos…

—¡Aquí estás! —exclamó el príncipe, acercándose a ambas con grandes zancadas, atravesando el espacio de jardín que las separaba del castillo—. Majestad —hizo una reverencia frente a la reina y luego toda su atención se volcó en Annalía, quien maldijo una y mil veces su inoportuna llegada—. Te he buscado, hermosa… necesito que hablemos —besó la mano de la chica frente a él y luego miró con insistencia a su sobrina.

—Por supuesto, príncipe; pero ahora estoy tratando unos temas importantes con… —Annalía intentó rechazarlo, mas Katharina se aclaró la garganta, interrumpiéndola.

—Yo me retiro, les dejo privacidad para que puedan platicar con tranquilidad.



Soportar nuevamente la charla prepotente de Tiberius, estaba siendo más insoportable de cuanto lo recordaba. Era un hombre acostumbrado a tener todo cuanto deseara, siempre hubo de salirse con la suya en cada capricho, incluso cuando su hermano estaba vivo. Sólo dos cosas le habían resultado imposibles de alcanzar hasta el momento: la corona de Hendar, sobre la cual se conocía su ambición pese a su esfuerzo por disimularla… y ella, Annalía; quien siempre supo del interés del príncipe hacia ella y a cada acercamiento, lo rechazó. Tal vez eso era lo que lo hacía parecer más loco y empeñado en conseguirla.

—No habíamos tenido la oportunidad de hablar a solas desde tu regreso, preciosa —su mirada libidinosa cayó sobre ella, sin disimular ni un poco la fijación en su escote.

—¿Ha bebido demás esta noche, príncipe? —preguntó Anna, alejándose un paso atrás, tranquilamente.

—Sólo un poco —contestó él y sonrió, recuperando la distancia que ella había puesto—. No soy un hombre que le tema a los grandes pasos en la vida; pero… ya me rechazaste una vez. No sabría cómo lidiar con una segunda. Annalía… ¿te casas conmigo, hermosa? —sin darle tiempo siquiera a abrir la boca, se lanzó al suelo, cayendo de rodillas sobre el césped frente a ella y le tomó una mano.

Annalía miró hacia todos lados, avergonzada y molesta debido al momento por el cual le estaba haciendo transitar el príncipe. Intentó soltarse la mano que él le tenía sujeta; pero fue en vano.

—Alteza… póngase de pie, por favor —casi suplicó, abochornada al sentirse parte de un espectáculo que ya era objeto de atención de varios ojos curiosos que se hallaban cerca.

—No sientas vergüenza, mi amor; además… llámame por mi nombre, *princesa mía*, entre los dos a partir de ahora sobran las formalidades, muy pronto serás mi...

—¡No!

La negativa salió de su boca a la vez que retiraba con brusquedad su mano, sintiendo náuseas del contacto con Tiberius; y provocando que los ojos de él se abrieran como platos a la vez que se ponía de pie como impulsado por un resorte.

—¡¿Cómo has dicho?! —su mirada helada recayó en los ojos de Annalía, quien la sostuvo sin agachar la cabeza.

—He dicho que no acepto… no acepté antes y ahora, no será diferente. Le ruego sólo que se haga de una vez a la idea de que no nos vamos a casar jamás usted y yo… no quiero volver a pasar por esto.

La rabia hizo presa del príncipe y unida al alcohol que ya circulaba por sus venas, hizo brotar en él una versión bastante desagradable.

—¡¿Qué rayos te crees, callejera errante?! —la agarró de un brazo y presionó con fuerza, a la vez que se esforzó por zarandearla—. ¡Deberías sólo dar gracias al cielo porque alguien como yo se haya fijado en ti!

—Pues lo único que agradecería, es que me suelte ahora —contestó Anna, frunciendo el ceño e intentando mantener la calma ante lo que consideraba una agresión.

—¡No vas a reírte de mí nuevamente! ¡He intentado ir por la buena contigo y tú sólo alzas la cabeza! ¡Te juro que te arrepentirás por este bochorno que me haces pasar, vagabunda!

La jaloneó con más fuerza; pero sin tiempo a reaccionar por parte de ella, una voz que le resultó reconocida a Annalía los interrumpió:

—¡Anna! —ambos voltearon al escuchar la joven que se acercaba a grandes pasos; se trataba de Alma—. Querida, llevo rato buscándote; mi señor quiere verte, desea conocer más de la chica que derrotó tantos hombres en el torneo… —su mirada se posó en el brazo de Annalía, ante lo cual Tiberius retiró su mano de inmediato, acomodándose el cabello mientras respiraba profundo—. Acompáñame, por favor —centró los ojos de la chica y sonrió.

—Por supuesto… aquí el asunto ha terminado —respondió Annalía y fulminó con la vista al príncipe antes de avanzar hacia Alma.

—Tenga muy buena noche, alteza —saludó la consejera del rey Simón y entrelazó su brazo al de la joven que recién había “rescatado” de un desagradable suceso, echando a andar ambas rumbo al interior del castillo.

Capítulo 8

Dejar a Annalía en las garras de su tío Tiberius no era algo con lo cual se sintiera aliviada; mas sintió la urgente necesidad de escapar de aquello que se abría paso en su interior de forma indomable. No sabía con exactitud qué era ni por qué la invadía siempre que estaba tan cerca de ella; lo único que tenía claro era que se trataba de algo muy poderoso que absolutamente debía controlar a como diera lugar, o de lo contrario volvería a poner en riesgo esa amistad que era lo único verdadero que tenía en su vida.

—Te he buscado por todo el salón, mi reina —la voz del rey la detuvo antes de llegar a las escaleras—. ¿Está todo bien?

Se volvió lentamente. Por unos instantes había olvidado por completo que tenía invitados, que estaba él. —S-sí, sólo salí por un poco de aire fresco, creo que bebí demasiado vino —le dedicó una sonrisa.

Él era un joven bastante observador y estaba más que seguro de que la reina esa noche, durante la cena, si hubo bebido media copa, sería mucho. —¿Caminamos, majestad? —le ofreció su brazo.

—Por supuesto, mi rey —se colgó de su brazo y se encaminaron por un amplio corredor con amplios ventanales que daban al jardín, seguidos por una pareja de guardias.

—Comprendo que todo esto para usted es…

—Puede tutearme, me sentiría mucho más cómoda si lo hace —volvió a sonreírle.

Él se detuvo y la miró. —Quiero que sepa que entendería si rechaza mi…

—Acepto —dijo de repente sin pensarlo mucho, interrumpiéndolo—. Acepto casarme contigo y formalizar una alianza entre nuestros reinos, Hendar merece un buen rey y; sin sombra de dudas, tú lo eres, Simón. Nuestros padres eran muy buenos amigos y creo que se sentirían orgullosos de esta unión —terminó de decir con la voz algo temblorosa y una opresión en el pecho.

El rostro del rey se iluminó con una amplia sonrisa, se paró frente a ella y le tomó ambas manos para luego besarlas entre las suyas. viéndola a los ojos.

—¡Estoy seguro que así será! —exclamó, irradiando un brillo de sus ojos que no pasó desapercibido para la reina, lo cual la hizo sentirse inexplicablemente más culpable de lo que ya se sentía sin saber por qué.

Si supuestamente hacía lo correcto, si aquella unión salvaría al reino y sería reconocida como una monarca capaz y dedicada a los suyos; ¿por qué entonces no dejaba de sentir una horrible culpa y otras sensaciones para nada agradables?

El rey avanzó unos centímetros más, hundiendo una de sus manos entre la oscura cabellera

de Katharina y posándola en su nuca, con evidentes intenciones de “sellar” aquel compromiso de la manera más natural; mas ella se estremeció, algo incómoda y, aunque sonreía, su vista saltó de un lugar a otro esquivando los ojos de su futuro esposo.

—Tranquila, majestad —le dijo él y acortó la distancia entre ambos, dándole un beso en una mejilla—. Como dije: comprendo que esto para usted resulta un poco difícil. No vine a forzar nada… me ha concedido su mano en matrimonio y eso ya es una victoria —sonrió—. Tendré la paciencia necesaria para que aprendamos a vernos no como dos extraños.

—Eres un hombre excepcional, Simón —respondió ella, dejándole ver en sus ojos lo agradecida que estaba de que no aprovechara su situación para convertir el momento en algo más difícil.

Para él no era un secreto que la reina se casaba por lograr un acuerdo que sacara a su reino de la miseria y para ella… para ella aún no estaban claros los verdaderos intereses del rey; pero si de algo estaba completamente convencida, era de que no había llegado hasta ahí por amor. Tal como había dicho, eran apenas un par de extraños.

—¿Regresamos al salón? Demos la gran noticia —volvió a ofrecerle su brazo y ella lo tomó sin dudar mientras asentía con un leve movimiento de cabeza.



Para Alma no fue difícil percibir que la plática del príncipe estaba molestando a Annalía, a pesar de haberlos visto a cierta distancia; por ello se había tomado el atrevimiento de mentir para sacar a la chica que recién acababa de conocer esa mañana, del apuro que parecía estar teniendo. Ya de vuelta en el salón, se posicionaron en una de las esquinas y la joven consejera del rey Simón tomó un par de copas de una mesa.

—¿Te apetece un buen vino? ¡El de Axturis es bueno; pero este es espectacular! —exclamó seguido de una sonrisa, la cual cesó cuando vio a Annalía beberse sin respiro todo el contenido de su copa—. ¡Cielos!... Sólo no te embriagues, por favor; tengo planes y me gustaría tenerte sobria —le guiñó un ojo y fue por otra copa para ofrecérsela—. Esta sí, bébela suave… no sé aún si seas tan buena con todo como con el arco y la espada —estalló risa cuando se percató de la forma en que la otra la miró—. Me refiero al vino, eh; no quise decir nada más, así que no te ilusiones, bonita.

—¡No estoy para bromas, por favor! —era evidente que el incidente con Tiberius la había dejado muy alterada.

—Oye… tranquila, sólo quería ser divertida. Ahora bien, ¿me contarás de qué clase de situación desagradable te rescaté allá afuera?

Annalía exhaló pesadamente y luego intentó no ser tan áspera con ella. A fin de cuentas, tenía razón; la había “rescatado” de una situación muy desagradable que comenzaba a empeorarse justo cuando Alma decidió intervenir.

—Gracias por eso… lo siento, estoy molesta y acabé hablándote feo. No lo mereces, ciertamente; me has rescatado.

—A simple vista se notaba que el príncipe estaba… algo impertinente, ¿cierto?

—Impertinente es siempre —respondió Annalía y rodó los ojos—; pero esta noche además, está ebrio.

—Hombres —ahora fue Alma quien hizo una mueca de hastío con los ojos.

—Tiberius es… el príncipe Tiberius —se corrigió—, es un sujeto que no acepta un "no" como respuesta; y yo lo he rechazado no una vez, sino dos. Esta noche fue la segunda y su ego en mancuerna con su ebriedad, terminaron desatando su verdadera personalidad.

Alma mostró más interés. —Espera, espera… ¿ese cerdo entonces quiere que tú…?

—Que me case con él —contestó y bebió otro sorbo.

—¿No dijiste que no la primera vez?

—Rotundamente.

—Entonces, a ver si entiendo… ¿rechazaste por dos ocasiones la propuesta de matrimonio de un príncipe, aún con la posición que podrías obtener estando a su lado? —preguntó Alma y quedó a la espera de respuesta.

—¡Al infierno la posición y todo lo que cree que me llenaría los ojos! Jamás me casaría con él, ni aunque fuera el hombre más poderoso del mundo; ¡ese sujeto me da asco!

—Wow… —Alma aplaudió.

—¿Y ahora de qué te burlas?

—No me estoy burlando, bonita; te estoy alabando. Eres maravillosa, a cada cosa nueva que conozco de ti, quedo un tanto más encantada.

—¡Ay, por favor, Alma! Sin chistes.

La otra chica no respondió nada más, sólo bebió su vino mientras contemplaba a Annalía que parecía como si buscara a alguien con la mirada por todo el salón.

Capítulo 9

Mientras el rey Simón se tomaba la libertad de anunciar con gran entusiasmo el compromiso, Katharina deslizaba su mirada por todo el lugar, sintiendo el corazón golpearle fuerte en el pecho, imposibilitándole respirar con facilidad. Una fastidiosa voz en su cabeza continuaba repitiéndole que estaba haciendo lo correcto, que Hendar merecía su sacrificio; sólo que esa no era la única voz interior que se hacía sentir, aunque ella se esforzara por ignorar cualquiera otra…

Hallar sus ojos entre la jolgoriosa multitud que los acompañaba esa noche, fue aún más difícil. La mayor parte de las veces, aquella mirada lograba darle paz y arrancarla del mundo real, conduciéndola a otra dimensión en donde no existía nada más que ellas dos… pero esta vez no fue así, la realidad la golpeaba de frente y sin piedad; y aquellos ojos hermosos no tenían su brillo habitual, como si algo hubiera apagado la llama que los hacía iluminarse siempre al verla. Jamás en su vida la reina hubo de sentirse tan malditamente horrible como en ese momento… y más al verla forzar una sonrisa, asentirle levemente con la cabeza y luego darle la espalda, escabulléndose del lugar sin mirar atrás.

Contuvo un par de lágrimas con todas sus fuerzas y su primer impulso fue correr tras ella, necesitaba saber que todo estaba bien; mas, antes de que lograra siquiera dar un paso, alguien más siguió a Anna fuera del salón… *tal vez, eso fue lo mejor;* se quedó pensando con la mirada perdida tras ambas jóvenes.



Annalía atravesó un par de corredores hacia la cocina, cruzándose de camino con varias siervas a quienes fue esquivando en su loca y apresurada marcha hacia el exterior. Ya afuera, cruzó el jardín trasero y se encaminó hacia el ala menos concurrida del castillo, en donde se hallaba el acceso a una vieja atalaya en desuso que siempre fue su “lugar seguro” cada vez que sentía la necesidad de estar sola… sobre todo cuando sus emociones la sobrepasaban.

Subió las escaleras empolvadas a toda prisa, sin detenerse hasta la cima de la torre, desde donde se podía observar parte del castillo y todas las luces prendidas de Hendar. La vista desde el viejo balcón era maravillosa, sin embargo, para ella bastaba sólo la paz que le otorgaba sentirse alejada del mundo, en aquel lugar al que siempre había subido sola… hasta esa noche.

—Ufff… ¡ahora entiendo cómo ganaste ese torneo! Requiere un enorme esfuerzo subir hasta aquí al paso que lo hiciste. Lo intenté; pero tuve que detenerme por un poco de aire a mitad de camino —dijo Alma, llegando junto a ella con la respiración aún agitada.

—¿Por qué me has seguido? —preguntó Anna, secamente y sin voltearse a mirarla, mientras intentaba limpiarse los ojos con torpeza—. No deberías estar aquí.

La consejera del rey de inmediato se dio cuenta de las lágrimas que mal intentó disimular la chica y caminó hasta la barda, deteniéndose junto a ella; mas no la miró, para no hacerla sentir incómoda.

—Yo… sólo vi el estado en que saliste y me preocupé; por eso te seguí.

Hubo un silencio de varios minutos, en los cuales ambas se dedicaron sólo a contemplar el paisaje nocturno ante sus ojos, hasta que Annalía volvió a dirigirle la palabra.

—Mejor bajemos de aquí… yo estoy cansada y me iré a mi habitación. A ti, puede que tu rey te esté buscando por cualquier motivo; no deberías alejarte así.

—Oye, Anna… —Alma finalmente se atrevió a mirarla, sin temor a incomodarla— no te voy a preguntar qué sucede contigo, porque sé que prácticamente no nos conocemos y no quiero parecerte atrevida; pero sólo quiero que sepas que… estoy aquí, por si necesitas hablar o pedir cualquier clase de ayuda. Estaré bastante por acá, ahora que la reina y Simón van a…

—Gracias —la interrumpió—, te lo agradezco mucho; pero estoy bien. Sólo necesito descansar. Bajemos —caminó hacia la escalera lentamente y se detuvo a aguardar por ella, haciéndole una seña para que iniciara a descender primero.

—Cuenta conmigo sin dudarlo si sientes que lo necesitas —le sonrió, con una expresión que le permitió a Annalía percibir la sinceridad que conllevaban sus palabras.

—Gracias también por no hacer más preguntas que no te puedo responder.

—Tranquila, vine a apoyarte en serio; pero sólo si tú lo deseas o estás lista para recibir ayuda. Sé que hay momentos en la vida que solamente necesitamos… tiempo… para resolver lo que sea; y si eso no llega a bastar, aquí estaré —contestó Alma e inició a bajar, seguida por ella.



Logró finalmente escapar a sus aposentos y encerrarse de una vez, evadiendo su compromiso de anfitriona con el que ya estaba decidido sería su esposo; necesitaba sólo alejarse, de todo y de todos… sentir un poco de paz estando a solas. Corrió al amplio balcón por un poco de aire fresco mientras sentía que todo su mundo se le venía encima. No soportaba todo aquello; ser la monarca de Hendar, la situación actual del reino a su cargo, el inminente matrimonio… era demasiada presión y la estaba sobrepasando.

Enjugó las lágrimas antes de que abandonaran sus ojos y miró al cielo, llenando sus pulmones de aire mientras su mente la conducía al pasado, tiempo antes de morir su padre… y antes de que Annalía desapareciera de su vida por más de un año. Era todo tan perfecto en aquel entonces. Augusto de los Triador gobernaba y ella tenía más tiempo para sí, pasaba casi todo el día con su amiga, con su única y mejor amiga, haciendo travesuras de las cuales conservaba cada recuerdo como el más preciado de sus tesoros. Deseaba poder volver atrás en el tiempo; pero eso era imposible y ya era tarde para reparar algunos errores que pusieron una barrera entre ellas. La quería de vuelta como antes…

—¿Quién…? —escuchó unos pasos apresurados a su espalda y se volvió de inmediato, recibiendo el fuerte apretón de un par de rudas manos alrededor de su cuello.

—¡Es hora de que termine tu reinado, maldita!

La presión entorno a su garganta se hacía cada vez más fuerte, cortándole la respiración. Su agresor llevaba el rostro cubierto; mas, sus hombros anchos y su voz ronca delataban que se trataba de un hombre bastante robusto. El intruso la aprisionó contra la baranda de manera aparatosa usando todo el peso de su cuerpo, sin suavizar el agarre en su cuello.

—Hendar no te quiere, ¡muerte a la reina! —gritó el sujeto con odio mientras ella luchaba por quitarse esas manos de encima con todas sus fuerzas.

—¿Quién... te envió? —preguntó Katharina dificultosamente, casi ya sin lograr respirar.

—¡Eso nunca lo sabrás en esta vida!

El hombre arreció en su empeño por asfixiarla de una vez y lograr asì su cometido; pero el espectáculo que estaban dando en el balcón ya había alarmado a los guardias de ronda que se hallaban en el patio. Muy pronto la voz de alarma fue dada, logrando que su atención viajara sucesivamente entre su víctima y los soldados que se movían como hormigas, varios metros por debajo de ellos.

—Van a… llegar en cualquier momento… detente… —intentó persuadirlo Katharina, mientras un par de lágrimas se escapaban de sus ojos y sin abandonar la lucha, por pocas que fueran sus fuerzas.

—¡No alcanzarán a ver a su reina viva! —fue su última frase antes del grito horrendo que emergió de su garganta.

Entre contorsiones espeluznantes, su enorme cuerpo cayó pesadamente al jardín. No había forma de que sobreviviera a aquella caída de más de quince metros. Al parecer, el destino tenía otros planes para la joven monarca; los cuales no contemplaban morir esa noche.

Con ojos exorbitados se asomó un par de segundos por encima de la barda, viendo la terrorífica escena del cuerpo en medio de un charco de sangre sobre la acera de piedra que atravesaba el césped. Involuntariamente se llevó las manos al cuello, masajeando sobre las huellas frescas de su fallido homicida mientras se adentró en la recámara. No sabía cómo había logrado empujar lejos de sí al corpulento hombre, provocando que perdiera el equilibrio; sólo tenía clara una cosa: alguien la quería muerta.

La puerta de la alcoba se abrió estruendosamente y los primeros en entrar fueron un par de guardias, por entre los cuales apareció Annalía luego de empujarlos a su paso para llegar hasta su amiga. Había mucha gente en la habitación; pero los ojos de su majestad se posaron en la única persona en que había pensado aún en sus momentos de angustia.

—¡Anna! —se aferró a ella como si no existiera nada ni nadie más alrededor suyo.

—Por Dios… —Annalía la estrechó fuertemente en un abrazo que duró varios segundos, luego se separó un poco para tomarle el rostro entre sus manos, visiblemente nerviosa; tanto

como ella—. ¿Estás bien, Kath? ¿Qué rayos sucedió? —en su búsqueda de señales de que todo estuviera bien, halló las feas marcas alrededor de su cuello y frunció el ceño, mientras la rabia le nublaba la vista en forma de lágrimas.

—Estoy bien… ha sido espantoso; pero estoy bien…

—¡Si algo grave te hubiera sucedido…! —confesó su amiga viéndola a los ojos y pausando sus palabras; regresando finalmente a la realidad en la cual se hallaban, frente a varias personas que también acudieron a interesarse por la reina, entre ellos, su futuro esposo.

Katharina reparó en la presencia de Simón en la habitación y calló lo que estaba a punto de decir. Buscó con la mirada los ojos de Annalía y se separó unos pocos centímetros de esta, aún sin desprenderse del todo de ella.

Anna comprendió perfectamente que aquel no era su lugar y que, desgraciadamente; no eran sus brazos los que debían estar envolviéndola en un momento como ese. Respiró profundo y posó un beso en su frente, luego le dio la espalda y caminó hacia la puerta, cruzando a través de los presentes, entre los cuales encontró el rostro de Alma.

La reina quedó de pie en el lugar, abordaba por el rey y otros interesados en su salud y bienestar; pero con la mirada perdida hacia la salida.

Capítulo 10

Annalía estuvo casi hasta el amanecer encabezando un grupo de soldados, dados a la tarea de inspeccionar cada rincón del castillo; necesitaba asegurarse por ella misma de que no hubiera ningún otro intruso por los alrededores que pudiera representar un peligro para la reina Katharina. Ver las huellas de la agresión en su piel y saber que no estuvo ahí, para protegerla de todo y de todos como le había prometido tiempo atrás; la estaba carcomiendo viva. La sola idea de que algo horrible le pudo haber sucedido la volvía loca…

—Menuda nochecita —comentó Alma interceptándola en uno de los corredores, quien al igual que ella y al resto de la guardia real, se encontraba alerta—. ¿Cómo sigue la reina?

Annalía hizo una seña con la mano a los soldados para que se adelantaran y luego prestó atención a la chica. —Según me han informado, su majestad reposa en sus aposentos.

—¿Ya se ha descubierto la identidad del agresor?

Annalía frunció el ceño y sus facciones se tensaron, denotando toda la rabia que sentía. —Aún no, en realidad no quedó muy reconocible por la caída… pero, están trabajando en ello.

—Fue una suerte que la reina hallara el modo de defenderse —comentó, emprendiendo la marcha junto a la otra.

—En realidad Kath… *su majestad* —se rectificó al sentirse blanco de aquellos curiosos ojos— es una magnífica guerrera. Su padre la adiestró como al hijo varón que no tuvo, siempre decía que una mujer debe estar preparada para sobrevivir por sí misma en un mundo dominado por hombres —sonrió de repente.

—¿Desde hace cuánto *perteneces* a la familia real?

Annalía se detuvo frente a ella y la miró a los ojos, muy seria. —Explícate mejor, porque no entiendo tu pregunta.

—Conozco tu historia, Anna.

—No soy una esclava —sus facciones volvieron a tensarse—. Nunca lo fui.

—Tenía entendido que el rey Augusto te com…

—Me salvó de las garras de unos progenitores explotadores y para nada afectivos, que además de —siempre le fue muy difícil hablar de su pasado y recordarlo le hacía mucho daño—… me obligaban a robar para ellos poder embriagarse. El rey me dio la familia que nunca tuve y una educación; por lo cual le estaré eternamente agradecida.

—¿Te creció como a una hija? —continuó su interrogatorio sin importarle que la estaba sacando de quicio—. Tú y la reina Katharina crecieron como dos hermanas, ¿no? No imagino lo

que debiste sentir cuando supiste del atentado…

—Lleguè al castillo durante mi adolescencia… terminé de crecer aquí, sí; pero nunca, a pesar del buen trato y las bondades del padre de Katharina, jamás me consideré parte de esta familia. Hay límites que no se deben cruzar y mi agradecimiento es sincero, jamás crucé la línea creyéndome algo que no soy —ladeó la cabeza, como parte de un lenguaje corporal que buscaba transmitir la incomodidad que generaban tantas preguntas—. ¿Satisfecha?

—Sí… bueno, más o menos —contestó Alma y sonrió, callando por algunos segundos bajo su mirada, sin embargo, al parecer no tenía intenciones de dejar de indagar—. Su majestad y tú, por lo mismo, han de verse como hermanas; comprendo ahora toda la devoción que denotas por ella, imagino que…

—¡Ya basta! ¿Te mandó tu señor acaso para interrogarme? —Annalía perdió la paciencia—. No somos como hermanas, ¿bien? Katharina es… desde que la conocí, mi mejor amiga; y sé que soy lo mismo para ella, por lo que pienso protegerla de lo que sea y de quien sea, sólo eso —le dio la espalda y echó a andar.

—¡Está bien, Anna! ¡Espera, no quería molestarte con mi curiosidad personal!... ¡Anna, espera! —gritó Alma corriendo tras ella.



A media mañana, unos toques discretos en la puerta de la habitación de la reina, la hicieron incorporarse de inmediato y alisarse un poco el cabello; como si supiera de quién se trataba.

—¿Sí?

—Kath… soy yo, Annalía.

—Adelante, por favor.

Katharina no sabía exactamente la razón; pero su corazón comenzó a latir de manera diferente con sólo verla atravesar la puerta y dirigirse hacia ella.

—Buen día, majestad —la saludó su amiga y tomó asiento a un costado del lecho, junto a ella—. Perdón que venga a interrumpir tu descanso, sólo necesitaba verte, me quedé muy preocupada. ¿Cómo has estado después de…? Ya sabes.

—Oh, yo estoy bien. He logrado dormir un rato en la madrugada.

Ambas se miraron en silencio por algunos segundos, tras los cuales Annalía dirigió la vista hacia las sábanas y sonrió—. ¿Recuerdas qué hacías cuando había tormenta o algo más te asustaba durante la noche?

Los ojos de la reina se iluminaron, como si tales memorias trajeran a ella una parte perdida de su vida que ansiara revivir; unos mejores tiempos muy distintos a la realidad que vivía ahora.

—¿Cómo no recordarlo? —se rio—. Corría a tu cama y dormíamos abrazadas prácticamente toda la noche, bueno; así despertaba… abrazada a ti, o aprisionada por uno de tus brazos —recordar esa época en que parecía no existir ningún tipo de barrera entre ambas, era reconfortante—. Tú siempre te reías de mí, te gustaba molestarme burlándote de mis momentos de pánico.

—No era por maldad —confesó Annalía y su sonrisa se extinguió poco a poco, mientras su mirada se tornó más intensa sobre ella—, la verdad es que… me gustaba mucho cuando algo te asustaba; porque sabía que correrías hacia mí… y pasaríamos el resto de la noche juntas.

—¡Malvada!

—¿Qué puedo hacer? Desde siempre tenerte cerca, se convirtió en cada uno de mis momentos favoritos en mi vida.

Las miradas de ambas impactaron nuevamente bajo un silencio cómplice. Una mano de Annalía viajó desde el lecho en donde estaba apoyada, hasta el rostro de la reina y con un poco de timidez, o tal vez duda en cuanto a si debía o no, le acarició una mejilla sutilmente.

—Yo también te confesaré algo —dijo Katharina, a la vez que ambas se echaron hacia atrás, como si buscaran frenar en parte, cualquier cosa que pudieran estar sintiendo—, es que yo… no tenía tanto miedo a veces; pero me servía el pretexto para estar contigo.

El corazón de Annalía comenzó a latir lentamente, le sucedía siempre en momentos como ese junto a ella; cuando sentía que no existía una corona ni la responsabilidad que eso le entrañaba a Katharina… cuando sentía que con ella dejaba de ser la reina de Hendar para convertirse solamente en la mujer de carne y hueso.

—Ojalá lo que sucedió anoche, te hubiera servido de pretexto…

Unos pasos acercándose por el corredor y luego unos leves toques a la puerta, las hicieron regresar de golpe a la realidad que, a pesar de los esfuerzos por no olvidarla, estaban pasando por alto. Annalía se puso de pie de inmediato junto a la cama, mientras su majestad sólo respondió:

—Adelante.

—¡Buenos días!... Para ambas —dijo el rey Simón, adentrándose en la alcoba junto a una sierva que portaba el desayuno preparado para ambas majestades y reparando en la presencia de Annalía—. Pensé que estarías sola, perdón… sólo quise sorprenderte con un delicioso desayuno para compartirlo ambos, juntos en la terraza —sonrió.

—Buen día, majestad —respondió Anna—, por mí no debe preocuparse, ya estaba de salida —sin esperar más, se encaminó hacia la puerta y desapareció de inmediato.

—Buenos días, Simón… por supuesto, adelántate a la terraza mientras me acomodo un poco y te alcanzo.

—De acuerdo, mi reina.

¿Por qué sintió un enorme vacío inmediatamente que Annalía se marchó?... una sensación

de culpa que crecía cada vez que veía en sus ojos la expresión que acababa de verle antes de retirarse. No tenía cómo nombrar lo que estaba sintiendo, sólo sabía que le asustaba, porque a pesar de hacerla sentir en las nubes; sabía que existían muchas cosas que la ataban a la tierra. Tampoco le gustaba lo que estaba viendo muy a menudo en la mirada de Annalía; una especie de aflicción por la cual se sentía culpable y eso la estaba consumiendo… ser ella quien la lastimara, ella; que sería capaz de dar la vida propia por la suya.

Capítulo 11

Luego de pasar gran parte de la mañana encerrada con los miembros del consejo, del cual formaba parte su tío Tiberius, quien le resultaba bastante insoportable a veces, Katharina se dirigió al jardín interior vestida más cómoda y con el cabello recogido en una trenza bien apretada. Necesitaba despejar un poco la mente y eso lo conseguía entrenando.

—Perdón por hacerte esperar.... —dijo mientras se dirigía hacia una esquina en donde reposaban algunas armas sobre una mesa redonda—. Fue difícil liberarme de esos buitres —murmuró, rodando los ojos.

El chico sonrió por el comentario. —Usted no tiene que pedir perdón por nada, majestad. ¿Cómo está? —preguntó Luccas, al igual que todos en el castillo, estaba preocupado por ella luego de lo sucedido la noche anterior.

—Estoy bien —respondió, tomando entre sus manos un enorme bastón de madera—. ¿Ya descubrieron el nombre del agresor? —le lanzó el bastón y aferró otro para ella.

—Aún no, majestad —bajó la cabeza, sintiendo algo de vergüenza ya que era él quien estaba de turno en la vigilancia de los corredores que alojaban las habitaciones esa noche.

—Alguien debió ayudarlo a entrar al castillo... a mi alcoba —se le acercó.

—Siento mucho lo sucedido, mi reina, yo...

—No es culpa de nadie, el sujeto tenía un propósito muy claro y...

—Nunca debió suceder, majestad —se atrevió a interrumpirla—, debimos controlar y estar más atentos, debimos...

—Igual ya pasó —su mente viajó por un momento a la noche anterior, rememorando lo acontecido; las manos del sujeto alrededor de su cuello y el odio reflejado en sus ojos... jamás lo olvidaría—. Ahora entrenemos, necesito distracción —dijo y arremetió contra él.



Se detuvo de golpe al escuchar el eco que hacía el impacto brutal de los bastones entre las gruesas paredes. Su corazón aceleró los latidos cuando su mirada la halló, tan majestuosa como de costumbre. No comprendía cómo era posible que Kath lograra siempre capturar para sí toda su atención, como si de un hechizo se tratara.

Se acercó un poco más, con cautela para que no notaran su presencia. Siguió con la vista cada uno de los pasos de esa mujer que se deslizaba como una amazona... en realidad era como una diosa ante sus ojos y no existía nada más que ella.

—Oh, ahora comprendo —Alma pareció salir de la nada y se colocó a su lado, haciéndola sobresaltar como si la hubiera atrapado haciendo algo que no debía—. Tenías toda la razón acerca de la reina, ¡es verdaderamente buena! —exclamó sin esconder su sorpresa.

—Lo es —murmuró Annalía sin apartar la vista de su majestad. Era como un potente imán.

—En realidad nunca imaginé que fuera toda una guerrera —se rio—. Escuché mucho hablar de ella, de su envidiable hermosura; pero este es un lado suyo que desconocía.

Annalía la miró. —Le gusta entrenar cuando está preocupada y... asustada, eso logra en algún modo calmarla.

—La conoces muy bien —comentó y la otra se puso muy seria—. Anna... —le aferró una mano, capturando su total atención— quería disculparme por hacerte incomodar antes, yo... sólo deseaba conocer más de ti. No sé si te has dado cuenta; pero hay algo en ti que me...

—Señorita Alma —una sierva las interrumpió, capturando no sólo la atención de ambas, sino también la de la reina, quien recibió un bastonazo en el estómago por la repentina distracción.

—¿Sí?

—El rey Simón quiere verla, dice que es urgente.

—Iré enseguida —dijo y luego se volvió una vez más hacia Anna—. Nos veremos luego, espero que esta tarde tengas un poco de tiempo para mí, me encantaría que me llevarás a hacer un recorrido por los alrededores... tal vez a caballo, ¿qué te parece?

Vaciló en responder, en realidad su atención estaba dirigida hacia la reina, quien aún se masajeaba el vientre por el golpe recibido.

—Sólo si te parece bien, si tienes otros planes yo...

—Sí, por supuesto —respondió, llevando su mirada hacia la chica frente a ella—. Nos veremos luego para una cabalgata.

Alma sonrió contenta y luego se marchó sin decir más.

—¡Anna! —la voz de la reina resonó entres las paredes, estremeciendo a la chica que tenía la intención de retirarse—. ¿Te gustaría... entrenar conmigo un rato?

—Eeeh… ¿segura que no te incomodarás si pierdes? —bromeó, mientras caminaba hacia ella.

—Decide el arma y no seas presumida, ambas sabemos que no sucederá.

Luego de fatigosos minutos de lucha con varas, ambas quedaron exhaustas sobre el césped

cercano. Desde adolescentes solían acabar así las rigurosas prácticas a las que las sometía el difunto rey, quien se ocupó siempre de hacerles aprender el manejo de cada arma a ambas por igual; como si las hubiera querido preparar para cuando él ya no estuviera para cuidarlas, pudieran hacerlo una a la otra.

—¡Ufff! Sigues manteniendo el ritmo eh, ser reina no te ha quitado para nada el ímpetu en la lucha —confesó Annalìa, tendiéndose por completo sobre la hierba mientras la otra hacía lo mismo muy cerca de ella.

—Para nada —contestó Katharina y sonrió—, jamás he abandonado la disciplina de las prácticas que nos exigía mi padre, ¿recuerdas?

—¡Y cómo olvidar! Gracias a eso, hoy sé defenderme. Considero que es importante, más en este mundo en que estamos viviendo… cada mujer debería saber defenderse con tanto abusivo caminando por ahí.

—Gracias a eso estoy viva después de lo ocurrido, sin exagerar. Por cierto, Anna, sé que sigues de cerca las investigaciones; ¿aún nada sobre el culpable?

Annalìa respiró profundo mientras se incorporaba. El semblante le cambió de inmediato, el hecho de que existiera alguien por ahí, tal vez más cerca de lo que podían imaginar, con claras intenciones de cometer magnicidio en contra de Katharina; era un asunto que la traía muy preocupada desde la noche del atentado.

—Aún no… pero hay mucha gente trabajando en ello y sinceramente, espero que obtengamos algún nombre pronto. Es un riesgo enorme para ti esta situación, Kath… lograron llegar hasta tu alcoba; ¡no podemos estar tranquilas hasta que no descubramos quién te quiere fuera del juego!

—Lo sé. Es como si… ni mi matrimonio con Simón valiera la pena para salvar al reino. Sé que se trata de eso; me odian porque he llevado a Hendar hacia la ruina…

—¡No! Hendar ha llegado adonde todos han permitido que llegara.

—¿A qué te refieres? Yo soy la reina, yo soy responsable por la mala gestión, es toda mi culpa.

—Ni siquiera tu padre tomó decisiones solo, Kath; se hizo asesorar por todo un aparato asesor que, de hecho, es el mismo que te asiste hoy… y el reino en aquel entonces no tuvo problemas económicos ni se cuestionaron las decisiones de su majestad.

—¿Qué me quieres decir exactamente, Anna?

Annalìa respiró profundo antes de decir lo que pensaba, de lo cual no tenía pruebas, mas Katharina era su mejor amiga y se atrevía a decirle cualquier cosa con absoluta libertad.

—Pues, que estás rodeada de un consejo asesor que lejos de cumplir su función, estoy segura que han hecho de todo para conducirte al fracaso; y por ende, son los mayores responsables de la situación por la que atraviesa el reino hoy.

Su majestad quedó pensativa por unos segundos. Anna no se equivocaba, su consejo siempre la contradecía, jamás la apoyaba en sus iniciativas… pero igual, se sentía culpable por la triste situación que vivía Hendar, tras la muerte de su padre se había sentido perdida por un tiempo y no se concentró lo suficiente en su pueblo, dejándolo en manos de esos “buitres”.

—Espero sólo poder remediar todos los evidentes errores que he cometido en estos meses —dijo con pesar.

—Kath…

—Hendar es mi responsabilidad por encima de todo —la interrumpió—. Puede ser que tengas razón; mas fui yo quien permitió que esto sucediera. Estaba demasiado… —apretó los labios, tratando de contener el llanto que ya amenazaba con derribarla—. Todo sucedió demasiado rápido, mi padre murió y yo… no estaba lista para portar la corona.

Annalìa le tomó ambas manos entre las suyas y la miró a los ojos. —Siento en verdad tanto no haber estado contigo, siento haberme ido…

—No debes, Anna —la interrumpió una vez más, perdida en su mirada—. No te voy a mentir, una parte de mí te odió por haberte marchado… mas yo —respiró profundo, desviando la mirada—… comprendo que necesitabas tu espacio y fui una egoísta; *soy* una egoísta —se rectificó y esbozó una media sonrisa—. Es nada más porque te quiero sólo para para mí —soltó de repente sin pensarlo, encontrando sus hermosos ojos que se iluminaron. Sacudió la cabeza, interrumpiendo el contacto visual de inmediato—. Eres mi mejor amiga, obvio que…

—Sí, lo sé —Anna liberó sus manos y se puso muy seria—. Ahora mejor regre…

—Estaba pensando —volvió a interrumpirla, tratando de cortar la tensión que se creó de repente—… que esta tarde podríamos ir a dar un paseo a caballo como en los viejos tiempos, ¿qué te parece?

Annalìa levantó la mirada. —Me encantaría; pero tengo ya un compromiso y…

—Oh… claro —Katharina sintió algo verdaderamente nocivo abriéndose paso en su interior, además de vergüenza por el rechazo—, entiendo.

—Lo siento, Kath.

—No, no pasa nada, de verdad que entiendo —repitió muy seria y se aclaró la garganta—. ¿Acaso te verás con esa chica? ¿Cómo es que se llama?

—Alma —respondió Anna, observándola con atención—. Su nombre es Alma… y sí, le prometí un paseo a caballo por los alrededores.

—¡Que bien! —exclamó, sintiéndose bastante ridícula en verdad.

—¿Te crea eso algún problema, Kath? —por alguna razón, aquella extraña reacción que adoptó la reina al saber de su salida con Alma la estaba divirtiendo un poco.

—¡No, para nada! ¿Cómo crees? —sentía sus mejillas arderle—. De hecho, me alegra

mucho que se lleven bien.

—¿Segura?

—Sí, sí… por supuesto —no dejaba de asentir con la cabeza como una tonta.

—Entonces; ¿todo está bien? —sí, absolutamente se estaba divirtiendo tantísimo.

—Perfectamente… ve y disfruta del paseo.

—Bueno —contestó Anna encogiéndose de hombros y posteriormente se puso de pie—, entonces… mejor me retiro. Debo hacer algunas cosas antes de… salir a cabalgar —sonrió y le extendió una mano—. ¿Te acompaño adentro?

—No hace falta, haré venir a Luccas y entrenaré un poco más —respondió la reina, haciendo un gesto de dejadez con una mano y sin verla a la cara—. Ve tú, haz lo que debas… para que no hagas esperar luego a esa chica.

—Alma, se llama Alma.

—Ah, sí. Como sea… ve.

Capítulo 12

Si existía una persona en el mundo a la que jamás ella desearía lastimar ni en lo más mínimo, esa era Katharina; pero verla toda angustiada, aunque hubiera intentado disimularlo, tras saber que dedicaría parte de su tiempo a alguien más, había sido un tanto grato y reconfortante. La divirtió su cara al referirse a “esa chica”, como le llamó a Alma; la subida de colores de su rostro y su torpeza en la forma en que sostuvo la plática, fueron sin duda alguna un aliciente ante lo que estaba sintiendo ella, desde el primer momento en que supo cómo su majestad solucionaría los problemas actuales del reino. Tampoco era de las personas que utilizan a las demás, si la reina sentía celos, no era porque ella buscara provocarlos, aunque los disfrutara; ya había percibido cierta conducta que revelaba interés en ella por parte de Alma y esperaba sinceramente estar equivocada al respecto… le interesaba sólo la amistad de la chica porque le parecía simpática; pero no más que eso.

Mientras cabalgaban esa tarde, a la consejera del rey se le notaba diferente; no era la misma chica con la que se cruzaba en el castillo y que gustaba de lanzarle indirectas. Esta vez, durante su paseo por el campo, vio una Alma diferente…

—¿Piensas quedarte mucho tiempo en Hendar? —preguntó la extranjera mientras desmontaba de su cabalgadura bajo los enormes árboles que las cobijaban de un sol abrazador.

—La pregunta sería para ti, yo vivo aquí —respondió Annalìa y acarició su corcel en el cuello antes de dejarlo pastar por su cuenta.

—He sabido que te marchaste un tiempo sin rumbo fijo.

—Hablan demás por ahí —contestó Anna tomando asiento sobre un enorme tronco seco—. ¿Y qué más has escuchado?

—¿La verdad?... historias fascinantes sobre la ganadora de los torneos, la comandante de toda la guardia, la protegida del rey Augusto y… la consentida de la reina Katharina —pronunció el nombre de su majestad en tono distinto a las demás palabras.

—Pues, no hagas caso a todo lo que digan; por lo general, todo eso que mencionas lejos de fascinar a alguien, me ha valido la mala voluntad de la mayoría.

—Será porque no te ven como te veo yo…

La mirada de Annalìa centró de repente los ojos de la chica, notando una expresión diferente en ellos, unida a una sonrisa casi imperceptible, pudiera decirse que tímida, adornando sus labios.

Se aclaró a garganta, desviando la mirada. —Creo que mejor regresamos —dijo, viendo hacia todas partes.

—¡Acabamos de llegar y este lugar es maravilloso! —exclamó Alma acercándosele—. ¿Acaso tienes otra cita?

—¿Cita? —Annalìa se rio, hallando sus enormes ojos en medio de la naturaleza—. ¿*Esto* es una cita?

Alma aferró sus manos con suavidad, acercándose más. —Para mí lo es, ¿y para ti, Anna? —continuó acortando la distancia entre ambas hasta estar peligrosamente muy cerca de la otra y sus ojos centraron sus labios entreabiertos—. Desde que te vi, yo…

—Alma, no…

—Sssh, no digas nada —la silenció mientras hundía una mano en su larga cabellera con evidentes intenciones; mas el inesperado relinchar de un caballo interrumpió lo que fuera que estuviera a punto de suceder.

Ambas voltearon la mirada, sorprendiéndose al ver aparecer a sus majestades con un pequeño séquito de guardias…

—¡Alma! —el rey llamó la atención de la chica, que los había visto apenas de reojo antes de centrar la mirada en el suelo, molesta por la interrupción—. No pensé encontrarte por estos lares.

—Ya ve usted, majestad; a todos nos gusta el aire fresco, al parecer —respondió la aludida, centrando los ojos de la reina y sosteniéndole la mirada con cierta tozudez, como si estuviera hablando con ella.

—N-nosotras… ¡ya nos íbamos! ¿Verdad, Alma? —se apresuró a decir Annalìa mientras iba por su corcel que pastaba a un par de metros.

—En efecto —contestó la joven y sonrió forzadamente, mientras intentaba controlar su molestia y se giraba nuevamente hacia el rey y la reina—. Que disfruten el paseo, majestades. Es, sin duda alguna, un bonito lugar este —barrió con la vista rápidamente el entorno y volvió a sonreír—, ideal para fomentar el romance.

Katharina sintió cómo se le subieron los colores de su rostro y frunció el ceño; mas no dijo una sola palabra. Su mirada fulminó a la consejera de su futuro esposo y seguidamente se posó en su mejor amiga; la misma que había rechazado ese mismo paseo a su lado por la compañía de aquella atrevida insoportable… era algo que no olvidaría, puesto que había herido su ego y su, hasta el momento; incólume protagonismo en la vida de Anna. Hizo un ademán a su escolta y se giró hacia el rey:

—¿Continuamos, “querido”?

—Por supuesto, mi reina —respondió Simón con galantería y reanudaron la marcha.



Durante la mayor parte del trayecto de regreso al castillo, Alma y Anna no cruzaron palabra alguna. La primera no hacía más que buscar los ojos de la segunda; pero Annalìa la evitaba a toda costa, manteniéndose a la delantera todo el tiempo. Sólo al arribar a las

caballerizas volvieron a hablarse.

—Oye… ¿qué tienes? No me hablas, no me miras… si es por lo que sucedió allá en el campo yo…

—No sucede nada, Alma; o bueno, sí… —contestó la amiga de la reina luego de retirarle los acarreos a su corcel—. Lo que estabas a punto de hacer cuando llegaron los señores, ¿qué significa exactamente? —la encaró, muy seria.

—Vamos, Anna, sabes lo que significa, es más —se atrevió a tomarla de un brazo—; yo sé que estás consciente de lo que despiertas en mí.

—Ah, conque eres de esas personas —respondió Annalìa y se soltó de su agarre, poniendo distancia entre ambas.

—¿De “esas personas”?

—Sí, de las personas que creen que porque deseen algo, los demás también.

—¿Me dirás que tú no? —preguntó Alma y volvió a acercarse, esta vez sin tocarla, sólo se aseguró de estar lo suficientemente cerca como para hablarle al oído—. Tú sabes bien qué hubiera sucedido de no haber sido interrumpidas, porque yo no vi ningún signo ni intención evidente de impedirlo. ¿O me vas a decir que tú sí eres de esas?… de esas que compran pescado y le cogen miedo a los ojos. ¡O peor aún!, que no soy tu tipo; porque esa no me la creo.

—¿Qué? —exclamó Annalìa y rio divertida. Si bien era cierto que no sentía ni podría sentir por ella ese tipo de atracción de la que le hablaba, sí le divertían mucho sus ocurrencias—. Mejor lanza el anzuelo en otra parte, “creída”, porque no busco aventuras otoñales, estoy… “cerrada” a esos asuntos —le dio la espalda y le dijo adiós con la mano mientras se alejaba.

—¡Oye, no te vayas! ¡Anna!

Capítulo 13

Kath no hacía más que pensar en la cercanía que vio entre Anna y aquella chica de cabellos rizados que no le caía para nada bien. No sabía exactamente qué era lo que le molestaba tanto, o tal vez sí lo sabía, sólo que no lo quería aceptar. Los celos la estaban carcomiendo viva y no tenía idea de cómo controlarlos.

—Te noto silenciosa desde que nos encontramos con las chicas —comentó el rey mientras cabalgaba a su lado—. ¿Algo te perturba, mi reina?

Ella forzó una sonrisa y lo miró. —No… o bueno sí, pienso en lo sucedido, en el atentado contra mi persona —se aclaró la garganta—; nada que ver con las… chicas. Ellas…

—Creo que sería estupendo —él sonrió, dejándola algo confundida.

—¿A qué te refieres exactamente? ¿Qué es lo que sería estupendo? —indagó sin quitarle los ojos de encima.

—Annalìa y Alma —suspiró mientras ella exorbitaba los ojos—, pienso que serían una hermosa pareja —tras estas palabras la reina casi se ahoga con su propia saliva—, ambas tienen mucho en común, ¿no crees? —la miró con atención.

—¿La verdad?... no me las imagino juntas —contestó, haciendo un gesto de fastidio y azuzó levemente su caballo, adelantándose al rey, mas este la siguió; no se libraría tan fácil de aquella conversación que no tenía motivo válido para rechazar y que, le molestaba sobremanera.

—¿Por qué no? Sería estupendo, ciertamente —continuó Simón, sonriente y emocionado como un chiquillo; o tal vez, como un cupido profesional—. Ahora que nos casemos, nada sería más fantástico que Alma y Annalìa se “entendieran” —hizo saltar las cejas de forma picaresca—, siendo nuestras asistentes cercanas, sería estupendo.

—Pues, yo no les veo nada en común a esas dos —insistió Katharina, más seria que antes y comenzando a sentir un ligero dolor de cabeza—; pero, si es el destino… ya lo sabremos. En lo personal, a mí no me interesa, más bien me disgustan este tipo de temas de conversación si conciernen a otras personas, asì que te ruego, Simón; que el asunto termine ya y por favor, apresurémonos a llegar al castillo —miró al cielo y luego le dirigió una última mirada a su futuro esposo antes de acelerar la marcha de retorno—, lloverá.

El rey la observó en silencio mientras se alejaba y se encogió de hombros.

—Las mujeres están locas.

—¿Disculpe, majestad? —preguntó uno de los guardias que cabalgaba cerca de él.

—¡Oh, nada! —se excusó Simón y soltó una carcajada divertida—. Apresurémonos, la reina al parecer tiene prisa en llegar.

Después de cenar junto a su prometido, donde hablaron acerca de algunos proyectos que ayudarían a mejorar la economía de Hendar, la reina se retiró a sus aposentos y desde su balcón contemplaba las estrellas; aunque más de una vez su mirada abandonó el firmamento y viajó a una de las terrazas cercanas, la habitación de Annalìa no se encontraba muy lejos. No se habían visto desde el "casual" encuentro en el bosque. ¿Qué rayos le estaba ocurriendo? El solo hecho de imaginar a su mejor amiga con aquella chica le hacía hervir la sangre. ¿En verdad podría existir algo más que una simple amistad entre aquellas dos? Y si asì fuera, ¿por qué le molestaba tanto? Ella misma estaba a punto de unir su vida a la de un hombre, un buen hombre en realidad.

Llenó sus pulmones de aire y luego exhaló lentamente. Era cierto lo que le había dicho esa misma mañana a Anna, que era una egoísta que la quería sólo para sí y eso era algo que debía controlar; aunque le fuera difícil. Annalìa tenía derecho a vivir su vida como mejor le placiera y ella, lo único que debía hacer era resignarse a la idea de que no existía sólo ella en el universo; y como buena amiga, apoyarla en lo que fuera.

Volvió a liberar el aire de sus pulmones, esta vez pesadamente y dejando a un lado todo eso que le molestaba, también su orgullo; decidió ir a hablar con Anna… tal vez lo correcto era disculparse, por haber interrumpido su salida esa tarde, por haberse comportado como una verdadera estúpida. Lo que más le interesaba en el mundo era su amistad y no la perdería por nada ni por nadie.



Terminaba de tomar un largo baño de tina cuando unos leves toques a la puerta capturaron su atención y le robaron una sonrisa. Se colocó una bata e inmediatamente fue a abrir, llevándose una enorme sorpresa al encontrarse frente a Alma.

—¿Puedo entrar? —la pregunta fue sólo por educación, ya que ni siquiera esperó respuesta, abriéndose paso con urgencia hacia el interior de la habitación.

—S-sí, por supuesto —dijo, viéndola caminar hacia la mesa, en donde sirvió dos copas de vino—. ¿Qué haces? —se quedó viéndola, estupefacta, sorprendida por su visita y su actitud bastante desinhibida.

—¿No es claro? —preguntó Alma abandonando las copas sobre la mesa y yendo hacia ella—. Al parecer no habrá lugar más privado en este castillo para hablar contigo que no sea este; tu recámara.

—Si lo dices por el paseo de esta tarde, no le vi inconveniente ninguno, para mí fue normal algo a lo que tú te empeñas en llamarle interrupción —respondió Annalía y se alejó unos pasos de ella, yendo hacia la cama, en donde reposaba la ropa que vestiría esa noche.

—Oh, Anna… ¿eres tan inocente, o finges? —el vino que circulaba por sus venas, el cual había ingerido antes de venir a buscarla, comenzó a hacer efecto y la impulsó a llegar hasta ella, rodeándole la cintura atrevidamente.

—Oye, Alma…

—¿Me vas a decir que no sientes que me gustas mucho? Y yo sé que…

—¡Oh, no! ¡No, no, no, no! ¿Qué te pasa? —Annalìa se zafó de sus brazos, visiblemente molesta y señaló hacia la puerta—. No sé qué pensaste antes de decidir venir aquí ni qué esperabas que sucediera; pero no pasará.

—Anna —la nombró mientras volvió a acercarse—… entre tú y yo hay química, abre tus ojos y ve un poco más allá de lo que tienes ante tus narices; ¿por qué negarte a vivir las cosas buenas de la vida, mujer? —preguntó e intentó alcanzarla nuevamente, tropezando en el intento y cayendo de espaldas sobre el lecho.

—Álzate, no te puedes quedar aquí, por Dios…

—¿Por qué mejor no te vienes tú a la cama conmigo, Anna? —bromeó, decidida a no rendirse y la haló de un brazo, atrayéndola sobre ella.

Ninguna de las dos escuchó la puerta abrirse y para cuando se percataron, la presencia de su majestad, la reina, provocó que ambas quedaran mudas ante ella.

—Perdón, la puerta estaba medio abierta y yo… me retiro —pronunció Katharina sintiendo que no resistía permanecer un segundo más ante la escena que recién había interrumpido y abandonó la alcoba a toda prisa.

Sin perder tiempo, Annalía saltó de la cama y corrió tras ella, haciendo oídos sordos a la chica medio ebria que la llamaba entre risas y sin ápice alguno de vergüenza por lo que acababa de suceder.

—¡Anna, regresa aquí!... Por favor, Anna; ¡no puedes dejarme aquí sola!

Capítulo 14

Sin importarle la ropa ligera con que se deslizaba a toda prisa por los pasillos del castillo, Annalìa siguió a su majestad hasta la sala de juntas. Cerró la puerta tras entrar detrás de ella y caminó hacia es escritorio de ébano en donde Katharina simuló revisar unos pergaminos.

—Kath, te ando persiguiendo desde mi habitación, ¡por Dios! Déjame explicarte…

—Ni sé por qué te tomas semejante molestia, lo que los ojos ven se explica por sí solo y, de todas formas; tú no me debes ninguna explicación —contestó la reina sin dignarla de una mirada siquiera—. Eres una mujer libre de hacer lo que te plazca; con quien te plazca —luego de la última frase alzó la vista y centró sus ojos por algunos segundos.

—Ese es el asunto, que yo no estaba haciendo nada con Alma y, aunque digas que no es necesario, yo siento que debo aclarar el punto porque es que…

—Annalìa —pronunció su nombre completo como pocas veces lo hacía, por lo regular la nombraba así sólo cuando estaba molesta—, sea Alma o quien fuera, no hay diferencia alguna; eres una mujer adulta y sin ataduras, así lo asumo y… sólo soy tu mejor amiga, no tu tutora; por lo cual no debes darme explicaciones sobre a quién metes en tu… —cerró los ojos por un instante y se pasó una mano por el rostro, luego señaló hacia la puerta—. Retírate, por favor, tengo asuntos serios que atender y esta conversación no tiene caso.

—¡Pero es que no he aclarado el punto! No estaba en la cama con Alma, Kath; fue un malentendido al momento que apareciste y yo…

—Por favor, Annalìa —Katharina regresó su atención a los papiros que tenía sobre la mesa y volvió a señalar hacia la salida—. Cierra la puerta tras salir. ¡Ah!... y por favor, vístete, no debes andar por los corredores así.

Anna expulsó el aire que estaba conteniendo en sus pulmones y dio media vuelta, justo a tiempo para encontrarse de frente con el rey, que la miró de arriba abajo más con curiosidad que con cualquier otra cosa.

—¡Con permiso, majestad! —se excusó al cruzar por su lado y tras dirigirle una última mirada a Katharina desde la puerta, se marchó.

Los comentarios de Simón no se hicieron esperar. —¿Sucede algo? Esta chica… Annalìa; se le ve algo descompuesta… ¿tuviste algún problema con ella?

—¿Yo? ¡En lo absoluto! —respondió la reina y sonrió—. Mejor pregúntale a tu querida consejera, al parecer; es quien debe saber lo que sucede.



Iniciaba a preocuparse, no había visto a Kath en todo el día, ni siquiera se presentó a la

reunión con el consejo que tenía programada para esa tarde. Al parecer, según lo que le dijo una de las mozas que se ocupaban personalmente de las necesidades de su majestad, se encontraba indispuesta y no había salido de sus aposentos. Necesitaba verla y saber que estaba bien, que entre ellas todo estaba bien. Si bien sabía que no tenía que darle ninguna explicación, algo dentro de sí misma se lo exigía.

—¿Todo bien, *mi señora*?

Annalìa rodó los ojos al reconocer aquella desagradable voz a sus espaldas mientras se dirigía a las habitaciones de la reina. —Todo perfectamente, príncipe —contestó sin dignarlo de una mirada. Detestaba ese hombre.

—He mandado preparar un exquisito manjar que me servirán en mis aposentos —se le acercó, como un depredador incansable—. Me encantaría que me honraras con tu agradable compañía.

Ella negó levemente con la cabeza y se aclaró la garganta. —Lo siento, alteza, temo que no será posible…

Él aferró su mano con algo de brusquedad y sus ojos centraron los de la chica. —No quiero parecer grosero, Annalìa; mas te recuerdo que soy tu…

—¿Algún problema? —la voz de la reina hizo eco entre las paredes del salón mientras se acercaba con pasos apresurados e incrustaba la vista en aquella asquerosa mano, que sujetaba la de Anna.

—Para nada, mi querida sobrina —el príncipe liberó a la chica de inmediato y sonrió—. Sólo invitaba…

—Annalìa… —Katharina no lo dejó hablar y llevó la vista hacia su amiga, que permanecía silenciosa, ignorando por completo a su tío— el rey Simón desea visitar la ciudad antes de partir para Axturis y… te necesito a nuestro lado, encabezando la escolta.

—Por supuesto, majestad —respondió Anna de súbito, sintiendo un sinfín de cosas al verse reflejada en aquellos ojos que la miraban con algo de frialdad—. Con permiso —y se retiró sin mirar atrás.

Kath la siguió con la mirada, viéndola alejarse y una vez más rememoró lo sucedido en su alcoba. Ver a Anna en los brazos de aquella insolente y atrevida chica era algo que no olvidaría jamás; y que la estaba torturando terriblemente desde entonces, sacando a la luz una parte de sí que ni ella misma conocía.

—Oh, deseaba tanto cenar con…

—¿Cuándo comprenderás que Anna no está interesada en ti? —lo fulminó con la vista como nunca lo había hecho, dejándolo algo sorprendido de su inesperada reacción—. Creo que ha llegado el momento de resignarte de una vez y meter en tu cabeza que ella jamás aceptará ser tu esposa. Déjala en paz —sus últimas palabras sonaron como una orden.

—Eso es algo que sólo ella… —comenzó a decir él; pero la reina le dio la espalda y abandonó el salón, dejándolo con la palabra en la boca y bastante furioso.

A decir verdad, muy dentro de sí el príncipe ya había asimilado que Annalìa no aceptaría casarse con él; mas, los deseos de poseerla de otras formas estaban más latentes que nunca en él. Si no había podido hasta ahora llenarle los ojos y despertar al menos su codicia ofreciéndole un lugar a su lado, era sencillamente porque la joven sería un raro espécimen entre todas las mujeres que había conocido antes; tal vez eso era lo que la hacía especial ante sus ojos. Mientras más difícil le resultaba seducirla, más crecían sus ganas de saberse dueño de ella, no cesaría en su empeño por obtenerla… y para ello, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa.



Al amanecer, Annalìa se dirigió a las caballerizas. Llevaba los rastros del insomnio en el rostro, no había podido descansar bien pensado en Katharina y en la manera fría con que la había visto la última vez. En más de una ocasión estuvo tentada durante la noche a ir a su alcoba y cerciorarse de que todo estaba bien entre ellas, mas no lo creyó prudente y todas las veces alejó la idea de su mente.

Ahora alistaba su corcel y revisaba que todo estuviera en orden para el recorrido con el rey Simón. Por una parte, estaba incómoda de tener que acompañarlos, le causaba molestia verlo siempre tan cerca de su reina, presto siempre a ofrecerle su brazo, a besarle una mano muy a menudo… eran cosas que despertaban sensaciones dañinas en ella; sin embargo, saber que ya se marchaba y que al día siguiente no volvería a encontrárselo por el castillo, era el aliciente que necesitaba para enfrentar el día.

—Buenos días, hermosa —dijo Alma, haciéndola voltear la mirada hacia ella de inmediato y soltar la silla de montar que acababa de ajustar a su corcel.

—Buen día; aunque supongo que lo será más para ti, después de semejante cruda que te has pegado —respondió al saludo y de paso la recriminó con ironía por lo sucedido en su alcoba—. Has sido demasiado atrevida e insolente con tu comportamiento, no sé de dónde sacaste coraje para intentar algo asì; pero conmigo no debiste, Alma…

—Lo sé —la joven agachó la cabeza y se acercó despacio a ella—. Perdóname, Anna… no volverá a suceder. Ha sido… ¡uf!, no sé explicar qué me sucedió; pero es que necesitaba el valor para acercarme a ti y acabé… haciendo un papel deplorable —se llevó una mano al rostro en señal de vergüenza—. No volverá a suceder jamás.

—De eso estoy segura —se apresuró a responder Annalìa, fulminándola con una mirada que pasaba de lo severo.

—Por favor, Anna… sólo te pido que no me retires la posibilidad de estar cerca de ti, haciendo a un lado todo, eres una chica increíble que me encantaría continuar tratando —la miró a los ojos con absoluta serenidad, transmitiendo la verdad de sus palabras—, si bien es cierto que estoy sintiendo… —calló, al notar el cambio en la expresión de la otra y comprendió que no iba por buen camino— bueno, sólo quiero que no cierres la puerta a la bonita amistad que comenzamos a entramar desde que nos conocimos.

—Presuntuosa, ¿ya crees que somos amigas?

—No de las mejores, aún —sonrió—; pero sé que podemos llegar a serlo porque tenemos mucho en común.

—Hasta donde sé, mañana se marcha el rey y por ende, tú también —contestó Annalìa, encogiéndose de hombros y regresando su vista hacia el caballo que aún no terminaba de preparar.

—Asì es; pero sólo por unas semanas. No comentes nada, es que… —miró hacia todas partes como si estuviera develando un gran secreto— la boda tendrá lugar antes de finalizar el otoño.

—¡Pero, eso es casi ya!

—Asì es… por favor, sé discreta; me ha pedido Simón que guarde el secreto por ahora, teniendo en cuenta que ya la reina ha sufrido un atentado, teme que vuelvan a intentarlo para impedir la boda y con ello la salvación de Hendar. La noticia no se hará pública hasta nuestro regreso de Axturis.

—Entonces… ¿tienen la sospecha de que la persona que quiere eliminar a Katharina, puede atacar de nuevo? —preguntó Annalìa, hallándole todo el sentido a la suposición.

Alma asintió con la cabeza. —Asì lo cree Simón.

—Tiene lógica —afirmó terminando su trajín y se alejó unos pasos—. Si llegan las majestades y aún no vuelvo, excúsame con ellos; tengo algo muy urgente que hacer. Regresaré pronto.

Capítulo 15

Antes de lo que esperaba, se halló en uno de los corredores con la persona que estaba buscando. Los ojos del príncipe se iluminaron al verla, siéndole imposible disimular su emoción. Annalìa avanzó hacia él y se percató de su asombro cuando se detuvo a hablarle.

—Buenos días, alteza.

—Buenísimos son ahora, hermosa —contestó él y sonrió mientras le tomaba una mano para besarla con excesiva galantería; pecho inflado y mentón elevado—. No hay mejor forma de comenzar la jornada que con una visión celestial…

—Por favor… exagera —respondió la joven y sonrió, apelando a todo su autocontrol para soportar el exceso de adulonería del sujeto.

—¡Para nada! Eres digna de portar una corona sobre esa hermosa cabellera… y dime, querida mía; ¿por qué tan de prisa a primera hora de la mañana?

A Anna le llamó la atención que se refiriera al horario, precisamente él que acostumbraba despertar a las tantas del día luego de una noche de vicio; y ahora estaba frente a ella, con atuendo informal y sus botas de cabalgar.

—Pues… olvidé algo en mis aposentos y debo apresurarme en ir por ello, la reina y el rey requieren mi presencia para el recorrido que darán —contestó lo primero que se le vino a la mente; no podía decirle que lo buscaba precisamente a él, que necesitaba cerciorarse de qué estaba haciendo, porque tenía fuertes sospechas en su contra.

—Antes de que te marches entonces, hermosa mía; respecto a ayer que te invité a…

—¡Oh, descuide, alteza! Mas… si aún la invitación sigue en pie…

Los ojos de Tiberius se exorbitaron y brillaron aún más, como un chiquillo emocionado; pero con la perspicacia y el hambre de un lobo.

—¡Por supuesto!

—Sólo tengo una condición.

—La que sea.

—Que sea un almuerzo y que sea en el salón, comprenderá que para nada se vería bien que lo visite en sus aposentos, príncipe —respondió, con una sonrisa que dejó a Tiberius más embobecido aún.

—Por supuesto que sí, ¿para mañana mismo podría ser?

—Incluso hoy, si le parece.

Lo vio dudar unos segundos y luego volver a mostrarle todos los dientes en otra sonrisa comprometida.

—Siento tanto tener que privarme de tal dicha por esta jornada, preciosa; pero tengo unos asuntos muy urgentes e importantes que atender fuera del castillo.

—No hay prisa, será cuando sea posible entonces. Ahora sí, me retiro; que no quiero llegar tarde para la partida real.

Tiberius la vio dar la media vuelta y regresarse por donde la vio venir; lo cual lo hizo cuestionarse si ya no necesitaría aquello que dijo que había olvidado en su alcoba… mas, su emoción por el trato repentino recibido de su parte, borró cualquier sombra de dudas en un instante.



Había pasado tanto tiempo desde la última vez que recorrió aquellas coloridas calles. Adoraba hacerlo a la derecha de su padre, al que todos amaban y con orgullo llamaban rey. El corazón latía fuerte en su pecho y temía lo que podía suceder, los insultos que seguramente le gritarían por ser la reina que en pocos meses de reinado llevó Hendar al báratro…

—¿Todo bien, mi reina? —Simón apretó su mano mientras desde la carroza en que viajaban observaban la multitud reunida a lo largo de la calle, una multitud bastante silenciosa, lo que hacía que aquello pareciera más un funeral que otra cosa.

Ella miró a ambos lados, sintiendo encima de sí la intensidad que emanaban todas aquellas miradas. —Ellos me odian.

Simón apretó su mano confortablemente. —Es imposible que alguien pueda odiarte, mi reina, eres asombrosa —contestó él e inesperadamente, posó un beso en su mejilla, escuchándose seguidamente el júbilo del pueblo, lo cual le arrancó una sonrisa al rey—. Te prometo que todo estará bien… dentro de pocas semanas, después de nuestra boda, todo esto que está viviendo Hendar quedará en el pasado. Yo me ocuparé de que así sea.

—Es muy generoso de tu parte todo lo que estás haciendo por Hendar y nunca podré agradecerte lo suficiente —Kath forzó una sonrisa, tratando de contener aquellas lágrimas que últimamente la hacían esclava con mucha facilidad.

—No hay nada que agradecer, mi reina, dentro de poco seremos una familia.

Y de nuevo sintió las lágrimas amenazar con abandonar la prisión de sus ojos. —Mj… lo seremos —fue imposible mantener la mirada fija en aquellos ojos azules que la miraban con cierta esperanza.

Detestaba aquella situación. Detestaba tener que desposarse por interés. Pero lo que más detestaba era saber que jamás podría sentir algo más que no fuera amistad por aquel buen hombre, porque en el fondo sabía que su corazón pertenecía a otra persona desde hacía mucho tiempo; aunque continuara renuente a aceptarlo de una maldita vez.

Sus ojos fueron a parar inevitablemente al grupo de guardias que viajaba a pocos metros delante de la carroza. Allí estaba Annalìa, más hermosa que nunca. Le encantaba verla lucir la armadura que su padre mandó a forjar expresamente para ella y que le regaló en su veintésimo

cumpleaños, haciéndola oficialmente parte de su guardia personal ya que era la mejor…

Volteó la vista hacia atrás como atraída por un potente imán y entonces la encontró, observándola desde su carroza. Aquellos hermosos ojos eran la luz en toda la oscuridad que la rodeaba, siempre lo habían sido. Era indescriptible lo que le hacía sentir con sólo una mirada y verla al lado de aquel hombre, saber que dentro de poco uniría su vida a la de él en el sagrado vínculo del matrimonio, era la peor de las torturas; mas, aunque doliera, tenía que aceptarlo… tenía que aceptar de una vez y por todas que ella jamás correspondería a sus sentimientos…

—¡Muerte a la reina maldita! —el grito proveniente de la multitud la atrajo de vuelta a la realidad.

—¡Kath! —gritó ella al ver volar una piedra que impactó inesperadamente contra el rostro de su reina, hiriéndola.

Una furia indomable se apoderó de todo su ser cuando vio a su mejor amiga llevarse una mano a la mejilla izquierda y retirarla completamente manchada de sangre, sangre que en pocos segundos cubrió gran parte de su hermoso rostro. Sus ojos se deslizaron de inmediato por el lugar, centrando un chico que se alejaba a toda prisa de la multitud que ahora se agitaba a causa de los soldados que se les acercaban amenazantes tras la agresión a la reina. El caos reinó en las calles de Hendar y ella sólo se lanzó de su caballo, abriéndose paso entre la muchedumbre, siguiendo al joven que huía velozmente.

—¡Detente! —rugió a la vez que se lanzaba sobre él, haciéndolo caer bruscamente al suelo—. No te lo aconsejo —le advirtió, rozándole el cuello con la punta de su espada e impidiéndole tomar la daga que llevaba atada a la cintura.

—Tenga piedad de mí —lloriqueó, levantando las manos.

—¿Piedad? —se rio con rabia, obligándolo a mirarla—. ¿Acaso tuviste piedad cuando atacaste a su majestad?

—¡Lo siento! Tuve que hacerlo... si no lo hacía, él... —no alcanzó a decir más, en un abrir y cerrar de ojos, de su boca emergió un buche de sangre, interrumpiendo sus palabras cuando una flecha atravesó su pecho desde su espalda.

—¿Qué rayos? —Annalía lo vio desplomarse ante sus ojos y al levantar la mirada halló al príncipe y parte de su séquito a varios metros.

—Buen trabajo, mi señora —dijo Tiberius con el arco que disparó la flecha mortal entre las manos, mientras se acercaba.

—¿Por qué lo hiciste? Estaba a punto de...

—Este es el castigo por atentar contra la vida de mi sobrina. Este maldito —lo pateó con el pie, volteándolo para ver su rostro— merecía morir.

Anna deslizó la mirada una vez más hacia el cadáver del joven y luego volvió a centrar al príncipe, fruncido levemente el ceño. —¿No tenía usted asuntos que atender, alteza? No pensé que formaba parte de la caravana, no lo vi...

—No venía con la caravana, de hecho —la interrumpió con una media sonrisa—. Los asuntos que debía atender eran justo aquí, en la ciudad. Terminé antes de lo esperado y fue una suerte, pude presenciar la agresión de este desgraciado —volvió a golpear el cuerpo inerte con el pie— hacia mi querida sobrina y hacer justicia con mis propias manos. Sólo espero que Katharina se encuentre bien, vi que se la llevaban al castillo.

—Sí, una suerte —repitió ella, recorriendo con la vista el lugar que iniciaba a llenarse de ojos curiosos.

Su mirada se detuvo por largos instantes en un jovencito de cabellos dorados, que observaba lo acontecido con rabia y dolor; el cual, al darse cuenta de que era objeto de atención para la guerrera de la reluciente armadura, se escabulló de prisa.

—Encárguese de este... desastre —ella volvió la atención hacia el príncipe—. Yo iré a ver cómo se encuentra su majestad.

—Annalía… —la detuvo antes de que desapareciera entre la muchedumbre que cercaba el sitio—, ¿nuestro almuerzo sigue en pie?

—Ya lo planearemos, alteza… por ahora entenderá cuáles son mis prioridades —respondió y se perdió entre la gente.



Se ocultó en un estrecho callejón y aguardó pacientemente hasta escuchar los acelerados pasos y, cuando lo sintió cerca, emergió de las sombras, obstaculizándole el camino al chiquillo que tenía un asombroso parecido con el sujeto que agredió a la reina y que ahora yacía muerto en la plaza de la ciudad.

—¿Quién eres y qué vínculo tienes con el joven que hirió a su majestad? —Annalía sujetó el mango de su espada, amenazante ante los ojos exorbitados del muchacho—. Te aconsejo que hables, mocoso, si no quieres terminar como el otro... como tu hermano, ¿cierto?

El rostro del chico denotó sorpresa y miedo al mismo tiempo. —Por favor, he visto lo que le sucedió a mi hermano, no puedo terminar igual; mi madre está muy enferma, necesita cuidado y ahora que él no está… —sin terminar de hablar cayó de rodillas al suelo, implorándole por su vida.

Ella se acercó más, sin retirar su espada. —No tengo intención de hacerte daño, sólo necesito información… ¿por qué lo hizo? ¿Quién rayos le pagó para hacerlo? No creo que se atreviera a tanto sin que alguien le hubiera ofrecido algo… ¡habla ya muchacho, que se está acabando mi paciencia!

—¡No lo sé! —exclamó el jovencito y echó a llorar, temeroso por su vida luego de ver morir a su hermano y viéndose reflejado en el acero de la espada de Annalìa—. Le juro por lo

más sagrado que no lo sé… de cierto tuvo que haber sido un encargo, porque mi hermano no tendría intenciones de hacer algo asì a menos que le pagaran… C-como ya le dije, mi madre está muy enferma y él era prácticamente el único sustento de la casa.

Anna creyó en sus palabras y en sus lágrimas. Algo dentro de ella le decía que el chico no estaba mintiendo y se sintió frustrada; sabiendo que no obtendría mayor información. Estaba segura que el verdadero culpable, había salvado su identidad con la muerte del joven minutos antes; y que de seguro, hubo de asegurarse de que nadie más lo pudiera reconocer si las cosas se salían de control.

—Toma esto —le dijo, retirando su espada y sacando un par de monedas de sus bolsillos—. Ve y lleva comida hoy a tu casa; y asegúrate de no seguir los pasos de tu hermano… ya ves que no lo guiaron por buen camino.

—¡G-gracias, muchas gracias! —balbuceó el jovencito apenas creyendo que lo dejaría ir y seguidamente echó a correr bajo la mirada deslucida de Annalìa.

Capítulo 16

El sol iniciaba a esconderse tras las altas montañas y sus ojos permanecían fijos hacia esa dirección. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, parada frente a la ventana, con la mirada perdida en el vacío y su mente reviviendo una y otra vez lo sucedido en el pueblo. Ya el sanador real había cosido la pequeña herida en su mejilla izquierda. Afortunadamente, la lesión no había sido grave, apenas un par de puntos, sanaría pronto.

—¡Adelante! —dijo tras escuchar unos leves toques a su puerta.

—Kath...

Sólo el sonido de su voz logró transmitirle una paz inigualable, apaciguando de inmediato la tormenta que azotaba su mente. Se volteó y verla fue como ver nacer el sol.

—Anna —pronunció con un hilillo de voz, conteniendo las ganas de ir a refugiarse entre sus brazos.

—¿Cómo estás? —Annalía se acercó algunos pasos y sus ojos fueron a posarse en la herida sobre su mejilla.

—Estoy bien, sanará pronto —sonrió y luego tomó un profundo respiro, desviando la mirada de la mujer que tenía enfrente y que le hacía latir fuerte el corazón—. Dime, ¿lograste sacarle alguna útil información al... agresor? ¿Algún vínculo entre él y el hombre que me atacó aquí en mi alcoba? Me contaron que lo capturaste.

—Desafortunadamente no... Tiberius actuó de forma impulsiva y lo silenció antes de que pudiera hablar —omitió por el momento el encuentro con el chiquillo, pariente cercano del agresor.

—Sí, eso también me lo informaron —se volvió una vez más hacia la ventana, encajando su mirada en las montañas.

—Kath —avanzó otro par de pasos—. ¿En verdad estás bien? Deberías reposar un poco.

—Hay un banquete al que no puedo faltar.

—Podrías cancelarlo. Lo mejor es que...

—No me voy a esconder aquí en mis aposentos, Anna —se volvió a mirarla.

—No te estoy pidiendo que lo hagas, sólo te pido que seas más cautelosa. Si algo llegara a sucederte, yo... —Annalìa se silenció al verse reflejada en aquellos ojos.

—Nada me sucederá —no se escuchó muy convencida de eso.

—Mira... —Anna levantó una mano y, con extrema cautela, acarició debajo de la herida—. Si esa piedra hubiera sido más grande y el golpe...

—Pero no lo fue —le tomó la mano sin apartarla de su rostro, ni siquiera sentía dolor con

su roce, era como si sus dedos tuvieran una especie de sustancia analgésica—. Estoy bien, Anna... Pareces más asustada que yo —sonrió.

Su corazón latía tan fuerte que temía que la reina pudiera sentirlo. —Lo estoy... Tú eres la... —se mordió los labios, interrumpiéndose a sí misma—. Eres la persona más necia que existe —no era eso lo que iba a decir; mas, había límites que se prometió no sobrepasar.

—Y mi necedad es una de las cosas que más te gustan de mí —acortó un poco más la distancia sin interrumpir el contacto.

Lo era, en realidad le gustaba todo de ella, hasta esa manera muy cruel que tenía de crear cierta tensión entre ambas... Tal vez lo hacía inconscientemente, o sólo le gustaba hacerla sufrir porque sus sentimientos para con ella eran evidentes... o tal vez no tanto.

—Mejor voy a asearme para el banquete de despedida —Anna se aclaró la garganta, interrumpiendo ella el contacto y poniendo distancia entre ambas—, está casi por iniciar y no quiero ser impuntual.

—Sí, mejor ve —dijo la reina; sin embargo, sus ojos le suplicaban quedarse, y le hubiera encantado que no existiera ningún banquete y que fueran sólo ellas dos como en los viejos tiempos—. Nos vemos allí entonces.

Anna asintió y le dio la espalda, alejándose luego hacia la salida.



—Majestad...

La voz de Alma y sus acelerados pasos hicieron eco en el corredor, haciendo detener a la reina que iba rumbo al salón de festines junto a dos de sus mozas de confianza.

—Alba, ¿cierto? —preguntó, haciendo señas a las siervas para que continuaran sin ella.

—Alma, majestad —la corrigió.

—Oh, cierto, Alma —esbozó su más falsa sonrisa—, disculpa, no soy buena con los nombres.

Alma también sonrió, viéndola a los ojos cómo casi nadie acostumbraba hacer. —Entiendo...

—¿Qué se te ofrece, Alma? —preguntó, sorprendida y curiosa de aquella repentina cercanía.

—No hemos tenido tiempo de platicar y tal vez conocernos un poco. Simón desearía que nos lleváramos bien, ya que...

—Ustedes son inseparables —terminó de decir su majestad, iniciando a caminar lentamente.

—Soy su consejera —dijo la chica, caminando a su lado—. Digamos que soy para él lo que Anna es para usted.

La expresión de Katharina mutó radicalmente al escucharla pronunciar su nombre con tanta confianza.

—También le quería pedir disculpas por la otra noche.

—¿Disculpas? ¿Por qué deberías?

—Sé que no fue para nada agradable hallarme en los aposentos de Anna totalmente ebria...

—Lo que hagan tú y Annalía en su privacidad no es asunto mío —la cortó de inmediato.

—Su reacción dijo todo lo contrario.

La reina se detuvo a pocos pasos de la puerta del salón; mas, sus facciones permanecieron inmutables. —Anna es más que mi consejera, es mi mejor amiga; quiero lo mejor para ella y —esbozó una sonrisa, viéndola a los ojos—... no creo que tú lo seas.

—No me conoce usted, majestad —la chica también sonrió—. Además, eso es algo que sólo ella puede decidir, ¿no cree?

—Creo que merece más, mucho más —hizo énfasis en sus palabras— que una aventura con una...

—¿Todo bien por aquí? —la voz de Annalìa retumbó en las paredes, interrumpiendo la conversación que iniciaba a tornarse desagradable.

Voltearon a verla y ambas quedaron sin aliento ante tanta belleza.

—Te ves hermosa —soltó Alma sin saber que eran esas las mismas palabras que hubiera querido decir la reina.

—Gracias —las mejillas de la aludida se sonrojaron—. Tú... tú también —tartamudeó ante la mirada de su majestad, quien se aclaró la garganta, atrayendo la atención a sí.

—¿Entramos? —indicó hacia la puerta.

—Después de usted, majestad —Alma le sonrió, haciéndose a un lado para que se adelantara.

Kath la fulminó con la mirada, seguía sin comprender a plenitud qué era lo que tenía aquella chica que la molestaba tanto.

—Espero que esta noche me concedas un baile —dijo Alma a Anna mientras entraban detrás de la reina, quien obviamente escuchó y quedó atenta a la respuesta.

—Tal vez uno —respondió con una sonrisa y de inmediato tuvo sobre ella la mirada de Kath —, pero te advierto, no soy muy buena en eso y tal vez te lleves más de un pisotón.

Alma estalló en risas. —Me vale toda la pena correr ese riesgo —murmuró, cayendo en cuenta que los ojos de la reina estaban sobre ella cómo un par de flechas listas para ser disparadas.

Capítulo 17

La noche no estaba siendo para nada agradable y su mal humor sólo aumentaba a cada segundo. Todos aquellos nobles de Hendar preguntándole cómo estaba después de lo ocurrido en la mañana en el pueblo, unido al hecho de que Tiberius y la tal Alma parecieran dos moscas alrededor de Annalía, la tenían irritada; no comprendía por qué en especial esto último le causara tanta molestia.

Bebió otra copa de vino, perdiendo ya la cuenta de cuántas había bebido hasta el momento, de hecho, iniciaba a sentir mareos; pero al menos la noche comenzaba a ser un poquito más soportable.

—He decidido dejar a tu ser vicio a la mitad de mis hombres —comentó el rey Simón, llamando su atención, que obviamente estaba dirigida hacia la mesa en donde se encontraba su mejor amiga—. No me siento tranquilo después de lo ocurrido esta mañana —centró sus claros ojos en la pequeña herida de la mejilla.

—No es necesario, tengo suficiente vigilancia. Además...

—Insisto —la interrumpió—. En verdad desearía no tener que partir tan rápido a Axturis; sin embargo no puedo retrasarlo, los asuntos que debo atender beneficiarán también a Hendar.

—¿Por qué? —ella le sostuvo la mirada tras la pregunta, ante lo cual él la miró curioso—. ¿Por qué deseas tú esta unión, Simón?

—¿Además de desposar a la mujer más hermosa de todo el continente? —preguntó él, arrancándole una sonrisa.

—Sí, además de eso —ambos rieron y ella volvió a beber—. En serio, ¿por qué? No tengo nada que ofrecerte.

—Créeme, mi reina, sí que tienes mucho que ofrecerme —ahora fue él quien bebió un sorbo del exquisito vino—. Expansión... alianza. Nuestros reinos unidos serán una mina de oro en todos los sentidos y además de eso; sé que me darás hermosos y saludables herederos.

Tras sus últimas palabras, la reina casi se ahoga con el trago de vino que acababa de llevarse a la boca. —Perdón.

Él sonrió algo divertido. —No pasa nada; mas, hablo en serio, deseo que me des montones de hijos e hijas.

Kath tosió de nuevo, exorbitando los ojos y logrando llamar la atención de Anna desde su mesa. —Necesito tomar un poco de aire fresco. Creo que he bebido demasiado —se puso de pie, haciendo un fastidioso e indeseado ruido con la poltrona.

—Te acompaño.

—¡No! —lo detuvo en el acto, bajando la voz luego de darse cuenta de que tenía más de un par de ojos curiosos encima suyo—. No es necesario, yo... necesito estar a solas. Tú... sólo

disfruta de la cena y del espectáculo. Te prometo que regreso en algunos minutos —y se marchó de prisa.

Llenó sus pulmones de aire una y otra vez, repetidamente, cavilando en lo que el rey, su futuro esposo, le había comentado. ¿Hijos? ¿Montones de hijos e hijas? Eso suponía que debía dormir con él y; a pesar de que Simón era bastante agradable a la vista de cualquier mujer, además de ser un hombre bueno y amable, ella no deseaba eso. No deseaba compartir noche tras noche el lecho con él, mucho menos era capaz siquiera de imaginar intimidad conyugal entre ambos...

—¿Estás bien? —la voz de Anna la hizo sobresaltar—. Te vi salir casi corriendo del salón —se le acercó y la miró—. ¿Acaso el rey dijo o hizo algo que te molestó? Sabes que...

—No —la interrumpió al ver el ceño de la chica fruncirse al pensar lo peor—. Yo... yo sólo necesitaba un poco de aire fresco. Está todo bien, yo estoy bien —llevó la mirada al cielo, acercándose despacio a la baranda de la terraza.

Anna se colocó a su lado y también clavó su mirada en la hermosa luna rodeada de brillantes estrellas.

—¿T-tú sientes algo por ella, Anna? ¿La amas?

La pregunta de la reina fue inesperada, haciendo que de inmediato Annalìa se volviera hacia ella.

—No entiendo a qué viene esa pregunta.

—Es una pregunta fácil, Anna —sus ojos permanecían fijos en el firmamento—. Yo lo único que deseo es que seas feliz... Con ella sonríes, lo he notado en estos últimos días —sólo Dios sabía cuán difícil le estaba siendo decir aquello; pero debía ser sincera con ella misma—. Tienen muchas cosas en común, ambas son libres y si tú la amas, yo...

—¡Es sólo una amiga! —se apresuró en decir, atrayendo la mirada de la mujer que en verdad amaba hacia ella—. Entre Alma y yo no ha sucedido y no sucederá nada simplemente porque yo... —calló porque estaba por confesar algo de lo cual estaba segura que no debía hablar; algo que complicaría las cosas entre ellas más de lo que ya estaban, y no quería eso.

—¿Porque tú? —Kath acortó la distancia, deseando con todas sus fuerzas que terminara la frase.

Definitivamente Katharina no se lo estaba poniendo fácil; mas no podía decirle lo que sentía. Se juró a sí misma que guardaría ese puro sentimiento en su corazón por siempre, y sufriría en silencio al verla desposarse con el rey. Lo último que deseaba en el mundo era causarle un disgusto y destruir su amistad.

—Mejor entremos, Kath, hace frío y tu futuro esposo estará preocupado por ti —le dio la espalda, dispuesta a regresar con los demás.

—Anna —la detuvo, viéndola a los ojos—. Sabes que no tengo otra opción, ¿verdad?

La chica apretó la mandíbula, quedando de espaldas mientras sus ojos se humedecían.

—Sé que asì lo sientes.

—Lo hago por el bienestar de Hendar —era lo que siempre decía y se repetía a sí misma—. Tengo una obligación, una responsabilidad...

—Lo sé —dijo su consejera de confianza con suma seriedad y se dispuso a continuar su camino.

—Si no fuera por eso, yo... —la reina se silenció y bajó la cabeza mientras una lágrima rodaba por su mejilla.

—¿Qué? —Annalía se volvió hacia ella—. ¿Tú qué? —se le acercó con velocidad, aguardando; pero Kath permaneció en silencio y con la mirada baja. Sonrió, aunque su sonrisa no envolvió sus ojos—. Entremos, majestad, que su futuro esposo...

—No deseo esto, Anna —otra lágrima abandonó sus ojos.

—¿Y entonces qué es lo que deseas, Kath? —la obligó a mirarla.

—Eso no importa; lamentablemente los deseos de una mujer jamás deben anteponerse al deber de una reina —dijo con pesar y se marchó sin mirar atrás.

Annalía se quedó mirando hacia el rumbo que había tomado, viéndola desaparecer, dejando un gran vacío que nadie en el mundo podría llenar jamás. La amaba con todas sus fuerzas; pero a veces también sentía una rabia desmesurada. No la odiaba, eso jamás podría hacerlo; se odiaba a sí misma por sentir lo que sentía, por amarla. Ese sentimiento se había convertido en su peor condena.

Enjugó un par de lágrimas y volvió la vista hacia el cielo.

Capítulo 18

La mañana siguiente, Annalìa despertó bien temprano luego de una tortuosa noche en que, atormentada por sus pensamientos y por lo que callaba su boca por más que revoloteara en su corazón; no logró conciliar el sueño ni por un par de horas completas. Se alistó de prisa, colocándose su atuendo e indumentarias de caballería, encabezaría una pequeña escolta que acompañaría al rey Simón unida a su séquito en su partida, hasta los límites del reino.

Pese a la escasez de buen sueño reparador, su semblante era fresco y podría decirse que estaba de buen humor; tal vez porque su majestad se marchaba… aunque ya sabía que volvería para casarse con su reina muy pronto.



Katharina estaba en el jardín junto a algunos nobles de su consejo y un par de sirvientes, despidiendo a su prometido con una sensación tanto liberadora como de culpa. Por una parte, su corazón se alegraba de ver marchar al rey hacia su tierra, puesto que el hecho le dotaba del sentimiento de libertad que tanto había estado añorando; pero, por otro lado, se sentía miserable e ingrata con aquel buen hombre que estaba decidido a poner todo a sus pies para salvar su reino y además, salvarla a ella de la mancha del fracaso con que cargaba desde que asumió la corona tras la muerte de su padre. Su culpa interna la atormentaba sin piedad, unida al hecho de aquel otro asunto que su corazón callaba… como si pretendiera que manteniéndolo en silencio, fuera a desaparecer.

—¡Anna! —gritó la joven consejera del rey saltando de su cabalgadura para alcanzarla mientras ella se aceraba al frente de media docena de soldados—. Creí que no vendrías a despedirte de mí —espetó y sin miramientos, se le colgó del cuello en un abrazo escandaloso que atrajo la vista de la mayoría de los presentes.

Para Annalìa, ser el centro de atención era más que una tortura, sobre todo si su reina estaba presente. —Hum… claro que no —respondió, sonriendo brevemente tras mirar a todas partes y liberándose del contacto de la joven escudera—. Eso sería imposible porque… voy a acompañarlos hasta la salida del territorio.

—¿En serio? —preguntó muy vivaz Alma, sin poder disimular su entusiasmo—. Pero… eso es casi un día de camino, deberán acampar con nosotros en las llanuras.

—Pues sí —volvió a sonreír.

—¡Ah! Supongo que eso, me da chance de poder intentar despedirme como quisiera —confesó guiñándole un ojo y dándole la espalda para regresar a donde estaba su caballo.

Anna halló la mirada fría de Katharina sobre sí y luego sobre Alma, indistintamente. Sabía cuánto le desagradaba la mano derecha de su futuro esposo y sin duda alguna, la escena anterior y las palabras que de seguro habría escuchado; aumentaban su aversión que ya era desmedida

hacia ella.

—¡Muy bien! —se escuchó finalmente la voz del rey y todos se centraron en él—. Llegó la hora de partir, querida mía —le tomó las manos a la reina y las besó, viéndola a los ojos—; pero te prometo que ni cuenta te darás de mi ausencia y estaré de vuelta antes de lo que imaginas.

—Que Dios te guíe y cuide en el camino, Simón —respondió Katharina y le sonrió, como verdadera muestra de su buena fe y sanos deseos hacia él.

—Como ya te dije, parte de mi gente quedará a disposición tuya —le dijo en voz baja, audible sólo para ella—. No estaré tranquilo hasta que regrese contigo nuevamente, tu seguridad me preocupa —volvió a besarle las manos y luego se acercó a su rostro, mas, al percibir su inquietud, se limitó a besar sus mejillas y le sonrió—. Tranquila, mi casi esposa… soy un caballero ante todo y un hombre paciente —luego se giró hacia la guardia e hizo señas con una mano—. ¡Nos vamos!

Mientras se encaminaban hacia los muros que protegían el jardín, Anna sintió la fuerte necesidad de girar la cabeza hacia atrás, encontrando una vez más la mirada de la monarca sobre ella.



Al anochecer, la partida acampó en medio del bosque. El cielo estaba cubierto de nubes y enormes copos de nieve caían sobre ellos, cubriendo el follaje.

—Nos regresaremos al amanecer. ¡Descansen! Yo haré el primer turno de guardia —Annalía se volteó, hallando a la chica de cabellos rizos a pocos metros que la miraba extasiada.

—Estaba pensando en dar un recorrido por los alrededores —comentó Alma, acercándose—. ¿Me acompañas? El enemigo podría estar acechándonos, es por pura precaución.

—¿Por pura precaución?

—Absolutamente —Alma sonrió traviesa, mientras la aferraba de una mano y tiraba de ella—. Vamos, anda, prometo que no te haré nada que no quieras —bromeó y se rio, logrando hacerla caminar junto a ella.

Se alejaron un poco del campamento, caminando en la penumbra de la noche que comenzaba a extenderse mientras la nieve continuaba su descenso.

—Adoro la nieve —comentó la de cabellos rizos, deteniéndose frente al río.

—¿Qué estás haciendo? —Anna la miró con ojos exorbitados cuando esta se retiró la capa—. ¿No pensarás...?

—Un baño no nos vendría mal tras un largo día de camino —inició a retirarse las botas.

—¿Estás loca? Está nevando... morirás congelada.

La otra se rio divertida. —No sucedería si vienes conmigo.

—Alma —murmuró cuando la chica se despojó de su largo atuendo, quedando completamente desnuda ante ella—, entre nosotras no... —pero un beso inesperado la silenció.

Alma se prendió de su cuello a la vez que saboreaba rápidamente sus labios en un beso desesperado. Annalía le correspondió por breves instantes; pero aquella no era la boca que ella deseaba besar e interrumpió de inmediato el contacto, separándola de sí, intentando no parecer muy hosca.

—Lo siento, Alma; la verdad es que yo no... ¡yo no puedo hacer esto! —Annalía le dio la espalda con la intención de marcharse.

—¡Ella se desposará en unas semanas! —espetó la chica, tomando las prendas que había dejado caer al suelo y deteniéndola—. Ese amor que sientes por ella sólo te hace sufrir, lo veo en tus ojos.

—No sé de qué hablas...

Alma se rio. —No soy ciega, tus sentimientos para con la reina Katharina son evidentes, demasiado evidentes, Anna —inició a vestirse, visiblemente molesta—. La miras como si no existiera nada ni nadie más en el mundo...

Annalía se volvió hacia ella muy seria.

—No te juzgo —continuó Alma, colocándose la capa—. Es una mujer sorprendentemente hermosa y las une una larga amistad.

No tenía caso ocultarle lo que evidentemente ya sabía. —Por eso espero que entiendas que en estos momentos no...

—Lo entiendo —Alma se le acercó, sosteniéndole la mirada—. Pero como ya te dije; ella se desposará muy pronto, Anna. No mereces esto —levantó una mano y le acarició una mejilla—. Yo también amé a alguien en silencio por mucho tiempo, sufrí... sufrí mucho. Por eso te digo que lo mejor es...

Annalía aferró aquella mano y la apartó de su rostro. —Lamento mucho que hayas tenido un desencanto amoroso —espetó, muy seria—; pero, en mi caso, prefiero no hablar más del asunto. Jamás he tomado mi vida personal como objeto de conversación, respeta mi silencio al respecto… y podremos continuar esta… amistad.

A medio vestir estaba Alma cuando la vio voltearse y alejarse de ella, rumbo adonde se habían establecido los demás para el descanso. Exhaló pesadamente y frunció el ceño, tal vez lo que se aventuró a intentar no había logrado sino alejarla más de Anna; sin embargo, sentía que ella valía cualquier riesgo. No entendía cómo alguien —y por “alguien”, se refería a la reina— podría negarse a un amor asì, como el que ella veía en los ojos de aquella mujer… como el que, ganarlo para ella, se estaba convirtiendo poco a poco en la obsesión de sus días.

Capítulo 19

Desde sus andanzas fuera del reino, Annalìa no había vuelto a experimentar el dormir a la intemperie. La suavidad de la hierba y sus cobijas encima de esta, le provocaban una sensación de tranquilidad inigualable. Para cualquiera otra persona tal vez, pasar la noche en aquellas condiciones constituiría un suplicio, mas, para ella era el recuerdo vívido de la época en que más independiente se sintió y esas gratas memorias hacían curvar sus labios en la oscuridad.

En la tienda real, descansaba su majestad y alrededor, el resto de los soldados menos un par que habían designado para la vigilancia. La noche parecía tranquila, así avanzó hasta que la mayoría cerró los ojos.

Alma no había vuelto a acercarse a Annalìa. El incidente en el río le dejó muy en claro que debía contener sus impulsos si no quería perderla definitivamente. Anna, había ubicado su sitio de descanso muy cerca de ella y desde ahí, podía divisar su silueta en el suelo y casi adivinó el momento en que se quedó dormida; sin embargo, ella no lograba conciliar el sueño. Una extraña inquietud se apoderó de su ser pasada la medianoche.

En más de una ocasión escuchó los pasos de los centinelas, de seguro estirando las piernas o tratando de combatir el sueño que debían estar sufriendo mientras ella, era abrazada por un insomnio despiadado. Se le hizo cruel que pudiendo dormir como deseaban hacerlo sus compañeros de guardia, no lo consiguiera, así que decidió alzarse para darle el cambio a uno de ellos por el resto de la noche; pero antes de que llegara siquiera a levantar la cabeza, un ruido extraño y diferente a los que ya se había acostumbrado a escuchar esa noche, rompió la quietud.

Sin alzarse por completo movió los ojos, intentando divisar alguna señal visual ajena a lo normal, mas no consiguió nada, solo escuchó el ruido acelerado de muchos pasos a varios metros entre los arbustos y sus alertas se dispararon. Empuñó de inmediato su espada, que permanecía ceñida a su cintura y rodando por el suelo, logró llegar hasta Alma.

La joven escudera del rey abrió los ojos de inmediato en cuanto se sintió acompañada.

—Shshs… soy yo —murmuró en un hilo de voz Annalìa.

—Vaya… ¿lo pensaste mejor? —sus ojos brillaron a la luz de la luna al pensar que tal vez Anna venía por un poco de calor esa noche.

—No hay tiempo para estupideces… nos están rodeando, estoy segura que los centinelas ya están muertos. Debemos dar la voz de alarma antes que lleguen hasta nosotros… tú, ve con el rey, yo me encargaré de alertar a todos.

Y tras terminar la frase una lluvia de flechas cayó sobre ellas de manera inesperada y brutal, sin darles el tiempo de advertir a sus compañeros guerreros. Ambas se deslizaron por el suelo, encontrando reparo detrás de un árbol.

Los ojos de Alma se incrustaron en la tienda de su gran amigo y monarca. —¡Debo proteger al rey! Tengo que llegar hasta él.

Las flechas no cesaban de caer y muchos de los soldados no tuvieron siquiera el tiempo de abrir los ojos.

—Mierda —Annalía llevó su mano al hombro, donde una flecha se había incrustado.

—¡Estás herida! —Alma exorbitó los ojos.

—No es nada —dijo Anna y sin pensarlo dos veces partió la flecha, dejando sólo el pedazo incrustado en su carne—. Estaré bien —empuñó su espada, escuchando los gritos salvajes de los atacantes que invadían el campamento—. Ve con el rey, yo te cubro.

Emergió de su escondite e inició a combatir contra un par de mercenarios mientras Alma corría hacia la tienda de Simón…



Sentada en su trono, daba audiencia a algunos pobladores; mas, su mente se hallaba intranquila y su corazón no cesaba el frenético palpitar con el cual despertó en la mañana. Un mal presentimiento se había apoderado de ella y no dejaba de pensar en Anna.

—¿Majestad? ¡Majestad! —uno de sus consejeros, Aroon, la atrajo de golpe a la realidad, viéndose obligado a alzar la voz.

—¿Sí? —se acomodó en la imponente poltrona mientras el consejero se le acercaba.

—¿Cuál es el veredicto?

—Hum —enderezó la espalda y llevó su vista hacia la pareja de hombres frente a ella—. Dividirán a partes iguales la cosecha.

—¡Pero, Majestad...! —uno de los hombres osó avanzar un par de pasos, poniendo en alerta los soldados que custodiaban a la reina—. Fue mi familia quien trabajó la tierra...

—Sin embargo, el terreno en cuestión, es de su propiedad —señaló hacia el otro—, ¿o me equivoco?

—Pues, asì es, majestad; pero...

—Entonces, no hay nada que discutir —ella se puso de pie—. La cosecha será dividida en partes iguales —luego se volvió hacia el consejero—. ¿Hemos terminado?

—Sí; solo recuerde que el consejo desea reunirse con usted para tratar algunos asuntos que...

—Hoy no —lo interrumpió, luego de un entero día escuchando los problemas que sufrían sus súbditos lo último que deseaba era una reunión con aquellos buitres—, nos reuniremos mañana en la mañana —se dispuso a marcharse; al momento que un guardia irrumpía en el salón intempestivamente, llamando la atención de los cercanos.

—¡Majestad!

—¿Qué sucede? —ver la cara de espanto del joven soldado la asustó.

—La partida que fue escoltando al rey Simón...

Unos escalofríos recorrieron todo su cuerpo. —¿Qué sucedió? ¿Anna está bien?

—Mejor venga conmigo, majestad.

El terror se apoderó de ella mientras lo seguía apresuradamente hacia la entrada, arribando en el preciso momento en que dos soldados cargaban a Annalía mal herida hacia el interior.

—¡Anna! —corrió hacia ella de inmediato, sintiendo y sin importarle nada más, cómo sus ojos se humedecieron al verla cubierta de sangre—. ¡De prisa, llévenla a mis aposentos y llamen al sanador! ¡Rápido! —gritó mientras algunas lágrimas abandonaban sus ojos y la desesperación se apoderaba de ella.

—¿Qué demonios ha sucedido? ¿Qué calamidad ha acaecido sobre mi bella Annalìa? —indagó Tiberius; quien, como salido de la nada, cruzó al lado de su majestad para seguir a los guardias que cargaban el cuerpo inconsciente de la joven.

—¿Adónde rayos crees que vas tú? —preguntó Katharina, secando con un gesto brusco sus ojos mientras alcanzaba a detenerlo de un brazo, llamando su completa atención.

—Kath… —se excusó con un gesto humilde y ridículo—, majestad; he visto que entraban el cuerpo desmadejado de Annalìa y mi ser entero sufre la desesperación de no saber su verdadero estado. Por favor, no me detenga ahora, debo estar con ella, debo asegurarme que esté bien, que sea atendida y que…

—Annalìa estará bien —respondió con firmeza y viéndolo a los ojos, sin disimular su aversión hacia él y hacia esos sentimientos que el príncipe gritaba constantemente a viva voz y que a ella le irritaban tanto, sobre todo porque no creía en la veracidad de estos—, de eso me encargaré yo personalmente. He ordenado llevarla a mi habitación y ahí, no está permitida la entrada sin mi consentimiento que, dicho sea de paso, te dejo claro que no tienes.

—Majestad… no puede privarme de estar junto a la mujer que…

—¡La mujer! —lo interrumpió ella, alzando una mano para hacerlo callar— …que estoy muy segura que al despertar, tu cara sería la última que desearía ver, Tiberius.

El príncipe sonrió y relajó las facciones de su rostro que antes simulaba aflicción. —Eres la reina, querida sobrina… no puedo oponerme a tus designios. Sólo dime algo: ¿será que ante tanto desespero por el estado de tu… gran amiga, tienes noticias sobre tu futuro esposo? —sonrió, al percibir el cambio en el semblante de Katharina, a quien ciertamente, la idea de indagar por los demás ni le había cruzado por su mente aún—. ¿Acaso sabe, majestad, el estado del rey Simón?...

—De “mi gran amiga” y “mi futuro esposo”, me ocupo yo, príncipe. No vuelva a tomar para sí preocupaciones que no le incumben; ¡con permiso! —culminó tajantemente la conversación, dándole la espalda mientras se dirigía a sus aposentos.

Capítulo 20

Despertó de sobresalto, exhalando un quejido casi ahogado, por el dolor en su hombro herido. Al parecer, alguna pesadilla la había estado atormentando y agradeció abrir los ojos y librarse de ella. De inmediato reconoció el sitio en que estaba; bastó una leve barrida con la vista para saber que se hallaba en la habitación de la reina. La vio alzarse de una poltrona y lanzar el libro que sostenía a un lado, en cuanto se dio cuenta de que ella había despertado.

—¡Anna! —corrió hasta el lecho y se sentó junto a ella, tomándole una mano para apretarla fuerte mientras con la otra controlaba su temperatura, a través del tacto desesperado sobre su frente—. ¿Cómo te sientes? El sanador dijo que seguramente despertarías hasta mañana, has perdido mucha sangre…

Annalìa sonrió e intentó alzarse un poco, mas el dolor se lo impidió. Su herida había sido apenas curada y aún dolía mucho; le extrajeron la flecha mientras estaba aún inconsciente. —¡Ufff! —se quejó.

—¡Por Dios, Anna! —Katharina la regañó mientras se aseguraba de que volviera a acomodarse en la cama—. Espero no hagas estupideces; aunque, estás bajo mi cuidado y sabes que no te las permitiría —sonó severa.

—Kath… ¿has sabido algo del rey y de Alma?

La reina la fulminó con la mirada por un par de segundos, luego fue por un poco de agua para ella.

—No, nada…

—Alma se lo llevó, la prioridad era salvar a su majestad… me quedé con el resto a intentar contener el ataque para que tuvieran oportunidad de escapar; pero después de ser herida y perder mucha sangre en la batalla yo… no recuerdo más. Perdón, *majestad*; le he fallado —agachó la mirada.

—¿Qué dices, Anna? Estás viva, para mí es lo más importante —contestó Katharina y se inclinó para abrazarla suavemente—. Tengo entendido que todos los que estaban contigo han muerto, menos el soldado que gracias a Dios te trajo de vuelta aún con vida —sus ojos brillaron, húmedos por las lágrimas que amenazaban con traspasar sus párpados y mojarle el rostro—. Si hubieras muerto…

—Mi deber era escoltar al rey hasta territorio seguro; y he fallado… acataré lo que dispongas si… alguna desgracia peor ha sucedido con su majestad.

—El soldado que te trajo no vio al rey, asì que, al parecer, él y Alma lograron escapar. Si en estos momentos Simón sigue con vida, es gracias a ti, que te quedaste a contener el ataque como me has dicho y aunque asì no fuera… solo me importa que hayas regresado con vida; sabes que es lo que más me importa.

Se miraron a los ojos por unos segundos, hasta que Annalìa rompió el contacto.

—Espero tengamos noticias pronto.

—Anna, ¿qué sucedió realmente?

Los recuerdos regresaron a su mente, como si lo estuviera viviendo nuevamente mientras lo narraba.

—Nos rodearon… primero se deshicieron de los centinelas que cuidaban el campamento y luego, hicieron llover flechas sobre nosotros mientras aparecían desde todas direcciones…

—¿Recuerdas algo, que nos pueda ayudar a encontrar la mente detrás de todo esto?

—No… pero estoy segura que eran bandidos, mercenarios; ratas pagadas por una buena cartera capaz de costear la muerte de un rey —respondió Annalìa y aunque un nombre no dejaba de dar vueltas en su cabeza, no lo pronunció; necesitaba pruebas y estaba decidida a obtenerlas en cuanto lograra alzarse del lecho.

—Es todo mi culpa —Kath bajó la mirada.

—¿De qué hablas? Nada de esto...

—Soy yo la reina inepta, la que todos odian.

—¡Deja de decir estupideces! —Annalía la regañó con voz severa y luego le tomó una de sus manos entre las suyas, acariciándola suavemente y atrayendo hacia sí la mirada de Kath—. No vi odio en los ojos de las personas, el otro día en el pueblo.

La reina sonrió con tristeza mientras llevaba la mano libre hacia la pequeña herida en su mejilla. —Ah, ¿no? —volvió a sonreír—. Esto dice todo lo contrario; y también lo que recién sucedió, es obvio que...

—Que hay alguien detrás de todo esto —soltó Annalía, viéndola a los ojos—. Alguien que quiere tu corona y que haría lo que fuera por destruirte.

—¿Dices que...?

—Estoy segura, que el pueblo te ama, Kath... y te prometo que —una tos horrible la interrumpió—... que no descansaré hasta dar con el verdadero culpable.

—Sé que lo harás; pero ahora sólo debes descansar y recuperarte, Anna —acarició su rostro con algo de timidez—_. Eso es lo único que deseo realmente, que te recuperes pronto.

—Sabes que no me gusta que llores —dijo al ver rodar una lágrima por su mejilla y se apresuró en enjugarla.

—No lo puedo evitar. Verte en este estado...

—Estoy bien, Kath —no lo estaba; mas, tenerla tan cerca y estar bajo su cuidado hacía desaparecer todo el dolor que estaba sintiendo.

Kath se abalanzó sobre ella y posó un beso en su frente. —Ahora duerme, ¿sí? —se separó y se puso de pie—. Yo... —se silenció al sentir el agarre en su mano.

—No te vayas —le pidió Anna con voz trémula.

—No lo haré —se soltó despacio del agarre y caminó alrededor del lecho hasta el otro lado—. Yo velaré hoy tus sueños —y se acostó a su lado, con cuidado.

Los corazones de ambas parecieron detenerse mientras Kath se acomodaba bajo las mantas, quedando luego quietecita, muy cerca de Anna, quien sintió una fuerte descarga eléctrica al sentir el leve roce de sus manos en su brazo... Y ahí permanecieron, en silencio; pero con ganas de decirse mil cosas, todas las cosas que en esos momentos invadían la mente de las dos; pero que preferían callar por temor a las consecuencias... hasta que finalmente el sueño las venció.



Abrir los ojos y verla a su costado le sacó una sonrisa, la primera del día; no le importaba si sería la única, sólo interesaba que era auténtica por la extraña felicidad que le provocaba amanecer a su lado. Katharina aún dormía, de seguro la había vencido el sueño muy tarde, como a ella. Antes de quedar rendida, unas horas antes, hubo de debatirse entre la razón y algo más; que gritaba eufórico en su interior alentándola a hacer una tontería… Después de todo, aquella herida que dolía como mil cuchillos entrando en su carne; le había impedido cometer una estupidez que luego acarrearía tal vez consecuencias devastadoras en la amistad que tenía con la reina…

¿A quién rayos engañaba? No le importaban las consecuencias, no; la frenaba ella. Katharina le dejó muy claro que se iba a casar, por el bienestar del reino y que eso; era lo único que en verdad importaba en su vida. Estaba decidida a hacer lo que fuera pertinente por merecer el legado que le dejó su difunto padre y ella sabía cuán importante era eso para Kath… la amaba tanto, que jamás representaría de ningún modo un problema para que pudiera alcanzar su meta.

Resultaba difícil tenerla tan cerca y aquella maldita herida, dolía tanto que no le permitiría alzarse con facilidad y alejar la tentación de sí. Además, Katharina tenía un brazo sobre su vientre, como si lo hubiera tendido con el propósito de no dejarla escapar de su lado. Sonrió nuevamente; es que le resultaba tan hermosa, que no podía apartar la mirada de ella, de su pelo revuelto, de su boca entreabierta que le invitaba a ofrecer su propia vida por un beso si se diera el caso. Llevó una mano hasta una de sus mejillas y tras dudar un par de segundos la acarició sutilmente. Su corazón se aceleró al notar su sonrisa tímida con los ojos aún cerrados, era como acariciar un ángel sin abandonar la tierra. La vio revolverse un poco y se retrajo de inmediato, justo a tiempo antes de que su mirada remolona recayera en ella, como los primeros rayos de luz del sol sobre la tierra para calentarla toda.

—Buen día, “paciente” —dijo su majestad y se estiró junto a ella como una chiquilla mientras dejaba escapar un ronroneo muy tierno—. ¿Llevas mucho rato despierta? ¿Por qué no me habías despertado?

—Buen día, alteza —contestó y continuó observándola sin quitarle los ojos de encima—. En verdad, había olvidado lo tierna que te… —exhaló pesadamente y fue entonces que sonrió—. Sólo te dejé descansar, anoche dormiste muy tarde y sé que tendrás quehaceres, deberes; como buena regente.

—Ufff… por mí, me quedaba haciéndote compañía en la cama por todo el día, ¡qué digo!; hasta que te alces tú de esta cama. Mas, tienes razón… debo atender asuntos delicados, sobre todo, ver si hay noticias de Simón. Anoche mismo partió un emisario en secreto hacia su reino, tardará un par de días en regresar; pero confío en que él mismo envíe noticias un poco antes.

Y la sonrisa con la que había despertado desapareció de su rostro. —Estará bien, ya verás —se revolvió un poco, acomodándose mejor y emitiendo un quejido al hacerlo.

—Ten cuidado —Kath se apresuró en ayudarla a acomodar bien la cabeza sobre la almohada—. ¿Cómo te sientes? —su mirada de detuvo en aquellos labios que estaban tan cerca de los suyos.

Anna entreabrió la boca; sin embargo, permaneció en silencio. Su mente viajó a algún tiempo atrás, rememorando un momento en el cual había tocado el cielo y por el cual se había alejado de Hendar; de ella.

—¿Te duele mucho? —La mano de la reina se movió y retiró un poco las mantas, descubriendo el hombro herido mientras sus ojos no abandonaban aquellos labios

—Kath... —sentir los dedos de la reina acariciando suavemente su piel alrededor del vendaje, le provocó sensaciones inigualables, ralentizando su respiración.

—Anna... —su reputación también se ralentizó y todo desapareció, olvidando quien era, olvidándolo todo. Fue acortando aquella poca distancia que las separaba hasta rozar sus labios en un beso suave que logró disparar los corazones de ambas...

—¡Majestad! —la sorpresiva irrupción de una moza en la habitación hizo a la reina despertar de aquella especie de letargo y bajar de un salto del lecho—. Traje vendas limpias para limpiar la herida de la señorita Annalía —dijo mientras se adentraba en la alcoba privada, hallando una Kath roja como un tomate y muy nerviosa.

Capítulo 21

Tras una aburridísima reunión con el Consejo real que duró toda la mañana, decidió que había llegado el momento de hablar con Anna acerca de lo sucedido al amanecer. ¿O tal vez lo mejor era fingir que no había ocurrido nada como ya se les había hecho costumbre y dejar el asunto sepultado? No, no podía continuar así, no podía seguir comportándose como una chiquilla, debía enfrentar lo que sea que fuera aquello que no lograba dominar cuando se hallaba cerca de su mejor amiga.

Mordió sus labios y luego los acarició con la yema de los dedos, mientras se adentraba en el pasillo que alojaba las habitaciones. El corazón latía muy fuerte en su pecho y no hacía más que recordar el sabor de aquellos otros labios, suaves y tremendamente deliciosos... Cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza, como si con eso pudiera alejar de sí ciertos pensamientos.

Arribó frente a la puerta de sus aposentos y antes de entrar, llenó sus pulmones de aire.

—¿Anna? —hallar la habitación vacía la asustó sobremanera—. No otra vez —susurró, sintiendo que su mundo se derrumbaba bajo sus pies.

Abandonó la alcoba de prisa, mientras en sus ojos se agrupaban un sinfín de lágrimas y corrió hacia la de su amiga. Verla allí le regresó el alma al cuerpo.

—Gracias a Dios, pensé que... —pensó que se había marchado como la otra vez, como si en sus condiciones pudiera viajar a algún lado; mas, el temor la había dominado.

—Majestad —dijo el sanador mientras recogía sus utensilios, luego de limpiar la herida—, la paciente está bastante bien. Ahora no tiene calentura, lo que es muy bueno. Pronto se recuperará.

—Eso es estupendo —Kath miró hacia el lecho, hacia Anna; pero esta no le devolvió la mirada y sólo permanecía muy seria.

—Bueno, las dejaré a solas —el sanador se dispuso a marcharse; pero antes volvió la mirada hacia la paciente—. Volveré por la tarde, no intentes levantarte ni hacer ningún tipo de esfuerzo —luego deslizó la vista hacia la reina—. Que tenga muy buen día, majestad.

—Usted también —respondió y lo siguió con la vista hasta verlo desaparecer.

El silencio reinó en la alcoba tras el sonido de la puerta al cerrarse. Kath caminó hacia la ventana y corrió aún más las cortinas, dejando entrar la luz del sol. Sus ojos se perdieron en la lejanía y su mente buscaba las palabras correctas para enfrentar a Anna...

—¿Permanecerás ahí viendo al vacío sin decir nada? —fue Anna quien rompió el silencio tras unos largos segundos de incomodidad.

El corazón le saltó un par de latidos. ¿Qué podría decirle? ¿Pedir disculpas? Esta vez ni siquiera podía darle la culpa al alcohol...

—Lo siento, Anna —dijo con un hilillo de voz sin atreverse a verle a la cara.

—¿Lo sientes? —Annalía se rio y se sentó de golpe, conteniendo el quejido por el dolor en su hombro—. ¿Qué es lo que siente exactamente su majestad, ah? —su tono se estaba volviendo más duro a cada palabra.

Esta vez no le permitiría fingir que no había sucedido nada, como solía hacer...

—¿Qué quieres que te diga, Anna? —preguntó, sabiendo que la amiga quería sólo la verdad; una verdad que ella temía decir.

—Mírame a los ojos y dime; ¿qué es lo que sientes, Katharina? —llevó una mano a su hombro y lo masajeó suavemente, el dolor aumentaba.

—Y-yo... —una lágrima se desprendió de sus ojos y se apresuró a enjugarla mientras se volteado a verla—. Perdóname, Anna.

—¿Perdonarte? —susurró, sintiendo sus ojos humedecerse y sonrió—. Sabes lo que... —apretó los labios.

—No quería... yo no quería...

—¿No querías besarme? Eso mismo dijiste la otra vez; dijiste que había sido culpa del vino —la mirada seria de Anna se incrustó en los ojos de la reina, quien estaba deseando que la tierra se la tragara en ese momento.

Jamás habían hablado acerca de lo sucedido *la otra vez*… acerca del apasionado beso y las desesperas caricias, fue justo ese el motivo por el cual Anna había decidido abandonar Hendar y no volver nunca más.

—Me desposaré pronto, Anna, y no quiero arruinar nuestra amistad, yo sólo...

Annalía soltó una risita histérica, interrumpiéndola. —Déjame a solas —le pidió.

Un montón de lágrimas abandonaron los ojos de la reina. —Anna, no...

—Necesito que te vayas, Katharina —desvío la mirada, odiaba verla llorar; pero lo que más odiaba era que no estaba siendo sincera, que continuara jugando con ella. La amaba más que a todo en el mundo; pero tal vez ya era momento de sentir un poco de amor propio por sí misma y acabar de cortar de raíz aquello que estaba destinado a “no ser”.

—Si es lo que quieres… sólo promete que lo sucedido no hará que te alejes nuevamente, no soportaría volver a perderte —su voz sonó quebrada y la mirada de sus ojos enrojecidos se posó en los de Annalìa, suplicantes—. No pido nada más… y prometo que jamás volveré a hacer nada que pueda crear “malos entendidos” entre ambas. Yo… yo te quiero, Anna.

«Te quiero, Anna»; la frase se grabó en su mente como si le hubieran puesto un hierro caliente en el cuerpo, cuya cicatriz dolía y dolería por siempre.

—Prometí al volver que estaría a tu lado para apoyar tu reinado —respondió la joven convaleciente estrujando su nariz para intentar borrar cualquier huella de llanto—. No faltaré a esa promesa… mientras “su majestad” me necesite; pero dentro de poco, el matrimonio con el rey Simón resolverá gran parte de los problemas y, el resto de ellos, sé que poco a poco se irán arreglando, basta que logre ponerme en pie y poder unirme a la búsqueda de la persona que te

quiere muerta, luego…

Los ojos de la reina se espernancaron mientras fijaban su entera atención en ella. —¿Te irás? —no tuvo exacta idea antes, de cuánto le dolía hacer esa pregunta, hasta ese momento.

—Tal vez… el destino dirá, llegado el momento, cuál será mi rumbo.

Se iría, lo sabía y no podía culparla. Annalìa profesaba un amor que ella no era capaz de aceptar abiertamente; pero que tampoco había tenido el coraje de negar y sabía cuánto eso la lastimaba. Se sintió miserable y cobarde, por no ser capaz de aceptar de una buena vez que no era una simple amistad lo que la unía a aquella mujer… y por pretender retenerla cerca de ella, aunque eso significara lastimarla a diario con una realidad que creaba abismos entre ambas.

—Está bien —pronunció Katharina con resignación y también limpió sus lágrimas, usando una manga de su vestido—. Supongo que… ahora debo irme, tienes que descansar —muy seria, se encaminó hacia la puerta.

—Asì es.

—Yo… estaré pendiente a ti, mientras te recuperas; aunque te hayas ido de mi habitación. Vendré a verte y daré órdenes de que no se te moleste. Habrá una sierva atenta a lo que puedas necesitar.

—Muchas gracias, no debes preocuparte; estaré bien. Adiós, Kath…

—Adiós, Anna —contestó sin ser capaz de verla a los ojos nuevamente para evitar que volvieran a traicionarla las lágrimas y abandonó la habitación de su amiga.

Capítulo 22

Ya llevaba una semana en aquella cama y no veía la hora de salir finalmente de la habitación, necesitaba sentir el aire fresco del exterior; necesitaba “respirar” en libertad. Estaba a punto de enloquecer, sintiendo como si las paredes se le vinieran encima. Por suerte, la herida estaba cicatrizando bien y ya no dolía tanto.

Se levantó y caminó hacia la ventana. Sus ojos de perdieron en la lejanía y luego en el patio, en donde algunos soldados entrenaban. Cerró los ojos y respiró profundo; hasta que unos toques a la puerta interrumpieron el flujo de sus pensamientos apenas al nacer.

—¡Adelante!

—Buenos días, mi señora —saludó el soldado que se adentró en los aposentos.

—Luccas —su semblante cambió al verlo—. ¿Descubriste algo?

El chico asintió. —Casi todo el Consejo está involucrado, comandante —bajó la mirada por unos instantes—. Se ha asegurado de ponerlos en su contra; mi hombre de confianza me dijo que esta madrugada enviaron un emisario a encontrarse con el rey de Fryron...

—Uno de los pretendientes de Kath.

—Uno de los tantos que rechazó y que, lamentablemente, nutre una gran aversión hacia el rey Simón, debido a una disputa que hubo años atrás entre sus padres.

—Eso no es bueno —Anna se volteó y sus ojos se volvieron a perder en el exterior.

—No, no lo es —Luccas acarició el mango de su espada ceñida a la cintura—. No estamos preparados para una gue...

—¡Ni lo digas! —lo calló de inmediato—. Tenemos que detener esto como sea y lo antes posible —se volvió hacia él—. Manda un par de hombres a Fryron, quiero saber lo que sucede y descubre cuándo será la próxima reunión de los traidores. También refuerza la vigilancia y sobre todo, la escolta personal de la reina.

—Delo por hecho —se dispuso a marcharse; pero ella lo detuvo.

—¿Luccas? —suspiró con pesar—. Ten cuidado y presta mucha atención, no podemos confiar en nadie, no sabemos quién más está involucrado.

Él asintió y se marchó, encontrando a unas tres siervas que cargaban recipientes de agua humeante hacia el interior de la alcoba.



Ver al soldado Luccas salir de los aposentos de Anna no la sorprendió; fue el hecho de que

fuera a tan temprana hora. Apresuró sus pasos y lo detuvo en el corredor antes que se perdiera en las escaleras.

—¡Luccas! —exclamó, capturando su atención.

—Majestad, buen día —el joven hizo una reverencia ante la reina de Hendar.

—Buenos días —correspondió al saludo, recordando los buenos modales—. Vi que saliste de la habitación de Anna y me pregunto cuál fue el motivo de tan urgente visita. ¿Hay algo que deba saber?

El soldado miró hacia ambos lados del pasillo y luego hacia las escaleras, viendo un par de colegas que se acercaban.

—Sé que eres su hombre de confianza —insistió Katharina— y sé también que...

—Majestad, no sé si... —él bajó la mirada, recordado que Anna le había pedido mucha discreción.

—Luccas, necesito saber lo que está sucediendo, así que habla de una vez —se puso muy seria.

El joven volvió a mirar hacia todas partes, haciéndole perder la paciencia.

—No olvides que soy yo tu reina, no volveré a pregun...

—Por favor, le suplico que vayamos a un lugar más privado, majestad —se apresuró a responder, interrumpiéndola y haciéndola preocupar más de lo que ya estaba.

—Por supuesto —ahora fue ella quien deslizó la vista hacia todas partes y luego se encaminó hacia sus propios aposentos, seguida por el soldado.



Irrumpió en la habitación de Annalía sin anunciarse, hallándola a medio vestir mientras cepillaba su larga cabellera oscura frente al espejo. Por algunos instantes que parecieron muy largos, su mirada recayó sobre las pequeñas gotas de agua que adornaban su rostro y su pecho; provocando que su corazón acelerara sus latidos como un caballo desbocado.

—¿Kath? ¡Majestad! —se rectificó de inmediato mientras se ponía de pie y se volteaba hacia ella.

Los ojos de Katharina se deslizaron hacia la herida en el hombro. Se veía bien, iniciaba a cicatrizar y eso la tranquilizó. No la había visto desde que tuvieron la pequeña "discusión"; aunque siempre estuvo informada de su estado de salud.

—¿A qué debo su visita a tan temprana hora? —Anna podía ser bastante arrogante si se lo proponía y eso era algo que Kath detestaba.

—¿Hasta cuándo pretendías tenerme a lo oscuro de todo? —preguntó, molestándose

mucho al verla voltearse nuevamente hacia el espejo, sin prestarle evidente atención.

—¿Podría ser más específica, mi reina? —definitivamente ella sabía muy bien cómo irritarla.

Katharina frunció el ceño y se le acercó algunos pasos. —He visto a Luccas y me ha contado todo. En serio, ¿cuándo tenías planeado decirme que quien me quiere muerta es mi pro...?

—Aún no tenemos pruebas suficientes —la interrumpió, viéndola a través del espejo, cambiando de inmediato su expresión y actitud al ver su rostro afligido—. Estoy trabajando en eso y te prometo, que pronto todos los que están tramando en tu contra… caerán.

—No puedo creer que... —algunas lágrimas asomaron en sus ojos, pero las enjugó de inmediato mientras la rabia se apoderaba de ella—. ¡Debí darme cuenta! ¡Soy una maldita estúpida!

Anna se volvió hacia ella y aunque el deseo de abrazarla con todas sus fuerzas la estaba devorando; mantuvo la distancia como se había prometido a sí misma hacer. —Sólo eres buena, a veces demasiado... en ocasiones no ves o, mejor dicho; no quieres ver lo que realmente sucede a tu alrededor —tragó saliva cuando encontró su tierna mirada— …siempre buscas el lado bueno de todos y olvidas que somos seres humanos, corrompidos por la codicia y la ambición.

—Tienes razón —esbozó una media sonrisa—. Soy una ingenua.

—No quise decir eso, majestad...

—¡Por Dios! Detesto que me trates así —exclamó Katharina y avanzó otro par de pasos—. Anna, por favor, soy tu mejor amiga.

—De ahora en adelante te mantendré informada de todo.

—Anna... —sus ojos suplicantes se posaron sobre la chica.

—¿Puedes cerrar la puerta cuando salgas, por favor? —preguntó y se volvió una vez más hacia el espejo, incapaz de verla a la cara.

Kath suspiró, vencida. —No volveremos a ser las mismas de antes, ¿verdad?

—No —respondió rápidamente de forma seca, a la vez que una lágrima abandonaba sus ojos.

—Anna, sé que lo eché todo a perder, pero te ruego que...

—¿Por qué lo haces más difícil, Kath? —decidió darle el frente.

—Porque no quiero perderte. Porque… ¡porque te quiero!

—¡Pero yo te amo, Katharina! ¡Te amo!

Capítulo 23

Aquella confesión, específicamente las dos últimas palabras, aún hacían eco en su mente, atormentándola. «Te amo», continuaba escuchando una y otra vez la voz de aquella mujer pronunciar esa pequeña frase; repetirla a gritos en su cara... frase tras la cual ella permaneció muda, para luego huir como una maldita cobarde.

Su matrimonio estaba prácticamente a las puertas y eso sería lo que salvaría a Hendar del precipicio en el que estaba cayendo cada día un poco más. Era su deber, hacer lo que consideraba mejor para su pueblo sin importar lo que ella deseara; lo que su corazón deseaba con todas sus fuerzas...

—Querida sobrina, te noto algo distraída —Tiberius la sacó de sus cavilaciones, catapultándola a la maldita realidad.

—¿Mj? —deslizó la vista por la mesa, recordando que no estaba sola, varios nobles la acompañaban a cenar esa noche. Bebió todo el contenido de su copa y de inmediato hizo una señal para que la volvieran a llenar—. ¿Decías?

—Que es una lástima que nuestra querida Annalía no nos haya podido acompañar esta noche.

—Aún no se ha recuperado del todo —ella esbozó una sonrisa y volvió a beber.

—Espero lo haga pronto. Tenemos un almuerzo pendiente —él le mostró todos los dientes en una sonrisa que a ella le causó náuseas.

—Lo espero tanto —terminó de beber el contenido de su copa y se puso de pie—. Señores —hizo un gesto con las manos cuando los vio con la intención de levantarse de sus sillas—, no se molesten... Yo me siento indispuesta, tal vez este exquisito vino que nos ofreció el conde Meller ha iniciado a hacer efecto demasiado rápido —todos rieron, viendo hacia el puesto del aludido al igual que ella—. Me retiraré a mis aposentos; pero ustedes disfruten el postre y la compañía de mi querido tío.

Abandonó el salón de inmediato. Realmente no veía la hora de marcharse y dejar finalmente de sonreír para ellos, la compañía de aquellos hombres poderosos y de sus esposas no le era para nada grata; sin embargo, esas cenas eran parte de su "deber"… no le quedaba de otra, más que vestir su más falsa sonrisa y soportar las insoportables charlas.

—Pueden retirarse —dijo al par de guardias que la seguían a todas partes y que eran de los hombres que dejó Simón a su servicio.

—Majestad, la acompañaremos hasta la puerta de su habitación.

—No es necesario —interrumpió al que le habló, deteniéndose en el corredor —. Vayan a descansar.

—Pero, majestad, tenemos órdenes de no descuidarla —el hombre se silenció al verse reflejado en aquellos ojos que se posaron como puñales sobre él—. Está bien, como usted

ordene. Que tenga muy buena noche, mi reina.

—Buenas noches a ustedes —sonrió y se encaminó sola por el pasillo, viendo luego de reojo y por encima de su hombro hacia atrás, cerciorándose de que se hubieran marchado.

Su mirada luego se deslizó hacia el frente y avanzó despacio algunos metros más, hasta arribar frente a la puerta de la alcoba de Anna. Se detuvo y levantó una mano, con la intención de tocar... mas no lo hizo y continuó su camino.

No podía continuar molestándola. Debía mantenerse lejos de ella. Debía simplemente darle el espacio que necesitaba y tal vez todo lo sucedido quedaría una vez más en el pasado...

—¡A la mierda! —se detuvo de golpe y dio la vuelta, retomando su intención inicial; aunque para ello tuviera que amordazar su conciencia que no dejaba de repetirle que no debía ir a ella; mas, su corazón comenzó a latir cada vez más fuerte, alentándola a cualquier cosa…

Quizás, en verdad el vino del conde había hecho estragos demasiado rápido en su persona; pero ya no había tiempo para sermonearse a sí misma, tal vez después, volvería a ser la monarca juiciosa y sacrificada de siempre… ahora, prefería ser la mujer que temblaba frente a la puerta de Annalìa luego de atreverse a dar unos pequeños toques, aguardando que apareciera frente a ella.



Cuando Annalìa abrió la puerta y la vio, fue como recibir una descarga eléctrica directamente sobre su pecho, que en fracciones de segundos se deslizó por toda su piel, recorriéndole el cuerpo entero.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con la respiración inexplicablemente agitada y viéndola a los ojos.

—Vine porque no hay otro lugar en el mundo donde desee más estar, que contigo —fue la única respuesta de la reina antes de hacerse paso al interior de la habitación y cerrar la puerta a sus espaldas.

Se miraron por un par de segundos, con apenas un metro de distancia entre ambas; justo antes de que Katharina acallara las voces de la razón en su cabeza y se lanzara por aquellos labios que vivía imaginando noche y día. No sabía qué sobrevendría luego, ni estaba dispuesta a detenerse a pensarlo, esa noche no quería ser reina; esa noche iba a abandonarse a la dicha y gracia de ser mujer… una mujer que siente y quiere vivir.

Para Annalìa la sorpresa fue enorme y; aunque lo que estaba sucediendo era la pura materialización de sus sueños, una parte razonable de ella la hizo separarse de aquella boca, en el momento preciso en que las intrusas manos comenzaban a invadir su piel por debajo de la bata…

—K-Kath… Katharina, espera…

—¿Qué sucede? —la reina se echó un poco atrás para verla a la cara, con una mirada que podría donar calor al mismo sol y una excitación imposible de ocultar.

—Por más que esto sea, que “seas”, lo que más deseo en el mundo; siempre he reconocido, aunque no lo acepte, que tienes razón en muchas cosas… y lo comprendo todo, que honres el nombre de tu padre y dediques tu vida a la corona, muy pronto te vas a casar…

—Sí —respondió su majestad, sin perder un ápice del brillo que adornaba sus ojos en ese momento—; pero somos adultas, Annalìa, por una vez en la vida, quiero actuar pensando sólo en mí, en *nosotras*… aunque sea una única vez…. No vine esta noche a prometer nada al calor de esta emoción sin precedentes que me embarga; vine a *vivir*, afuera de esa puerta la realidad sigue siendo la misma, sin embargo, siento que justo donde y como estoy ahora, puedo olvidarla, mas… no puedo ser una egoísta, asì que… tú decides, me lo dices tú… si me voy y todo continúa como hasta ahora o, nos abandonamos al presente sin pensar en el mañana.

Katharina estaba siendo muy clara. No venía con una promesa de amor y vida feliz porque sabía que no era dueña de su propio destino, este lo había comprometido a honrar el legado de su padre y la corona que portaba; así como Annalìa hacía mucho tiempo ya, que no era precisamente una jovencita de las que sueñan con que en el amor es todo color de rosas, así que no necesitó más de un instante para responderle.

—Te agradezco por ser tan clara, no te pediré nada… a partir del instante en que salgas por esa puerta al amanecer; porque ahora… —regresó por su boca y juntas fueron dando tumbos hasta el lecho, en donde cayeron una sobre la otra con la urgente necesidad de sentirse— sólo te pido que dejes salir todo lo que llevas dentro.

Tanto tiempo conteniendo y tratando de ocultar algo que es imposible negarlo cuando existe, hizo que su majestad olvidara todo cuanto estuviera fuera de aquella cama. Jamás la habían tocado otras manos en los lugares en que ahora se paseaban las de Annalìa como dueña y señora; así como nunca hubieron de besarla otros labios como aquellos que ahora recorrían su piel por entero, colonizándola, sembrando memorias indelebles… volviéndola loca.

Era la primera vez, no sólo la de ambas juntas; sino la primera vez que derribaban las barreras de la intimidad con alguien. No importó la inexperiencia, ni la emoción, ni la cierta torpeza natural con que inició aquel vendaval de entrega; porque sus cuerpos parecían estar tan destinados como sus almas y bastó muy poco tiempo para que se reconocieran de inmediato… para que uno al otro se adorara con cada fibra y cada parte, como si quisieran dejar aquel encuentro vívido ante la incertidumbre de lo que podría acontecer al día siguiente.



Abrió los ojos y una sonrisa cubrió sus labios al sentir el calor de aquella hermosa mujer, tan cerca de sí. Suspiró y acarició despacio su pecho desnudo, rememorando que poco tiempo antes su boca había recorrido cada centímetro de aquel cuerpo. Mas la sonrisa desapareció cuando sus ojos fueron invadidos por los primeros rayos del sol que se filtraban entre las rendijas de las cortinas. Esa era la señal, la magia terminaba ahí y sólo quedaría el recuerdo impreso en su mente para siempre.

Levantó la cabeza y con mucha cautela posó un beso muy cerca de los labios de Annalía. Dios, era tan malditamente hermosa que si continuaba mirándola cedería una vez más a sus

intensos deseos. Posó otro beso, esta vez en su boca, la saboreó despacio. El último beso...

Una lágrima se desprendió de sus ojos mientras se obligaba a sí misma a separarse. Tenía que ser fuerte. Tenía que salir cuanto antes de aquella habitación, antes de que esos oscuros; pero terriblemente adictivos deseos tomaran de nuevo el control de sí. Tenía que retornar a la realidad, a la vacía y cruel realidad en la que ella cargaba en su espalda la responsabilidad de un reino entero.

Recogió sus cosas, se vistió de inmediato y salió escurridiza de la alcoba antes de que Anna despertara...

—¿Majestad? —la voz ronca de un guardia la hizo sobresaltar y detenerse de golpe.

—¿Sí? —se volvió despacio, mientras peinaba con los dedos su cabellera revuelta.

—Buenos días, Majestad —hizo una reverencia.

—Buenos días, Harlot. Es muy temprano...

—Venía a informarle que han avistado un par de barcos con la bandera de Axturis acercarse a nuestras costas.

Ella sonrió, algo contenta, ya que debía tratarse de provisiones para Hendar, tal como Simón le había prometido y además, también significaba que el rey estaba a salvo en su reino. —Iremos a recibirles. Dame unos minutos y estaré lista...



Llenó sus pulmones de aire y se cubrió el rostro con ambas manos cuando escuchó la puerta de su alcoba cerrarse. Fingir estar dormida fue la mejor opción para facilitarle la huida a su majestad. Acarició sus propios labios, aún podía sentir el sabor de aquellos otros, aquellos que había soñado besar por mucho tiempo... Abandonó el lecho con una sonrisa y se dirigió a la ventana, necesitaba correr las cortinas y que llegara hasta ella el sol de aquel nuevo amanecer, sin dudas; el mejor de toda su vida.

Capítulo 24

Desde su ventana vio la pequeña caravana real regresar al castillo poco antes de que el manto oscuro cubriera toda Hendar. No había tenido noticias de ella en todo el día, sólo lo que le dijo una de las sirvientas, que: "su majestad salió muy temprano esa mañana".

No podía ocultar su preocupación, y cuando la vio descender del carruaje sintió mucho alivio y otras cosas que no podía controlar; pero que debía mantener dentro de sí por su propio bien.

Había pasado todo el día encerrada en aquella alcoba que tenía impregnadas aún las huellas de su presencia. Toda ella aún llevaba encima su olor...

Cerró los ojos con fuerza, reviviendo cada sensación... todo lo que sintió cuando hicieron el amor. Sus manos recorriendo aquel maravilloso cuerpo, sus labios explorando hasta los lugares más recónditos de su hermosa anatomía... su boca, cálida y tremendamente deliciosa...

—Ya basta, Annalía —sacudió la cabeza, regañándose a sí misma porque debía absolutamente olvidar lo sucedido.

Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo podía fingir que no había sucedido nada cuando toda ella estaba locamente enamorada de aquella mujer?

Se colocó una manta y salió de la alcoba justo en el instante en que arribaba su majestad.

—¿Anna? —la reina se detuvo de golpe y sus mejillas se sonrojaron mientras inconscientemente, posaba la mirada sobre su exagerado escote, provocando que su mente proyectara todo lo vivido la noche anterior.

—¿Todo bien? —preguntó Anna, dándose cuenta del repentino nerviosismo de la reina.

—S-sí —desvió de inmediato la mirada y con un leve gesto de la mano despachó al par de guardias que la acompañaban—. Fui a recibir un cargamento al puerto, provisiones para el invierno —dijo, viéndola a los ojos esta vez—. Luego caminé un poco por la plaza.

—No es prudente que salgas sola, no después de todo lo sucedido... sabes que no estás al seguro.

—No estaba sola, Anna —sonrió levemente—. Además, sé defenderme.

—Lo sé, sin embargo...

—No puedo vivir escondida en este castillo, es hora de que mi pueblo sienta que estoy para ellos; que estoy dispuesta a hacer lo que sea para que estén bien y para que se sientan orgullosos de mí.

Tras estas palabras Anna bajó la mirada. —Sí, *lo que sea* —murmuró, creando algo de tensión, más de la que ya había entre ambas—; aunque eso signifique sacrificar tu...

—Anna...

—Lo sé, majestad —la interrumpió—. Mejor regreso a mi alcoba, sólo necesitaba saber que todo estaba bien contigo —se dispuso a marcharse; pero la llegada inesperada de Luccas la detuvo en el acto.

—Han regresado los chicos de Fryron —dijo el recién llegado sin siquiera saludar—. No trajeron buenas noticias, desgraciadamente.

Anna miró hacia ambos lados del corredor y luego los invitó a entrar a su alcoba que era la más cercana, cerrando de inmediato la puerta.

—Dicen que el ejército se está preparando... Los herreros construyen armas día y noche.

Kath caminó por la habitación con expresión pensativa.

—¿Se preparan para atacar? —Anna observó de reojo a su majestad, que permanecía en silencio.

—Es eso lo que parece —respondió Luccas y deslizó la vista hacia la reina—. ¿Qué hacemos? ¿Advierto a los generales para que preparen nuestros soldados y...?

—No —Katharina lo interrumpió, atrayendo la atención de ambos—. No estamos seguros de que nos quieran atacar a nosotros y no quiero asustar al pueblo... no aún.

—Majestad...

—Iré a hablar con él personalmente —dijo decidida.

—¿Qué? —Anna la encaró—. ¿Acaso no escuchaste? —al parecer olvidaba que hablaba con la reina, quien le sostuvo la mirada—. Está preparando su ejército y si está aliado con tu tío, lo más seguro es que...

—Ya está decidido, Anna. Iré a hablar con el rey Dante y, si es cierto que nos quiere atacar, pues buscaré un modo de sellar un acuerdo de "paz".

—No permitiré que...

—Luccas —Kath interrumpió a Anna, deslizando su atención hacia el soldado que permanecía en silencio—, prepara una pequeña comitiva, partiremos al amanecer —ordenó y el chico asintió de inmediato, abandonando la habitación.

—Kath —Anna negó con la cabeza, renuente—, no es una buena idea. Son un par de días de camino, no puedes dejar el reino...

—Pienso dejar Hendar en buenas manos mientras estoy fuera —Katharina estaba decidida—. Te quedarás tú aquí, al frente.

—¡Estás loca si piensas que te dejaré ir sola! —alzó un poco el tono de voz—. Ese tal Dante es un depravado asqueroso, al igual que Tiberius, serían capaces de hacer lo que fuera para quitarte del camino.

—Anna...

—Si quieres hablar con él, ¡bien!; pero yo estaré a tu lado, no confío en nadie.

—Aún tu herida no sana del todo, no te pondré en riesgo.

—Ayer eso no te importó —dijo Annalía al calor de la pequeña discusión, silenciándola a la vez que ambas rememoraban lo sucedido pocas horas antes.

—E-está bien —Kath desvió la mirada, incrustándola en el lecho y logrando asì que los recuerdos adquirieran mayor nitidez. Mordió sus labios y el corazón se le disparó en el pecho—. M-mejor me voy a mi alcoba —dijo, conteniendo sus más intensos deseos y se deslizó hacia la puerta—. Nos vemos mañana. Buenas noches, Anna.

Annalía la siguió con la vista. —Buenas noches, majestad —sus ojos hallaron los de la mujer que amaba, quien se detuvo antes de llegar a la puerta.

—Anna... —susurró con un hilillo de voz, luchando contra sus propios deseos que le gritaban regresar sobre sus pasos y abandonarse por completo una vez más a lo que sentía.

—¿Sí? —Anna sintió temblar cada fibra de su ser bajo aquella intensa mirada que ya había tenido el placer de conocer; sabía, sentía que la deseaba tanto cuanto la deseaba ella.

—Y-yo... —tartamudeó y avanzó unos pasos hacia ella, incapaz de detener eso que la envolvía cada vez que estaban cerca y que ahora, después de lo sucedido, se había vuelto más fuerte e indomable.

Pero los inesperados toques a la puerta frenaron en seco a su majestad, quien dio gracias por la interrupción mientras Annalía maldijo en voz baja.

—¡Adelante! —fue Kath quien invitó entrar a la sirvienta que traía la cena para Anna.

—Yo… me marcho, debo reunir el Consejo cuanto antes para ponerlos al tanto de nuestro viaje.

—Majestad, alguien deberá quedarse al frete del Consejo en los días de su ausencia; ¿lo ha pensado?

Katharina miró a la sierva, que ya terminaba de acomodar los alimentos sobre la mesa junto a la ventana y como si captara el mensaje de aquellos ojos, se apresuró a dejarlas solas.

—Por supuesto; Tiberius.

—Pero, Kath, tu tío es quien… —ripostó Anna.

—Lo sé —la sonrisa de la reina daba a entender que ya había pensado en todo—. Precisamente por eso, es conveniente no levantar sospechas. Mi querido tío, se quedará al frente del consejo mientras estamos de viaje, eso lo hará sentir confianza, sentirse fuera de mira y… garantizando su permanencia aquí, me aseguro de que no salga de Hendar. Su ego y vanidad le impedirán negarse al honor de suplir el mando.

—No lo sé, Kath… Tiberius es como un zorro viejo lleno de mañas. Si se posesiona al frente de todo y prueba un ápice de poder, es capaz de cualquier cosa para que no puedas recuperar tu puesto. A este punto no dudo nada y lo creo capaz de todo.

Katharina sonrió y caminó hacia la puerta, ahora sí dispuesta a retirarse, despidiéndose justo antes de abandonar la habitación.

—Tú descansa y no te preocupes por mí, estaré bien… siendo que cierta terca se ha empecinado en acompañarme y a su lado nada podrá sucederme —sonrió—. Nos vemos mañana, Anna… duerme bien.

Capítulo 25

Las suposiciones de Katharina tenían todo el fundamento, tal como estaba convencida de que sucedería; el príncipe no se molestó en ocultar su emoción al escucharla decir que él se quedaría al frente del consejo durante unos días, mientras ella estaría ausente. Era lo más cerca que había conseguido estar de la corona durante toda su vida, mas, el entusiasmo no eliminó su curiosidad y cierta pizca de preocupación que saltó a la vista de la reina…

—Pero, majestad… —insistió luego de que ella dejara en incógnita el destino hacia el cual partiría—. Continúo pensando que como están las cosas y teniendo en cuenta los últimos acontecimientos, no es prudente que salga del reino; menos sin que siquiera conozcamos su paradero. Recuerde lo sucedido con su futuro esposo, el rey Sim…

—No te preocupes, querido tío; personal de toda mi confianza viajará conmigo y estaré más que al seguro. Créeme, mientras menos personas sepan, es mayor mi seguridad, que tanto te preocupa.

—Sigo pensando que... —el príncipe se silenció, quedando boquiabierto al ver aparecer a Anna en el salón donde degustaba una copa de vino con su sobrina.

—¿Anna?

Al parecer, el príncipe no fue el único en quedar deslumbrado ante tanta belleza. Katharina bebió un largo sorbo de su copa mientras Tiberius se ponía de pie.

—Querida Annalía, me alegra mucho ver que estás en perfecto estado —el tío de su majestad aferró su mano y la besó.

—¿Puedo unirme a ustedes? —preguntó, viendo directamente a la reina.

—¡Por supuesto! —exclamó Tiberius, invitándola a tomar asiento en una de las poltronas y de inmediato le sirvió una copa—. La reina me comentaba acerca de su inesperado viaje hacia... —miró a Anna, aguardando al parecer que le revelara la destinación.

—Es un viaje sin relevancia, tío y como ya dije; prefiero que no se sepa mi destino —dijo Katharina y volvió a beber, sonriendo al ver la cara del príncipe.

—Es por su seguridad —agregó Anna, bebiendo también un sorbo de vino—. Hay enemigos en todas partes, ¿no?

—Cierto —el príncipe miró a ambas indistintamente —. Y dime; ¿tú la acompañarás en este viaje sin... relevancia? _detuvo su mirada en Annalía.

—¿Quién mejor que yo, para cuidar de su majestad? —la respuesta fue inmediata.

—Siempre inseparables —murmuró Tiberius con una pizca de recelo, viendo esta vez hacia su sobrina, quien permaneció inmutable.

—Bien... —la reina se puso de pie tras unos segundos de incómodo silencio—. Iré a

dormir —posó la copa y se dispuso a marcharse—. Anna, ¿vienes?

—Oh, aún es temprano —dijo el príncipe haciendo pucheros como un niño—. No me dejen bebiendo solo.

—Nos espera un día de viaje y...

—Ciertamente aún es temprano —Annalìa interrumpió a la reina, quien de inmediato la miró con ojos exorbitados—. Le haré compañía al príncipe por un rato, este vino está exquisito.

—Como dije, al alba partiremos y...

—No se preocupe, majestad, prometo no pasarme de tragos —Annalía sonrió, irreconocible—. Buenas noches, mi reina.

—Anna... —Kath se aclaró la garganta y adoptó su firme e indiferente postura—. Buenas noches a... ambos.

—Que tengas dulces sueños, sobrina —Tiberius sonrió, complacido.



Había pasado toda la mañana viajando dentro de aquel carruaje junto a dos de sus mozas; pero ya no soportaba más el encierro y mandó a detener la marcha.

—Un caballo, por favor —dijo a uno de sus hombres, mientras descendía—. Necesito aire —buscó con la mirada a Anna que viajaba al frente.

—Es más seguro si viajas en el carruaje, Kath —su intento de disuasión no se hizo esperar a la vez que se acercaba.

—Supongo —contestó su majestad, dando leves palmadas a la cabalgadura de Ana en cuanto estuvo cerca—; pero… no soporto más el encierro.

—Katharina —su amiga sonó severa ahora, ella lo notó por el hecho de que la llamara por su nombre—, cabalgando al aire libre eres un blanco fácil para cualquier rata que pueda pretender atentar contra ti; no es cuestión de caprichos ahora, tu seguridad está en juego —terminó la frase con el ceño muy fruncido.

Había algo extraño en ella, algo que se “activaba” cuando se mostraba más seria que de costumbre y que a Katharina la embelesaba. Anna la sacó de su ensimismamiento sin dejar de percibir cómo la miraba.

—Espero estés de acuerdo.

—Oh… sí. Por supuesto, tienes toda la razón, Anna; mas —se giró hacia el mismo soldado al que dio la orden al descender y le hizo señas con una mano, para que se acercara con el caballo que ella había requerido—… prefiero asumir el riesgo a sabiendas de que viajo con la mejor protección, ¡a morir asfixiada en ese “baúl con ruedas”!

El pobre hombre miró por un segundo a Annalìa y esta asintió, para luego dejar escapar pesadamente el aire de sus pulmones.

—¡Uf, terca!

—¿Hablamos de mí? —bromeó Katharina mientras una de las chicas le sostenía el vestido para ayudarla a montar.

—Sólo evita quedarte atrás y mucho menos ir al frente —dijo Anna en un tono que tal parecía una orden y se encaminó al frente de la caravana nuevamente.

—¡Oye; hacía tiempo no me daban órdenes, eh! —exclamó la reina, sonriendo.

—¡Lo siento, majestad; pero soy responsable por su seguridad y pienso hacer bien mi trabajo, aunque eso implique parecer irreverente!



Durante todo el tiempo que llevaba de cabalgata, Katharina no hacía más que contemplar a su mejor amiga y líder de aquella escuadra; siempre al frente de los demás, se veía hermosa. De vez en cuando su mirada chocaba con sus ojos que volteaban hacia atrás, como si percibiera la vista de la reina sobre ella.

Para su majestad, estaba siendo más placentero el viaje en montura que en el encierro de un carruaje real; además, no debía soportar a las doncellas que muy a menudo, haciendo aquello en lo que consistía su trabajo, lograban irritarla con “¿está bien, majestad?”, “¿la abanico, majestad?”, “¿se le ofrece agua, majestad?” …se deshacían por complacerla y a ella sólo la complacería una cosa…

—¡Basta ya! —exclamó, adelantándose a los soldados que llevaba por delante hasta alcanzar el frente junto a Annalìa.

—Pensé que había sido clara con usted, mi reina —dijo de inmediato Anna sobre la marcha, sin detener la avanzada—. No es seguro que viaje a la delantera.

—Supongo; pero alguien como yo, no nació para ir en otro lugar que no sea este; ¿no crees?

Annalìa rodó los ojos e hizo señas a los soldados que las circundaban para que estuvieran más alertas al camino a partir de entonces.

—Me queda claro que para lo que no nació, fue para recibir “consejos”.

La carcajada de Katharina no se hizo esperar, mas, de repente se puso muy seria y se acercó más hacia el lado de Anna, de modo que pudiera murmurarle audible sólo para ellas dos.

—En eso nos parecemos, tal como anoche, “usted” no hizo caso a mi sugerencia de irse a dormir y en vez de eso; se quedó hasta las tantas con ese… con mi querido tío, el príncipe Tiberius —sonrió, a la vez que su mirada discordaba por completo con la curvatura de sus labios y se perdía al frente.

—Teníamos… asuntos que tratar su alteza Tiberius y yo.

—¿Qué asuntos?

—Oh, muy particulares, majestad.

—Soy la monarca de Hendar, no hay particularidades que no pueda conocer —el tono de sus palabras y su ceño fruncido, comenzaban a divertir a Annalìa.

—Pues… supongo que eso no aplica al plano personal de sus súbditos; ¿o sí, majestad? —la cara que su respuesta provocó en Katharina la hizo reír sin reparos.

—¿Crees acaso que esto es un juego? Te recuerdo que estamos hablando de un hombre, en cuyos hombros pesan serias sospechas de conspiración y traición, las cuales son como certezas. ¡Un tipo asì es capaz de cualquier cosa!

—Yo más bien creo… que su majestad está celosa.

Las mejillas de la reina se coloraron de inmediato, mientras sentía que la sangre subía a su cabeza en un momento de fastidio. Abrió la boca con la intención de decir algo; pero se retractó de inmediato y jaloneó las riendas de su corcel.

—¡Por supuesto que no! ¡Presuntuosa! Hum… yo mejor me regreso al lugar donde estaba, a veces logras sacarme de quicio tú, Annalìa.

—Como prefiera usted, majestad —respondió Anna sin dejar de reír—. ¡Ah!... y perdón por irritarla, mi reina.

Capítulo 26

Poco antes del anochecer, la pequeña caravana se detuvo a acampar en el bosque. Los ojos de la reina no dejaban ni un segundo a la que iba al frente de la comitiva, que se movía entre los soldados con mucha familiaridad; percibiéndose a simple vista el respeto y la lealtad que nutrían hacia ella. Anna era sin duda alguna, una excelente comandante, para ello la había entrenado el difunto rey; para que un día tomara el mando de las tropas hendarianas y cuidara de su tesoro más preciado, de su única hija... que también se había convertido en el tesoro suyo.

Kath suspiró y se abrazó a sí misma cuando su piel fue acariciada por la fría brisa; mas, de inmediato sintió el peso de una manta sobre sus hombros.

—¿Mejor así, majestad? —preguntó una d e sus mozas.

—Mj… gracias —la reina le dedicó una sonrisa, volteando a ver a la moza.

—Ya está casi todo listo, las demás le preparan un baño caliente en su tienda, para que se libre del sudor del viaje y pueda descansar cómodamente.

Volvió a sonreír y deslizó la mirada, buscando a Anna; pero no la halló.

—¿Desea que le traiga otra manta, majestad? Hace mucha frialdad y...

—No, estoy bien así, gracias —siguió deslizando la vista por el lugar—. Me acercaré al fuego.

Se sentó encima de un tronco y quedó hipnotizada viendo las llamas, hasta que sus mozas le llamaron, informándole que todo estaba listo. Antes de entrar a la tienda miró una vez más en derredor, hacía ya un rato que no veía a Annalía y se preguntaba dónde podría estar. Seguramente inspeccionando el perímetro, cerciorándose de que todo estuviera en orden.

Una vez dentro se despojó de sus pesadas prendas y se metió de inmediato en la tina, la cual habían posicionado en el centro del no muy grande espacio cubierto. Allí adentro tenía todas las comodidades que pudiera necesitar; pero le molestaba todo aquello y lo sentía injusto, ya que sus hombres dormirían a la intemperie.

Abrió los ojos en cuanto escuchó la voz de su mejor amiga que irrumpió en la tienda.

—Oh... —los ojos de Anna se incrustaron en la reina que disfrutaba el baño—. N-no sabía que...

—Déjennos a solas, por favor —Katharina despachó a las sirvientas, quienes se retiraron de inmediato.

—Sólo quería asegurarme de que se había instalado bien, majestad. La dejo sola para que...

—¿Dónde estabas? —indagó la reina, deteniéndola antes que pudiera dar un solo paso hacia la salida, tras notar su cabello mojado.

Anna hizo un gesto de fastidio y se rio. —No es que esté obligada a darle cada detalle de

mis...

—Te recuerdo que soy tu reina —Kath sonrió—. En verdad, iniciaba a preocuparme —se puso seria.

—No debería preocuparse por mí, majestad...

—¡Oh, por Dios! —exclamó la reina, rodando los ojos—. Odio esa palabra; "majestad"... sobre todo cuando sale de tu boca.

—Acabas de decir con prepotencia que eres " mi reina", y es la ver... —Annalía se silenció cuando la vio ponerse de pie, mostrándole su desnudez sin ningún reparo.

—¿Me pasas una manta o te quedarás ahí mirándome como tonta? —Kath se mordió los labios, esbozando una sonrisita bastante pícara.

Annalía reaccionó de inmediato, alejando de su cabeza todos esos pensamientos que la envolvieron ante su desnudez.

—Por supuesto, disculpa —se apresuró en tomar una manta que le entregó de inmediato, dándole seguidamente la espalda con claras intenciones de marcharse.

—¿Adónde vas? —la voz de la reina pareció algo incrédula.

—A asegurarme que los chicos hagan bien su trabajo, no quiero sorpresas mientras descansamos —avanzó hacia la salida.

—¿Y no sería mejor que te quedaras esta noche aquí… conmigo? —preguntó, deteniéndola de golpe antes de que arribara al umbral; y sonrió—. ¿No crees que sería más fácil para ti protegerme si duermes a mi lado?

—¿A qué maldito juego estás jugando, Katharina? —la voz de Anna sonó fuerte mientras la encaraba.

—No estoy jugando —la reina caminó hacia ella—. Te deseo, Annalía —dejó caer al suelo la manta que poco antes había colocado alrededor de su cuerpo—. Y sé que tú también me deseas.

Obvio que la deseaba más que a nada en el mundo; mas, no era una buena idea... No lo era para ninguna de las dos.

—La otra noche fuiste bastante clara y no...

—Olvidémonos de todo, Anna... —acortó aún más la distancia que las separaba—. Pensemos en hoy, en ahora —la tomó por las caderas, pegando su cuerpo desnudo al de ella—. Te deseo —le susurró, haciendo caer todo tipo de barrera.

Anna no pudo contenerse más y, aún sabiendo que no era para nada buena idea, se abandonó a sus sentimientos y se apoderó de aquella boca con algo de violencia, con desesperación...

—Siempre logra lo que quiere de mí, majestad —confesó la uniformada entre un beso y otro.

—Ese es mi poder —sonrió Katharina mientras la empujaba hacia el rústico; pero cómodo camastro y trepaba sobre ella...



—¿En qué piensas? —preguntó Kath, acariciando su pecho desnudo tras la intensa entrega.

—En ti —Anna suspiró—... y en el mundo que nos separa.

La reina la miró a los ojos. —Ahora estamos juntas, eso es lo que importa y podemos...

La brusquedad con que Anna se separó de ella la interrumpió. —No seré tu amante, Katharina —dijo, levantándose de inmediato del lecho.

—Anna, no era eso lo que iba a decir, yo...

—¿Qué? —buscó sus prendas por el suelo—. ¿Qué era lo que ibas a decir entonces? —la miró por un momento y su silencio valió más que mil palabras.

—No te vayas —le pidió, viéndola colocarse de prisa su atuendo.

—Es lo mejor. Este no es mi lugar, majestad —se colocó las botas.

—Anna, por favor...

—Buenas noches, mi reina —concluyó y se marchó, sin mirar atrás.



La madrugada la había recibido despierta. No lograba conciliar el sueño tras su encuentro con Annalìa; sobre esas mismas cobijas que aún albergaban su olor. Abrazó una de las enormes almohadas y un par de lágrimas resbalaron por sus mejillas… se sentía miserable.

Anna tenía razón; por mucho que se hubiera esforzado para buscarle otro nombre a lo que estuvo a punto de proponerle, no lo hubiera conseguido, porque no había otra forma de llamar a aquello que le pasó por la mente. La amaba; y después de haberla tenido en sus brazos y haber estado entre los suyos, no sabía cómo diablos sería capaz de vivir sin eso… sin tenerla a su lado a toda hora; pero no debía olvidar que estaba comprometida y pronto iba a casarse. No era nada justo para Annalìa, ni para el sentimiento que albergaba hacia ella; pensar siquiera en colocarla en una posición muy por debajo de la que su amor merecía. Se arrepintió de haber estado a punto de pronunciar aquella estupidez y se sintió horrible porque, para aquella mujer que la conocía como nadie en el mundo, no hizo falta escucharla y sabía que eso la había lastimado.

Sintió que estaba pasando el límite de su egoísmo. Si no era capaz de amarla de la forma que alguien como ella merecía; estaba dispuesta entonces a dejarla libre por completo y acabar de una vez aquel juego de seducción que sólo le hacía más daño a Anna… y a sí misma.

Capítulo 27

Al amanecer la comitiva se alistó para reemprender la marcha, faltaba poco más de medio día de camino para arribar al territorio de Fryron.

—Majestad, su caballo —un soldado se le acercó, entregándole las riendas del corcel.

Kath deslizó la mirada hacia Anna, quien ya estaba lista para partir. —No, viajaré en el carruaje —dijo, hallando por pocos instantes los ojos de la chica, quien volteó de inmediato la mirada y una vez que la reina se acomodó en el vehículo con sus mozas, dio la orden de partir.

Se detuvieron al mediodía sólo para beber y comer algo, luego continuaron hasta que finalmente arribaron a la frontera en donde hallaron un grupillo de soldados fryronianos bloqueando el paso hacia sus tierras.

Desde el carruaje, Kath escuchó a Annalía presentarse ante ellos, pidiendo audiencia con el rey.

—Su Majestad, la reina Katharina de Hendar desea...

—Ver a August —intervino la propia reina, interrumpiéndola y tomando la palabra mientras descendía del carruaje—. Estoy segura de que a su rey le alegrará mi inesperada visita —dijo con algo de sarcasmo y sonrió, acercándose a ellos—. ¿O me equivoco, August? —la pregunta fue dirigida al hombre cabizbajo que se escondía tras los demás, vestido como ellos y sin corona.

El hombre con barba y cabello largo sonrió, caminando hacia el frente. —Mi estimada reina, ¡obvio que me alegra tu visita!

—Entonces, no comprendo por qué tus hombres tienen la mano en el mango de sus espadas... ¿Acaso los míos y yo representamos alguna amenaza para Fryron, mi rey?

El tipo alto miró a sus hombres, haciéndolos relajar. —¡Por supuesto que no, mi querida reina! Ha sido sólo precaución, no sabía que usted venía en la comitiva.

—Pues a juzgar por el escenario en que lo encuentro, parece que muy precavidos andamos por estos rumbos…

—Asì es —contestó el monarca y se adelantó entre los suyos para llegar hasta Katharina.

—¡Ey! ¿Qué cree que hace? —Anna y un par de soldados hendarianos le cortaron el paso de inmediato, a lo que el semblante del rey Dante cambió en un santiamén, mientras buscaba los ojos de la reina.

Katharina sonrió nuevamente y de manera muy calmada, hizo que su gente bajara la guardia. —Calma… el rey sólo quiere saludarme; ¿cierto?

—Majestad —Annalìa no se mostró muy confiada—, es obvio que algo extraño sucede aquí, este sujeto estaba disfrazado entre sus hombres; no me da buena espina… no debemos

confiar en él —le dijo a su amiga muy cerca del oído, lo cual aparentemente Katharina no tomó en cuenta y avanzó ella hacia el hombre, extendiéndole una mano.

—Disculpa a los míos, August, como comprenderás; también se trata de mera precaución… tiempos difíciles corren.

El rey se apresuró a besar su mano y sonrió. —Para subsanar este… "malentendido" de nuestro encuentro, te propongo que vayamos todos al castillo; tu gente debe estar exhausta y nada me complacería a la par de honrarme, que acogerlos en mi casa y ofrecerles las atenciones que merecen —ahora fue él quien sonrió, mientras aguardaba una respuesta.

Katharina deslizó la mirada entre sus hombres, finalmente la posó en Anna y luego asintió. —Por supuesto.

—Una vez que hayan descansado, podrá decirme qué le ha traído hasta Fryron, mi reina.



El rey Dante, mandó a preparar un abundante banquete amenizado por músicos y actores locales para los hendarianos. La reina Katharina ocupó el puesto al lado del monarca anfitrión en lo alto del salón.

—Y ahora sí, mi hermosa reina, me dirás finalmente a qué debo tu visita —sonriéndole, le ofreció una copa de vino.

—A mis oídos han llegado algunos rumores de que tus tropas se están alistando —ella bebió un sorbo mientras con la mirada buscaba a Anna, y halló sus ojos no muy lejos.

—Y los rumores no son falsos, mi querida Katharina.

Ella lo miró a los ojos. —¿Debo acaso preocuparme, rey Dante? Sé que ha recibido visita de Hendar hace poco...

Él volvió a sonreír, sosteniéndole la mirada. —Mis tropas se alistan para apoyar a mi futuro suegro en el norte, tiene algunos problemas con un grupo de salvajes que vienen de otras tierras, conquistadores sanguinarios, ¡Dios nos libre de esos bárbaros!... Asì que no, mi querida reina, no es por mí, por quien debe preocuparse.

Ella volvió a encontrar la mirada de Annalía que no le quitaba los ojos de encima.

—No entiendo —dispuso toda su atención ahora en él—. ¿Y la visita que recibió? Me informaron de un encuentro con...

—¿Con los lamebotas de tu amado tío? —esbozó una sonrisa y bebió un largo sorbo—. No te mentiré, me dolió que no me aceptaras cuando pretendí tu mano... mas, no tanto como para ayudar a una escoria a escalar al trono de Hendar, una rata que fue capaz de asesinar a su propio hermano.

—¿De qué demonios estás hablando? —ella alzó la voz, llamando la atención de muchos en la sala, sobre todo la de Anna, quien de inmediato llevó la mano al mango de la espada que

llevaba ceñida a la cintura.

—¿En serio creíste que la repentina muerte de tu padre fue por causa natural? —preguntó, a la vez que una lágrima abandonaba los ojos de la chica—. Tiberius es una alimaña que por años conspiró contra tu padre, que era un buen hombre, dicho sea de paso; e intentó incesantemente deshacerse de él, hasta que lo logró... y ahora quiere hacer lo mismo contigo, Katharina. Sí, esa visita buscaba el apoyo de Fryron; pero les dejé muy claro que no voy a llevar mis hombres hacia la muerte por una causa tan indigna.

—Maldito hijo de... —apretó la mandíbula y limpió sus ojos con brusquedad mientras se ponía de pie. Debo regresar a Hendar de inmediato.

—¿Qué sucede? —Annalía llegó hasta ella en un santiamén y sus ojos se incrustaron en el rey.

—Tenías razón, fue una pésima idea abandonar Hendar. Reúne a los hombres, partimos de inmediato.

—Es de noche, Kath, acabamos de llegar, los caballos están exhaustos...

—Tomaremos prestados algunos del rey Dante—dijo ella, buscando con la mirada el apoyo del monarca y el hombre asintió—. Anna, debemos regresar lo antes posible al reino; tenemos una rata que atrapar.



Sin importar la avanzada hora, la reina y los suyos se encaminaron a los establos, luego de despedirse del rey al que vino a visitar creyéndolo enemigo; sin saber que el más grande de todos los enemigos de la corona de Hendar lo tenía comiendo y durmiendo bajo su propio techo.

—Viajaremos en silla todos, es más rápido —dijo Katharina tomando las riendas del corcel que le habían preparado—. Las mozas pueden partir mañana en el carruaje con uno de los guardias; no correrán ningún peligro.

—Katharina, espera —Anna la tomó de un brazo antes de que subiera a su cabalgadura—. ¿Qué está sucediendo? ¿Qué te ha dicho ese rey para que te pusieras así? Lo sabes que te sigo y te seguiré a donde sea —su mirada encontró la de su majestad y la sostuvo limpiamente—; pero necesito saber lo que se nos viene encima.

—Anna, es Tiberius, ese… ¡esa rata fue capaz de asesinar a mi padre! ¡A su propio hermano! Y me temo que algo horrible esté sucediendo en el reino ahora que cometí el inmenso error de dejarlo en sus manos.

—¡Sabía que escondía mucha basura ese degenerado!

—Ha sido un error salir del castillo, porque sus aliados no están fuera, Anna… ¡la gente que conspira contra mí y me quiere derrocar está bajo mi propio techo! Me temo que un desastre encontraré a mi regreso; por eso necesito llegar cuanto antes —trepó a su caballo mientras sus hombres la seguían en la acción.

—Sólo te pido, Kath; que por una vez en la vida me escuches al llegar y no actúes por impulso. El príncipe pagará por todo lo que ha hecho; pero no voy a permitir que te haga daño…

La reina no pudo evitar sonreír, aún en medio de toda la furia y el coraje que estaba sintiendo, había un espacio más… un espacio que le pertenecía a Annalìa y que le daba fuerza y calma frente a cualquier tempestad en la que se hallara. Asintió y alzó una mano para señalar la partida, esta vez, ella acompañaba a su gran amiga al frente.

Capítulo 28

Cerca del amanecer, con las bestias exhaustas; no tuvieron más alternativa que detenerse. Necesitaban un descanso, por poco tiempo al menos, hombres y animales, sobre todo; pese al ímpetu y la insistencia de su majestad por continuar la marcha.

Katharina se alejó un poco del grupo con la vista fija en dirección a Hendar; y de inmediato sintió los pasos de un par de guardias a sus espaldas.

—Quiero estar a solas —dijo sin detenerse.

—Esa no es una opción, majestad.

La voz que escuchó la hizo sonreír a pesar de la preocupación que la invadía.

—Descansen un poco, reanudaremos la marcha en una hora —ordenó Anna a sus hombres —. Me quedaré yo con la reina.

Los guardias regresaron adonde los demás aprovechaban del pequeño descanso.

—Una hora es demasiado, deberíamos continuar...

—No podemos arriesgarnos a perder los animales —Anna mantuvo un metro de distancia de la otra, quien de pronto se detuvo y se volvió hacia ella.

—Siento mucho no haberte escuchado —dijo Katharina y bajó la mirada.

—No lo haces nunca —con su comentario, Annalìa logró una vez más hacerla sonreír; adoraba verla sonreír.

—Creo que Tiberius me tendió una trampa haciéndome creer que haría una alianza con Dante, para alejarme de Hendar... Tal vez sabía que sospechábamos de él, no lo sé —se cubrió el rostro con ambas manos —. Ya no sé qué pensar, lo único que sé, es que tengo un mal presentimiento y temor por la suerte de mi pueblo.

Ver aquel par de lágrimas rodar por las mejillas de la reina le dio el impulso para acercarse a ella, algo que se había prometido no hacer; pero antes que todo, Kath era su mejor amiga.

—Tal vez todo esté bien en Hendar —dijo, aunque la verdad era que ella también presentía lo peor.

—¿Qué haría sin ti? —alzó la mirada, viéndola directamente a los ojoso mientras acortaba la distancia entre ambas con un sólo propósito; mas, Anna retrocedió un par de pasos inmediatamente, dejándola con las ganas de refugiarse en sus brazos.

—Deberías recostarte un rato… te avisaré personalmente cuando vayamos a reanudar —sugirió Anna, aumentando sutilmente la distancia.

—No lo necesito, Anna. Yo lo que realmente necesito es…

—Lo lograrás —la interrumpió su amiga, ganándose toda la intensidad de su mirada como si no existiera nada ni nadie más a su alrededor o entre ambas; mas, de inmediato aclaró su punto—. Recuperarás tu reino y devolverás a él la prosperidad que merece. Serás una gran reina de la cual se hablará por siempre… y yo estaré orgullosa de ti.

Katharina la miró con algo de sorpresa. —No es eso lo que más necesito, me refería a…

—Sin embargo, es eso por lo cual luchas y no mides sacrificio; a pesar de todo y aunque no te lo haya dicho… te admiro por eso —se apresuró a responder Annalìa y luego se dispuso a marcharse—. Ahora, por favor, Katharina; descansa, queda buen trecho por recorrer aún.



Los negros presentimientos de su majestad y de Anna, comenzaban a dar muestras de tener fundamento según se acercaban más al reino. Desde el camino, algunas señales como humo negro proveniente de aldeas colindantes, les daban señales de que las cosas no estaban bien.

Anna decidió que el próximo descanso lo hicieran apartados del sendero, por precaución; y mientras, envió uno de los soldados a hacer averiguaciones a la aldea más cercana.

—¿Crees que Tiberius la haya tomado contra el pueblo? —se inquietó la reina, viendo la humareda oscura a lo lejos ascendiendo hacia el cielo.

—No lo sé; pero es una probabilidad. Sabemos cuánto es ambicioso… el invierno se acerca y si tomó el control, significa que ya no lo salvará ningún acuerdo con el rey Simón. Para sobrevivir, exprimirá y saqueará todo, no dejará a la nobleza que ha conspirado a su lado sufrir necesidad —contestó Anna, frunciendo el ceño mientras pensaba en el príncipe.

—Todo esto es mi culpa —la reina le dio la espalda, con la vista fija hacia el vacío— Le di demasiado poder a ese malnacido después de la muerte de mi padre...

—Deja ya de torturarte, todo estará bien.

—¿Lo crees en verdad? —Kath se volvió hacia ella, buscando confort en sus ojos—. Todo se está derrumbando, Anna... soy pésima como reina y también como...

—Ahora necesitas descansar —la interrumpió.

—No, lo que en verdad necesito es saber lo que está sucediendo.

—Descansarás —su tono sonó fuerte y decidido.

—Anna...

—No lo discutiremos —su mirada cayó sobre la reina, silenciándola de inmediato—. Esperaremos que regrese nuestro hombre y luego decidiremos qué hacer. Ahora, recuéstate un rato —y tras esta orden le dio la espalda y fue hacia donde estaban agrupados sus hombres.

Despertó de golpe al escuchar los gritos de sus soldados. Se había quedado dormida, recostada a un árbol ni sabía por cuanto tiempo. De inmediato se puso de pie al darse cuenta de lo que estaba sucediendo. El hombre que habían mandado a investigar estaba en el suelo gravemente herido y sus compañeros lo socorrían.

—¿Qué diablos sucedió, Harlot? —Kath hizo a un lado a sus guardias, arrodillándose junto al soldado herido.

—Tienen a Hendar rodeada, ma-majestad —escupió un poco de sangre—. Nadie entra ni sale, la orden es eliminarla a usted y a todo aquel que la ayude.

—¿Cómo rayos pudo hacer todo esto en un par de días? Mi ejercito es leal... jamás me...

—Basta un poco de oro y miles de promesas para que los hombres se vuelvan animales —dijo Anna, apretando la mandíbula con rabia.

—Tiberius cuenta con el apoyo de todos los nobles de Hendar, ellos han puesto sus hombres a su disposición... el ejército, majestad, sigue las órdenes de sus generales; mas, estoy seguro de que aún, dentro de los muros de la ciudad, hay hombres fieles a usted —dijo Luccas, quien sostenía la cabeza del amigo moribundo.

Annalìa se acercó a la reina, sabía que en ese momento su cabeza era un hervidero y que al calor de los acontecimientos estaba a punto de tomar malas decisiones; pero estaba ella para impedirlo.

—¿Qué ordena su majestad? —preguntó Anna.

—¡Pues entrar a la ciudad! Recuperar el trono y enjuiciar por traición a Tiberius y a todo el que le ayudó, ¡no voy a permitir que se salga con la suya!

Katharina caminó hacia su caballo que pastaba tranquilamente, ante la mirada preocupada de sus soldados, los cuales la seguirían hacia lo que fuera; sin embargo, estaban claros de que enfrentar precipitadamente al usurpador sería un suicidio. Ninguno de ellos se atrevió a decir nada, solo Anna tenía esa “facultad” y como era de esperarse, no dudó en usarla.

—¿Adónde crees que vas, Katharina? —la detuvo antes de que subiera a su cabalgadura.

—¡A Hendar! Y no tengo tiempo para discutirlo, Anna —respondió su majestad, frunciendo el entrecejo y subiendo a su corcel sin esperar más razones.

—¿Sola?

La mirada de Katharina la escrutó y luego barrió a los soldados que las rodeaban, los cuales permanecían pie en tierra aún, expectantes.

—¿Cómo dices? —preguntó la reina, como si no diera credulidad a lo que escuchaba—. Escúchame bien, Annalìa; eres la única persona que…

—Soy la cabeza de esta partida y mi misión principal es servir y proteger a mi reina —la interrumpió Annalìa alzando el mentón y mirando a sus hombres—, y pongo las manos al fuego por la lealtad de estos hombres bajo mi mando; pero no voy a guiarlos y a llevarnos hacia una muerte segura.

—¡No puedes hacer esto!

—Puedo… y lo estoy haciendo, lo cual no quiere decir, que porque no sigamos tu idea loca de correr hacia la muerte, no vamos a pelear por Hendar y por su legítima reina… todos estos hombres y yo misma, el día que tomamos las armas, juramos lealtad al reino y a su monarca, eso no cambiará.

—¿Escondiéndonos en el bosque como fugitivos vamos a recuperar el trono acaso? —preguntó Katharina con sarcasmo en medio de su enfado.

—Pues de la forma que sea necesario para conservar la vida, si mueres; el legado de tu padre y la tranquilidad de todo Hendar se irá para siempre bajo el azote de tu tío, eso lo sabes. Vista la situación actual y la condición de desventaja en que nos hallamos, solo queda una opción y te pido que la tomes, sin necedad, piensa con sensatez; debemos continuar camino hacia el reino de… tu futuro esposo.

Katharina se quedó viéndola fijamente y no pudo ripostar, agradeció una y mil veces contar con aquella mujer que no temía enfrentársele por más reina que ella fuera, que le sacaría del camino errado siempre y le ayudaría a tomar las mejores decisiones.

—Pedir ayuda a Simón…

—Si está usted de acuerdo, majestad; por supuesto —argumentó su amiga, con la esperanza de que aceptara la idea.

—En efecto… no sé qué haría sin ti. Partiremos a ver a Simón cuanto antes.

—Una hora más para continuar en mejores condiciones, al caer el sol, bordearemos Hendar y seguiremos hacia Axturis —culminó Anna y con una señal de su mano le indicó a sus hombres que la pausa continuaba.

Capítulo 29

Luego de muchas horas de andar, finalmente el pequeño grupo viajero acampó cerca de un río. Bestias y hombres calmaron la sed de todo un día de camino, y aún les quedaba un par de jornadas de viaje para llegar al reino de Simón.

—Necesito un baño urgente —comentó la reina para sí misma viendo a algunos de sus hombres prender una fogata y se alejó sin que la notaran, buscando algo de privacidad—. Aquí es perfecto.

—Tienes el innato poder de escabullirte siempre sin que nadie se dé cuenta —la voz de Anna la hizo sobresaltar mientras intentaba torpemente sacarse las botas.

Kath sonrió, logrando finalmente deshacerse de los zapatos que le tenían los pies hinchados. —Y tú, el de aparecer de la nada, como un fantasma.

Anna también sonrió; mas, de inmediato recuperó su seriedad, esa que la había acompañado por todos esos días de viaje. —Regresemos con los demás, no es seguro apart... —las palabras murieron en su garganta al ver caer la capa de su reina al suelo—. No creo que sea una buena idea, hace frío y...

—Y yo necesito un baño —el resto de sus vestimentas también cayeron sobre las piedras, una tras otra—. Apesto... y tú también, así que deberías...

—Estaré aquí cerca, no tardes —Anna la interrumpió dándole la espalda mientras el corazón se aceleraba en su pecho, sabiéndola e imaginándola enteramente desnuda.

—Anna…

—Haz lo que tengas que hacer, no me alejaré —dijo con voz fuerte, algo fastidiada.

—Anna…

—Katharina, no hagas esto, por favor… no puedo continuar asì, tus incesantes provocaciones, me ponen en…

—¡Annalìa! —gritó, atrayendo finalmente no sólo la atención, sino también la mirada de la amiga, quien exorbitó los ojos al ver lo que sucedía.

—No te muevas —le ordenó.

—¡No pienso quedarme a ser la cena de este animal!

—No te muevas —repitió, viendo la amenazante serpiente que se hallaba a menos de un metro de su majestad.

El animal debía medir, a simple vista, unos siete pies y Annalía sabía que una mordida de aquella especie sería letal.

—Anna, haz algo —Kath estaba temblando y no era por el frío, mientras se cubría los

senos con ambas manos sin perder de vista al enorme reptil.

—¿Qué diablos quieres que haga? Está muy cerca de ti, un solo movimiento puede ser fatal, Kath —murmuró, permaneciendo inmóvil.

—N-no lo sé —el corazón de la reina latió fuerte en su pecho cuando el animal se arrastró un poco más hacia ella, lentamente y acrecentando el pavor que ya sentía—. Mierda, Anna… llama a los chicos.

—Estás completamente desnuda, no pienso llamar a nadie —movió lentamente la mano, llevándola a su cinturón sin perder de vista al enorme reptil.

—¿Es en serio? ¿Eso es lo que te preocupa ahora? —Kath retrocedió lentamente un paso, cometiendo un gravísimo error, ya que la serpiente se movió más rápido, abriendo sus fauces y mostrando sus mortales colmillos; lista para atacar a su presa.

—¡Que no te muevas, carajo! —gritó Anna un segundo después de lanzar con fuerza su puñal, incrustándolo en la cabeza del animal unos milímetros antes de que lograra clavar sus colmillos en la pierna de Kath, quien cayó al suelo por el susto—. ¿Estás bien? —corrió hacia ella mientras el reptil se retorcía en el suelo.

—S-sí... c-creo que sí —Kath se tocó las piernas—. Por Dios —murmuró, sintiendo todo su cuerpo aún temblar.

Anna sonrió mientras atrapaba la serpiente muerta y la levantaba. —Y pensar que este asqueroso reptil es tu animal favorito —se la mostró.

—¡Aleja eso de mí! —logró finalmente ponerse de pie—. Casi me muerde.

—¿Aún su majestad quiere nadar en ese río? —preguntó Anna e inmediatamente se rio al ver su cara de espanto, adorable para ella, como siempre—. Puede ser que haya más de estos ahí, tal vez era una madre y sus...

—Tal vez pueda soportar un poco más esta suciedad y hedor que traigo encima —su majestad rio también, encontrando los ojos de su amiga, dejando de reír al instante bajo aquella mirada que lograba llevarla a otra dimensión—. Anna...

—Vístete —le ordenó Annalía, haciendo un gran esfuerzo para controlar sus más humanos instintos —. Regresamos al campamento —y desvió la mirada.

Kath recogió sus vestimentas del suelo y de inmediato inició a vestirse mientras la otra le daba la espalda. —¿Qué sucederá cuando todo esto pase? —preguntó, muy seria.

Annalìa suspiró. —Cuando recuperemos tu trono, te desposarás y serás...

—Anna, yo no quiero perderte, no quiero perder... tu amistad, que es lo más importante.

—Lo más importante para ti es Hendar —se volteó a verla— y su bienestar, eso siempre me ha quedado muy claro.

—¿Te irás de nuevo? —sus miradas chocaron pesadamente.

Annalìa abrió la boca con la intención de responder con toda sinceridad; mas, el zumbido

de una flecha que pasó volando entre ambas hizo, como era de esperarse, desviar su total atención y centrarla únicamente en proteger a su reina...

La guerrera empuñó su espada, cubriendo a su majestad con su propio cuerpo, viendo emerger de la oscuridad a unos cuatro hombres de muy mal aspecto.

—¡Quédate detrás de mí! —ordenó, deteniendo el primer golpe.

—¡Mierda! —Kath estaba a medio vestir y no tenía nada con qué defenderse del sujeto que, logrando escabullirse de la feroz guerrera que les hizo frente, pudo llegar donde estaba ella.

Esquivó el filo de aquella espada deseosa de su sangre real; pero tropezó y cayó de bruces al suelo, exorbitando los ojos cuando vio al tipo abalanzándose hacia ella, dispuesto a terminar con su existencia. Cerró los ojos con fuerza, esperando su inminente fin y abriéndolos al escuchar el maleante gritar, para seguidamente verlo caer a su lado.

—¡Levántate! —Anna le extendió la mano.

—¿Cómo diablos nos encontraron? —Kath aferró aquella mano con fuerza a la vez que su mirada centró al tipo que salió de la nada, puñal en mano y ojos endemoniados—. ¡Anna! —gritó, logrando interponerse entre el sujeto y su amiga.

—¡Kath, hazte a un lado! —Anna de inmediato lo enfrentó, logrando derribarlo en cuestión de segundos, encajando su espada en pecho del tipo.

El sujeto cayó muerto junto a sus compañeros.

—¡Tenemos que irnos! —dijo, al escuchar no muy lejos a sus hombres combatiendo—. Han venido por ti y tengo la impresión de que son muchos —se volvió hacia la reina, quien observaba la sangre que manchaba sus manos—. Kath... ¡Estás herida!

—No es n-nada —volvió a llevar la mano a su vientre, sintiendo el fluir de la sangre—. E-estoy bien —mintió, mientras su vista se nublaba, hasta quedar completamente a oscuras y caer en los brazos de la mujer que amaba más que a su propia vida...

Capítulo 30

Abrió los ojos de golpe e intentó incorporarse; mas, la punzada de dolor proveniente de su abdomen la detuvo. Un quejido emergió de su garganta, capturando la atención de Anna; quien avivaba el fuego.

—No te muevas, estás herida —le dijo, mientras tomaba un puñal y posicionaba la hoja entre las flamas de la pequeña fogata.

—¿Dón-dónde estamos? —preguntó Katharina, viendo a su alrededor, asustada.

—Al seguro, por ahora.

—¿Y los demás?

Anna se decidió a mirarla, negando con la cabeza. —Todos han muerto, por suerte logramos escapar; pero tú... —las palabras murieron en su garganta y desvió la mirada, para que no viera las lágrimas que se escondían en sus ojos.

Kath llevó una mano a su vientre, la herida no dejaba de sangrar y sentía que la debilidad dominaba todo su ser.

—No debiste hacer lo que hiciste —Anna centró la vista en la hoja que comenzaba a colorarse de rojo—. Fue inconsciente y...

—Y lo volvería a hacer sin pensarlo, Anna.

—¡Podías morir!

—Sabes que daría mi vida por ti...

—¡No lo digas! —Annalía se levantó y caminó hacia ella con el puñal al rojo vivo en una de sus manos.

—¿Qué vas a hacer? —exorbitó los ojos con espanto.

—No hay otro modo, tengo que cauterizar esa herida, Katharina —sus ojos brillaron, estaba haciendo un gran esfuerzo por mantener ocultas sus lágrimas.

—Está bien —la reina respiró profundo y se descubrió la fea herida—. Estoy lista —no lo estaba; mas no le quedaba de otra.

—Muerde esto —le entregó un pequeño ramo.

—Dios… esto va a doler.

—Que sepas que me duele tanto a mí como a ti —contestó Anna, centrando su mirada por algunos segundos, en aquellos ojos que amaba y sin pensarlo más, pegó la hoja ardiente sobre la herida.

El grito de la reina retumbó entre las paredes de roca de aquella gruta en medio del bosque.

Segundos después, la oscuridad volvió a apoderarse de ella.



Parpadeó varias veces antes de despertar de aquel largo sueño o, mejor dicho, pesadilla.

—¿Dónde estoy? —preguntó exorbitando los ojos al verse en una escuálida, pero cálida, habitación—. ¿Qué...? —se interrumpió al ver aparecer a Anna con una charola humeante entre las manos.

—Al fin despiertas —le dedicó una media sonrisa mientras se acercaba y los deseos de abrazarla la devoraban por dentro.

—¿Dónde estamos?

—Cerca de nuestro destino —dejó la charola sobre la mesita y se sentó a su lado—. Estamos en una posada, al seguro.

Kath miró a su alrededor. —¿Cómo llegamos aquí? —se quejó y llevó la vista hasta su abdomen, perfectamente vendado.

—Tuvimos suerte, digamos —volvió a esbozar una media sonrisa—. ¿Cómo te sientes?

—Adolorida... pero bien —la reina sonrió—. Estoy viva, y es gracias a ti.

—Yo también te debo mi vida —Anna se puso muy seria viendo hacia el lugar de la herida—. Me tendrás que disculpar...

—¿Por qué?

—Porque tuve que tomar una de tus joyas para pagar el alojamiento, la discreción y las curas médicas —se puso de pie—. ¿Tienes hambre?

—Muero de hambre.

—Pues bien, el lugar es horrible; pero hacen una sopa deliciosa —tomó la charola y volvió a sentarse a su lado.

—¿Cuantos días llevo…?

—Tres días —Anna llevó una cucharada de sopa a los labios de la reina—. Tuviste mucha fiebre y en un momento pensé que...

—Estoy bien, Annalìa —la vio desviar la mirada, disimulando aquellas lágrimas que se esforzaba por controlar—. Ambas estamos sanas y salvas —levantó una mano y acarició con suavidad su rostro—. Anna...

—Tu futuro esposo… está aquí —soltó de repente, interrumpiendo la caricia.

—¿Cómo? —Kath intentó incorporarse, mas la herida aún dolía.

—Llegó ayer en la noche, acudió de inmediato tras el mensaje que le envié en cuanto

llegamos a este lugar —se puso de pie—. Iré a llamarle, estaba muy preocupado.

—¡Anna, espera! —la detuvo antes de que llegara a la puerta—. Nosotras...

—Es el momento de que se reúna con su futuro esposo, majestad.

—Tú y yo tenemos que hablar, necesito saber que...

—Ahora lo importante es que te recuperes —volvió a interrumpirla Annalìa—. El rey Simón está al corriente de todo y obviamente está dispuesto a ayudarte a recuperar el trono de Hendar —volteó la mirada y salió de la habitación sin decir más.

Capítulo 31

La verdad que había apenas abandonado sus labios frente a Katharina, no dejaba de dar vueltas en su cabeza, como si antes no se hubiera convencido del todo de ella, hasta que la escuchó de su propia voz. Muy pronto la reina se casará, su vida quedará unida por siempre, a la del hombre que le ayudará a recuperar su trono y le cambiará el futuro a todo Hendar. Ya era hora de que su corazón terminara por aceptar de una vez, que el amor de aquella mujer iba más allá de lo que estaba segura que sentían ambas cuando estaban juntas; los sentimientos de su majestad estaban supeditados al compromiso que sentía con su pueblo y con la corona que le heredó su padre.

Sentada al aire libre y a la luz de la luna, lejos de la entrada de la posada, se dedicaba a retocar el filo de su espada cuando vio una silueta salir y dirigirse hacia ella. La reconoció de inmediato y una media sonrisa se esbozó en sus labios.

—¿Por qué tan distante mi heroína favorita?

—Alma —pronunció su nombre y dejó lo que estaba haciendo para ponerse de pie ante su llegada.

—¡Vaya, mujer! *“Yo también me alegro mucho de verte”, “te extrañé tanto”, “moría porque el destino nos juntara nuevamente”;* ¡qué sé yo! Estoy segura que existen una y mil formas de engañarme dulcemente, ¿qué te cuesta? —bromeó la consejera del rey y sin más preámbulo se adhirió a ella en un abrazo.

Anna rio ante sus frívolas palabras y recuperó la distancia luego de algunos segundos.

—¿Cómo haz estado, Alma?

—Ni tan bien como merezco, ni tan mal como mis enemigos quisieran verme; pero, digamos que no me puedo lamentar.

—¿Qué enemigos podrías tener tú? Eres muy… sociable. Debes tener sólo buenas relaciones en tu reino.

—¡Ni te creas! —exclamó la chica, acercándose para hablarle un poco más cerca al oído—. Hay más de un noble celoso que daría su fortuna por atrapar a quien ha osado meterse bajo las sábanas de su esposa —ambas rieron a carcajadas.

—Tú no cambias…

—Asì es, si lo hiciera, dejaría de ser yo y ya no te gustaría más.

—Pretensiosa.

—Mejor cambiemos de plática, que luego me lanzo y te me escabulles; no quiero perder tu amistad —un pequeño silencio se interpuso entre ambas momentáneamente, rompiéndose cuando Anna echó a andar mientras Alma la seguía—. Mejor cuéntame… ¿cómo está eso de que el tío insoportable de la reina ha usurpado el trono?

—Ya lo veía venir… Tiberius es una rata que se aprovecha de todo y todos con tal de lograr sus objetivos. La corona de Hendar ha sido su más grande anhelo desde siempre, ha llegado a lo impensable por conseguirla. Se viene una batalla dura…

—Cerca de aquí tenemos asentados trescientos hombres que viajaron con nosotros, mañana se nos unirán el doble; y otro número significativo de soldados ya viajan por mar rumbo a las costas de Hendar… Simón fue claro y preciso cuando dio la orden de alistamiento: vamos a derrocar el reinado ilegítimo de ese loco cueste lo que cueste. Hace un momento se lo ha reafirmado a la reina y le dio su palabra. Devolverle el trono será su más grande regalo de bodas.

Annalìa se detuvo frente a los escalones que daban acceso a la entrada principal y la miró, mientras dibujaba una sonrisa que contrastaba con lo que reflejaban sus ojos.

—No me cabe duda alguna que así será.

Lo que vio Alma reflejado en su mirada le hizo sentir encogérsele el corazón y quiso remediarlo seguidamente; pero ya era tarde, Anna huiría de su plática como lo hacía siempre que tocaba temas que ella no deseaba tocar. — ¡Bueno, cuéntame qué ha sido de ti en este tiempo que no nos hemos visto! Entremos y te invito a una…

—Lo siento —la interrumpió la guerrera de inmediato—, la verdad… he descansado muy poco estos últimos días y ahora que Kath —se detuvo, corrigiéndose de inmediato—, que su majestad, ha despertado y está su futuro esposo para cuidar de ella; aprovecharé para tomar un descanso, siento que lo estoy necesitando. Estoy segura que la reina no podría quedar en mejores manos —sonrió como si hacerlo le representara un compromiso y le dio la espalda, tomando los escalones hasta adentrarse en la taberna que se hallaba bajo la posada que los alojaba, mientras Alma la seguía con la vista sin decir más.



El rey Simón, sentado en una poltrona junto a la cama, acariciaba una mano de Katharina mientras comprobaba por sus propios ojos que su recuperación llevaba buen rumbo.

—Tienes muy buen semblante, estoy seguro que con unos días más de reposo y buena alimentación, muy pronto podrás abandonar el lecho —sonrió por unos instantes, antes de que ella retirara la mano con sutileza; pero sin poder esconder su intención de mantener la distancia.

—Te agradezco mucho lo que haces, Simón… he sabido que viniste en cuanto supiste lo sucedido; gracias por esta alianza, el reino de Hendar y yo, te estaremos en deuda por siempre y en mi caso, siento que no me alcanzará la vida para agradecerte lo suficiente.

—Oh, querida —él sonrió y se acercó para besarle la frente mientras se ponía de pie—… muy pronto, uniremos más que fuerzas contra cualquier enemigo; nos vamos a casar, mi bella Katharina —la observó muy atento tras mencionar el inminente matrimonio, luego prosiguió—. Tus enemigos, desde ya son los míos, tu suerte es la mía y mi deber es apoyarte en todo.

Al escuchar aquellas palabras que; no obstante, fueran un alivio dada su actual situación, inevitablemente a ella le sonaron a condena. Una lágrima se escapó de sus ojos y se apresuró a

enjugarla, aunque era ya tarde; el rey Simón notó su brillo mientras rodaba por sus mejillas.

—¿Todo bien, mi reina? —la observó una vez más con atención.

—Sí... es sólo todo esto que está sucediendo. No quiero que mueran personas inocentes... una guerra será fatal para mi pueblo.

—Sin embargo, es necesaria, Tiberius no entregará tan fácil la corona, la batalla es inevitable.

—Tal vez podamos hacerlo razonar sin llegar al derramamiento de sangre —ella lo miró a los ojos—. Tal vez yo pueda hablar con él...

—Eso es una pésima idea, él te quiere muerta y... —lo interrumpió el sonido de unos leves toques a la puerta.

—Es hora de cambiar las vendas a la reina —se escuchó decir del otro lado de la puerta.

—¡Adelante! —el rey Simón se separó unos pasos del lecho mientras la puerta se abría dando paso a una anciana curandera que él mismo había traído—. Continuaremos mañana esta conversación —se le acercó nuevamente para besarle la frente—. Descansa.

—Tú también —ella le dedicó una media sonrisa y lo vio abandonar la estancia—. En cuanto terminemos esto —dijo a la anciana, descubriéndose el vientre herido—, quiero que le informes a Annalía que deseo hablar con ella.

—Sí, mi reina.



—¿Querías verme? —Anna entró en la habitación, sorprendiendo a Kath parada frente a la ventana —. Deberías estar en la cama, ha dicho la curandera que tienes un poco de fiebre.

—Estoy bien —se volvió a mirarla, despacio—. Y sí, deseaba verte.

—Majestad, es mejor que vuelva a la cama...

—Ya te dije que estoy bien, Anna y te mandé a llamar porque necesito que organices una reunión con Tiberius, sé que a ti no te hará daño. Llevarás contigo los mejores hombres de Simón y...

—¿De qué demonios estás hablando? —Anna se le acercó—. ¿Acaso la fiebre te ha vuelto loca?

—No quiero una guerra, Annalìa... y haré hasta lo imposible por evitarla. Necesito hablar a solas con él.

—No, jamás te dejaré a solas con ese engendro del demonio...

—Anna —Kath se puso muy seria—, no te estoy pidiendo permiso, es una orden —sus miradas chocaron.

—Pues en ese caso… ordene mi detención por desobediencia —contestó Annalìa sin perder de vista sus ojos, muy seria, para luego retirarse sin más de la habitación, dejando muy en claro que no apoyaba para nada su idea y que estaba dispuesta a todo por evitarla.

Capítulo 32

El rey Simón había tomado prácticamente posesión de aquella posada en donde se hallaba su futura esposa. Había recompensado generosamente al propietario para que no dejara alojar a ningún forastero, por lo que todas las habitaciones y los alrededores, estaban ocupados por sus hombres y el personal de servicio directo que asistía a la reina.

—Buenos días, Anna —Alma recibió la recién llegada al salón con una amplia sonrisa, en la mesa que compartía con su rey.

—Buenos días, Alma... Majestad —saludó a ambos, tomando asiento.

—Buenos días... —las palabras murieron en la garganta del rey cuando su mirada fue capturada por la espléndida imagen de la reina de Hendar, quien descendía las escaleras con la frente en alto.

—¿Qué demonios? —Annalía se volteó para verla y apretó la mandíbula, molesta.

—Wow —Alma se puso de pie, siguiendo el gesto de su rey mientras Kath se acercaba sin mostrar señales de su delicado estado. —Se ve hermosa, aún convaleciente.

—No debió abandonar la cama —Annalía se veía furiosa por su innata necedad.

—Mi reina —el rey hizo una leve reverencia.

—Buenos días —saludó Kath, mientras Simón echaba hacia atrás una silla para ella, como todo un caballero.

—Es una hermosa sorpresa verte en pie —la ayudó a acomodarse.

—Ya he estado demasiado tiempo encamada...

—No lo suficiente —replicó Annalía de inmediato, fulminándola con la mirada —. La herida es demasiado reciente y esta noche tuviste fiebre.

—Estoy perfectamente bien, lista para...

—No lo estás —la interrumpió la guerrera, ganándose las miradas de Alma y el rey, por su ligereza al dirigirse a la reina—. Y deberías regresar a la cama.

—No soy una cría, Anna, si digo que estoy bien...

—Pero te comportas como si lo fueras —Anna dio un golpecito sobre la mesa, ganándose ahora la atención de todos en el salón—. Eres demasiado necia y... —finalmente se dio cuenta de que no estaban solas y bajó el tono de su voz, dejando escapar el aire pesadamente—. Buen provecho, se me acaba de quitar el apetito —y sin más, abandonó la mesa sin detenerse a mirar a ninguno de aquellos con quienes la compartía.

—Ufff… ¡qué mujer! —balbuceó Alma mientras agarraba su jarra de leche, sin perder de vista el rumbo que tomara Annalìa.

Los ojos de Katharina se posaron en ella mientras su rostro no tenía una expresión precisamente amigable; mas, se mantuvo en silencio e intentó concentrarse en la joven que le preparaba el desayuno.

—Pues, no mentiré —dijo Simón, luego de llevarse una servilleta cerca de los labios—; a mí me parece una mujer demasiado… atrevida, Katharina. Eres su reina y por más amigas que sean…

—Annalìa es más que una amiga para mí —lo interrumpió la monarca de inmediato, sin dar a entender su estado que variaba entre la molestia y el insulto—. Es… alguien muy importante en mi vida.

—¿Como una hermana, quizás, majestad? —preguntó Alma, buscando su mirada por un instante.

—Es una parte importante de mi vida, prácticamente crecimos juntas, desde que mi padre la llevó a Hendar. No hay algo de mí que ella no conozca y viceversa…

—Entonces, sí es como una hermana para ti; tal vez por eso se cree que puede hablarte de tal forma, no lo veo bien… pero respeto tu autoridad y la forma en que la ejerces, mi reina —Simón le sonrió y le acarició una mano que ella se apresuró a retirar de inmediato.

—Hermano… era Tiberius de mi padre y ya sabes lo que hizo; Annalìa daría su vida por mí, va más allá de un lazo sanguíneo —sin percatarse de que nuevamente la mesa estaba siendo objeto de atención de los presentes, el tono de la reina se elevó un poco, aunque brevemente.

—Tienes razón —cedió Simón y sonrió nuevamente, intercambiando una mirada con su consejera—. Discúlpanos, sobre todo a mí, por mi inadecuada observación respecto a su comportamiento.

—Bueno —se excusó Alma soltando la tostada que apenas había probado—… iré a ver a Anna, salió molesta y se me da muy bien hacerla reír —sus ojos nuevamente buscaron los de la reina y sus labios se curvaron al impactar su mirada contra la seriedad de esta—. Con permiso, altezas.

—Alma no se rinde con facilidad —comentó Simón con una sonrisa, atrayendo hacia sí la atención de la reina.

—¿Por qué lo dices? —indagó.

—Porque es obvio de que Anna le interesa y conociéndola, no descansará hasta...

—Eso es asunto de ellas —lo interrumpió de inmediato—. Son adultas y... libres —lo dijo con algo de tristeza en los ojos—... libres para hacer con sus vidas lo que les plazca... mas, como ya dije; no es asunto nuestro y mejor hablemos de lo que nos interesa en realidad —lo miró a los ojos y dio por cerrado el tema de aquellas dos.

Tras platicar con el rey sobre la suerte de su tierra y el próximo paso a dar, salió de la posada en busca de aire fresco y un poco de luz solar que ayudara a cubrir un poco la palidez de su rostro. Respiró hondo y arrugó la frente, evidente gesto de dolor; sin embargo, eso no la detuvo y descendió los pocos peldaños de madera, mientras con la vista barría los alrededores.

Caminó un poco hasta que finalmente, cerca del bebedero, halló a la persona que buscaba y apretó la mandíbula al verla muy sonriente y acompañada por la tal Alma.

—¿Puedes dejarnos a solas... Ada? —espetó al llegar junto a las dos chicas.

—Mi nombre es... —Alma sonrió y se encogió de hombros—. Ah, no importa; por supuesto, majestad —asintió y su vista viajó hacia Anna, quien había dejado de sonreír apenas llegó la reina—. Nos vemos más tarde.

Annalìa asintió y la siguió con la vista mientras se marchaba. Luego concentró su atención en la monarca.

—Déjennos a solas —ordenó a los guardias que el rey había puesto a su entera disposición. Luego deslizó la vista hacia Anna—. ¿Caminamos?

La guerrera la observó en silencio por varios segundos. —La sigo, majestad.

Kath detestaba su frialdad; mas, obviamente la comprendía. —He hablado con Simón, acordamos aguardar unos días para yo recuperar fuerzas.

—Me alegra saber que él sí te hizo entrar en razón —era muy evidente su sarcasmo.

—¿Tú qué piensas hacer? —Kath se detuvo a verla a los ojos.

—No entiendo a qué te refieres...

—Sé que he arruinado las cosas entre nosotras y que —bajó la cabeza—... jamás volveremos a ser las mismas de antes. Estoy consciente de que te he hecho mucho daño, Anna, no te mereces esto...

—Ya no digas más —a la guerrera se le humedecieron los ojos.

—Ni siquiera soportas mi presencia, Annalìa, me he dado cuenta y...

—No sigas, Kath —enjugó con disimulo una lágrima que estaba a punto de abandonar sus ojos.

—Eres libre, Anna —dijo con voz trémula y también enjugó un par de lágrimas—. Eres libre —sus miradas se encontraron de repente.

—¿Acaso me estás...? —respiró hondo—. ¿Me estás pidiendo que me marche?

—Te estoy solo diciendo que no me debes nada, que eres libre para irte lejos si lo deseas; lejos... de mí —le dio la espalda, tratando de controlar el mar de lágrimas que invadía sus ojos—. Y espero que un día me perdones.

Annalìa tuvo la intención de dar un paso hacia ella; pero se detuvieron tanto sus piernas como la mano que había extendido por breves segundos con la intención de tomarla del brazo.

—No tengo nada que perdonarte, al fin y al cabo; fui yo la necia que hasta ahora se negó a aceptar del todo lo que tenía frente a mis ojos —tomó un profundo respiro y ya no se molestó en secarse los ojos; la vio voltearse a mirarla nuevamente y respiró profundo—. Sí, me iré —la afirmación fue tajante y aunque Katharina provocó escucharla, no sabía cuánto le dolería hasta ese preciso momento—; pero después que me asegure que ya Tiberius no será un problema. Luego de recuperar el trono, mis horas en Hendar estarán contadas… No debe preocuparse por mí, majestad; no interferiré de ningún modo en sus futuros planes porque para cuando pueda llevarlos a hecho, yo ya estaré muy lejos.

—Anna, yo jamás quise que nada de esto sucediera, sólo yo sé cuán difícil me resulta a mí misma ignorar mi…

—Por favor, majestad —la interrumpió la guerrera, irguiéndose y adoptando la postura que todos mostraban frente a la reina—. Estoy segura que no tiene caso hablar más de este asunto. Ahora si me disculpa… iré a cumplir mi trabajo.

Capítulo 33

El estado de salud de Katharina fue mejorando cada día más, hasta que finalmente se reunieron ella y Simón con sus principales generales para ultimar el paso a dar al día siguiente: tomar Hendar.

Anna y algunos soldados fieles a la corona legítima del reino, a quienes había podido reclutar, se unieron al ejército del rey formando una sola fuerza. Más de un millar de guerreros aguardaban acampados en el bosque, la orden de alistamiento.

—Sabemos que ese traidor nos estará esperando —dijo Katharina, tomando la palabra ante al pequeño cónclave—; pero también conocemos su arsenal… Hendar ha sido pacífico desde antes que yo naciera, jamás hasta este momento pensé en reforzar las entradas al reino o mejorar nuestro armamento, asì como tampoco fue prioridad de mi padre, puesto que la paz siempre fue premisa y no nos vimos amenazados hasta ahora. En cambio, Simón —miró hacia el rey, que la escuchaba con atención—, tienes unas huestes fuertemente armadas, Tiberius no tendrá posibilidad alguna frente a eso.

—Disculpe, majestad —intervino Anna, quien antes había permanecido escuchando en silencio—. No debemos olvidar que su tío tiene aliados; sin contar que varios de los condados y ducados del reino son sus simpatizantes.

—Lo sé; pero estoy segura que en cuanto a preparación, le llevamos ventaja —respondió Katharina, asintiendo—. Además… algo me dice que tales aliados, al darse cuenta de la situación se retirarán a sus sitios; como sea ganaremos esta guerra porque pelearemos con honor y por causa legítima, no como Tiberius.

—Sólo digo que no debemos subestimarlo, tiene muchas mañas.



Anna entró en su tienda luego de aquella reunión, tirando su espada a un lado, algo fastidiada por la presunción del rey, quien al parecer se creía invencible y todo un salvador; pero, en realidad lo que más le molestó, fue que lo vio dirigirse a la tienda de Kath a esas horas de la noche, quién sabría con qué intención.

—Mantén la cabeza fría, Annalía —se dijo a sí misma, mientras se despojaba de los zapatos—. Pronto se unirán en matrimonio —murmuró mientras sus ojos se perdían en las llamas que emergían de unas velas.

—¿Puedo? —Alma la sorprendió restregándose los ojos con brusquedad—. Oh, ¿todo bien, mi guerrera preferida?

Anna enderezó la espalda, adoptando su característica postura militar. —¿Alma?... Hum, sí, entra.

—He traído esto —la chica levantó la jarra de vino que llevaba entre las manos—. Mañana podríamos morir, así que pensé que tal vez, deberíamos embriagarnos esta noche.

—Lo siento, pero no acostumbro beber antes de una batalla.

—¿Y cuántas batallas has peleado? —se rio, tomando dos recipientes.

—Te sorprenderías —contestó muy seria.

—Por favor, no me dejes beber sola, Anna —le alcanzó el recipiente lleno de vino—. Sólo un par de tragos y te prometo que me iré a descansar... además, algo me dice que te hace falta despejar un poco la mente.

Tras varios segundos de duda, Anna aferró finalmente el recipiente y bebió el contenido de un sorbo.

—Eso, mi guerrera... el vino ayuda a aliviar las penas...

—¿Qué sabes tú de mis supuestas penas? —indagó Annalìa, algo molesta por el comentario y secándose de inmediato los labios con el antebrazo.

—Anna… hay cosas que un ser humano no puede esconder; y tú no eres la excepción. ¿En verdad quieres que te diga en vano lo que ya conoces?

—Cuidado con lo que vas a decir.

—Nada —la consejera del rey sonrió y ahora fue ella quien bebió—, no voy a decir nada; porque no es de esas cosas que me gusta hablar contigo.

—No hay nada de qué hablar, mejor llename esto que a fin de cuentas a eso viniste, ¿no?

Alma sonrió y volvió a verter vino en la vasija de la joven, mientras su mirada se centraba en ella como si con eso pudiera decirle todo lo que sus labios se esforzaban por no dejar escapar.



Una chica culminaba de cepillar el cabello de Katharina, mientras ella sostenía conversación con el rey, quien había tomado asiento junto al lecho y llevaba ya un buen rato, observando embelesado la belleza natural de la reina a través del espejo frente a ella.

—En mis años de vida, jamás vi a mi padre alistarse para una guerra; no hubiera imaginado siquiera que esto me tocaría a mí —dijo Kath, haciéndole señas a la doncella para que se retirara.

—Tu difunto padre —respondió Simón—, fue sabio y magnánimo en su tiempo; estoy seguro que jamás sospechó de que sería su propio hermano, quien acabaría con su reinado y causaría la primera guerra en muchas décadas, para Hendar… —se alzó y caminó hasta la reina, colocando las manos en sus hombros y agachándose un poco para ver el reflejo de su rostro junto al de ella—. Todo saldrá bien, cariño, ¿estás nerviosa por lo de mañana? —preguntó muy cerca de su cuello mientras sus dedos comenzaron a acariciarla justo ahí donde su aliento se sentía.

—Pues… lógicamente —Katharina se alzó de inmediato y puso cierta distancia entre ambos—. Creo que un buen descanso es lo que necesito, mañana será un día crucial para el reino y para mí misma.

—Para todos; pronto estaremos casados y todos tus asuntos me atañen, querida —aguardó unos instantes en silencio hasta que finalmente sonrió y se llevó ambas manos al cinturón—… Entonces, lo más prudente es que… me retire y te permita descansar. No debes preocuparte por nada, la seguridad está bien reforzada en todo el perímetro y tendremos una noche tranquila.

—Lo sé, te has ocupado de absolutamente todo.

—Y será mejor que te acostumbres, mi reina, porque de ahora en adelante...

—Dios —lo silenció, sacudiendo la cabeza, sintiendo un nudo en la garganta que la estaba ahogando—. Esto no es justo.

—Desgraciadamente tu tío no nos deja otra opción —él aferró sus manos—. La guerra es...

—No me refiero a eso, Simón —ella bajó la mirada, incapaz de verlo a los ojos—. No es justo que arriesgues tu propia vida y la de tu gente por mí. Yo no puedo...

—Ey —la obligó delicadamente a levantar la cabeza—... Ahora lo mejor es que descanses, mañana nos espera un largo día.

—Simón —algunas largas se asomaron en sus ojos—. No te mere...

—Lo que sea que me quieres decir, me lo dirás cuando el trono de Hendar regrese a su legítima regente, ¿sí? —sonrió, aunque con una sonrisa que no envolvió sus ojos.

—Es que necesito que sepas que te aprecio; mas...

—Todo estará bien, Kath —la volvió a interrumpir y posó un beso en su frente—. Ahora descansa —se separó de ella y le sonrió como antes—. Buenas noches, mi reina —y le dio la espalda, desapareciendo en segundos por la puerta.

Kath dejó libres aquellas lágrimas y quedó con el amargo sabor en su boca de las palabras que el rey no dejó emerger, tal vez porque en el fondo sabía lo que le iba a decir. No podía continuar así. No podía simplemente ignorar su corazón...

—¡Dios! —exclamó para sí misma, secándose las lágrimas bruscamente y viendo hacia la salida.

Necesitaba verla. Necesitaba ver a Annalía. Le urgía decirle lo que en verdad sentía antes de emprender la marcha hacia una posible muerte. Necesitaba decirle que la amaba con todas sus fuerzas.

Tomó su capa y salió de prisa, quedando de repente inmóvil al encontrarse con Alma muy cerca de la tienda de Anna.

—Oh, majestad —la consejera del rey Simón sonrió—. Me sorprende verla por estos lares.

—Mi tienda está justo ahí —señaló con la vista el lugar del cual venía y luego vio hacia la tienda de su amiga.

—Yo voy por más vino —le mostró el jarrón vacío—. La noche aún es joven y dado que mañana partiremos sin saber si habrá retorno, es mejor aprovechar esta corta paz para… —la sonrisa que curvó sus labios logró molestar a Kath.

—Sí, lo es —esbozó una media sonrisa, queriendo ocultar su verdadero estado—. Hum... yo mejor me regreso a la cama. Que tengas buena noche —y dio la media vuelta, regresando sobre sus pasos.

—¿Todo bien? —Anna apareció tras escuchar las voces afuera y sus ojos de inmediato capturaron la imagen de Kath que se adentraba en su tienda; inevitablemente, el corazón se le disparó en su pecho, sobre todo cuando halló su mirada por escasos segundos.

—Todo perfecto, mi guerrera, iré por el vino. Te prometo que no tardo —contestó Alma sin perder su alegría y fue por su encargo.

Anna ni la escuchó, su vista había quedado fija en aquella tienda y su mente ocupada en la mujer a quien pertenecía en cuerpo y alma. Tuvo la intención de ir hasta ella, de ignorar la hora y lo que fuera que las separaba para escurrirse hasta donde estaba; pero la última conversación que habían sostenido regresó a su mente, frenando todo impulso de seguir a su corazón una vez más… Katharina había sido clara y su posición seguía siendo la misma, por difícil que fuera, mantener la distancia era lo mejor.

Apretó los puños a los costados de su cuerpo y expulsó pesadamente el aire, dándose media vuelta y regresando rápidamente a su tienda.



Él no dijo nada, no pronunció palabra alguna cuando sus ojos se toparon con los de su fiel consejera, que lo miraron asombrados cuando ella se detuvo súbitamente cerca de él, sosteniendo una jarra entre las manos.

De inmediato Alma se percató de lo que hacía su regente ahí, oculto en aquella esquina en donde no llegaba la luz de ninguna antorcha; y no supo si admirarlo o sentir pena.

—La has visto… ¿cierto? —Simón asintió con un leve movimiento de cabeza, sin pronunciar palabra alguna—. Aún asì… ¿estás convencido de lo que haremos mañana?

—Absolutamente, mis planes para con Hendar y su futuro no han cambiado.

—Incluso, ¿convertirte en su rey? —la pregunta lo sorprendió, silenciándolo y propiciando que se remitiera a dar la media vuelta para regresarse a su lugar de descanso, sin responder.

Capítulo 34

Casi sin haber pegado ojo en toda la noche, a Katharina le fue imposible recibir la luz del día sin las huellas del desvelo y de algo más alrededor de sus ojos; pese al esfuerzo del par de mozas que la asistieron en intentar hacerla lucir espléndida como siempre.

Había llegado el día decisivo, en el que supuestamente toda ella debería estar concentrada en el objetivo por el cual tantos hombres marcharían a un destino incierto; sin embargo, no era lo único que ocupaba sus pensamientos y eso la hacía sentir muy mal. Desde la entrada de su tienda recorrió con la vista parte del campamento, viendo cómo se preparaban los soldados, cómo alistaban las armas y algunos entrenaban. Bajó el telón de la puerta y regresó frente al espejo, su mente era un hervidero y en él había más reproches que aliento. Todo aquello era por ella, se sentía responsable de que estuvieran todos ahí, a punto de estar expuestos a la muerte y ella; se sentía muy mal por no estar concentrada de corazón en aquella empresa asì como parecían estarlo todos aquellos hombres.

—Ya mis hombres están listos para partir —Anna irrumpió en la tienda de su majestad.

El corazón de Kath se disparó en su pecho al escuchar su voz y se volvió de inmediato a verla, quedando extasiada ante aquella mujer.

—Déjennos a solas —ordenó a sus mozas, quienes abandonaron de inmediato la tienda.

—Sé que ya el plan está trazado —Anna tomó nuevamente la palabra luego de contemplarla de pies a cabeza—; mas, insisto en que usted se quede en el campamento...

—Sabes que eso no sucederá, pelearé junto a todos estos hombres que están aquí por mí... pelearé junto a ti —dio un paso hacia ella—. ¿Qué clase de monarca sería si me escondo?

—No es esconderte... es ser precavida.

—Sería cobardía —replicó de inmediato, esbozando una triste sonrisa.

—Podemos hacer esto sin ti —insistió Anna—. Además, eres la reina, si algo te llegara a suceder habríamos peleado por...

—Nada me sucederá, Anna —avanzó otro paso—. Nada nos sucederá, porque estaremos... juntas y nos cubriremos las espaldas, la una a la otra como siempre hemos hecho, ¿cierto?

Sus miradas se encontraron y ambas revivieron todo lo sucedido entre ellas desde que se conocieron, dándose cuenta justo en ese momento que aquello había sido sin duda alguna, amor a primera vista.

—Obvio estaré junto a ti —los ojos de Annalìa brillaron por las lágrimas que le causaron aquellos buenos recuerdos y sobre todo los más recientes. Apretó la mandíbula, dominando las emociones—. Créeme, no pienso perderte de vista por nada del mundo... —un abrazo inesperado la interrumpió.

Kath la estrechó con fuerza, tal parecía una despedida. —Necesito que sepas, en el caso de

que algo llegara a sucederme, que yo te...

—Las tropas están listas —ahora fue Simón quien irrumpió en la tienda, sorprendiéndolas e interrumpiendo aquella confesión—. Oh, no sabía que... —las chicas se separaron de inmediato—... estabas ocupada.

Kath secó sus ojos con rapidez. —No, hum... estábamos sólo...

—Iré con mis hombres —Anna adoptó su postura seria—. Les dejo a solas, majestades —se excusó y salió casi corriendo de la tienda mientras una lágrima rayaba su mejilla.

—¿Estás lista? —preguntó él con expresión indescifrable.

—Lo estoy —contestó con la vista perdida por unos instantes en el rumbo que había tomado Anna, luego se giró para colocarse su indumentaria y sus armas.

—Todo está por terminar, mi reina; y sé que la victoria nos favorecerá… muy pronto Hendar verá la luz de un nuevo amanecer como pueblo y yo estaré orgulloso de ser parte de ello. Muy pronto, cuando todo esto pase… prometo hacerte la mujer más feliz sobre la tierra y devolverte el brillo que te ha estado faltando en la mirada.

—Oh, Simón… —un nudo en la garganta y nuevamente aquel llanto que luchaba tras sus párpados por salir, le prohibieron decir palabra alguna.

—No debes preocuparte por nada —dijo él y le tomó las manos entre las suyas para besarlas.

La sensación de culpabilidad la estaba atormentando con cada palabra y buen gesto de aquel hombre que hasta ahora, había dado muestras solamente de pretender su bienestar… mientras ella no albergaba para él en su corazón, más que agradecimiento, cariño y admiración; pero ni una gota de lo que debe unir a dos seres que están a punto de contraer matrimonio.



El avance de las tropas hacia Hendar con las majestades al frente, comenzó pasado el mediodía, previo cálculo del tiempo en que tardaría en arribar al límite sur de la ciudad, el batallón que había tomado otro camino. La estrategia del rey era crear un cerco absoluto, cubrir cada acceso que le sirviera de vía de escape al usurpador del trono una vez que ellos tomaran el control; lo cual estaba seguro que lograrían.

Cabalgando al frente iba Annalìa. De vez en cuando se giraba sobre la marcha para observar a la reina, que cabalgaba rodeada de varios hombres y junto al rey.

—Creo que debiste hablar con ella antes de partir —le dijo Alma, acercándose tras rebasar algunos soldados de la fila para llegar junto a ella.

—¿De qué rayos estás hablando?

—Vamos a la guerra, Anna; ya sabes que antes de una guerra, no es bueno dejar cosas pendientes. Ambas sabemos de lo que hablo; sin embargo, sabes que eso no está bien…

Katharina muy pronto va a casarse.

—No hay nada pendiente, tengo clara mi función en esta historia y es precisamente lo que estoy haciendo; pelearé por la legítima reina y una vez recuperado el trono… voy a desaparecer, me iré tan lejos que ni siquiera mi recuerdo quedará por estos rumbos —volvió la vista inevitablemente hacia el lugar donde cabalgaba majestuosamente la dueña de su corazón.

Alma hizo lo mismo, encontrando por pocos instantes la mirada de la reina. —¿Sabes? Ayer en la noche ella iba a verte.

—¿Qué? —se aclaró la garganta y bajó el tono de voz—. ¿Qué estás insinuando, Alma?

—Nada, sólo digo que si no llega a ser porque me vio salir de tu tienda, pues —sonrió indescifrablemente—... tal vez hubieran podido aclarar las cosas entre ustedes.

—Entre nosotras no hay nada que aclarar —Anna llevó la vista al frente.

—En vez, yo creo que sí —insistió la chica—. Desde que nos reencontramos he podido notar cierta "distancia", " frialdad"... no sabría como describirlo; mas lo cierto es que es evidente que entre ustedes sucedió algo.

—No sucedió nada —iniciaba a enfadarse —. Ella se va a casar y yo me iré bien lejos —terminó de decir, acelerando la marcha con la vista al frente.

Capítulo 35

No les fue difícil a las tropas que peleaban a favor de la legítima reina, derribar las puertas e irrumpir en la ciudad. Katharina fue muy clara, evitar a toda costa derramar sangre inocente, sólo aquellos que se interpusieran en su avanzada hacia el castillo real sufrirían su cólera.

Mucha sangre fue vertida esa noche en las calles de Hendar. Los soldados de Simón se abrían paso sin piedad, hallando sólo dificultad al llegar ante los muros del castillo, donde al parecer Tiberius había concentrado la mayor parte de sus refuerzos.

Una lluvia de flechas envueltas en llamas cayó desde lo alto, sobre los soldados de Katharina; quienes sin dudar respondieron al fuego con la misma, o más ferocidad... Un grupo de hombres trataban de escalar la gigantesca barrera de piedras, pero su suerte no fue de las mejores, ya que desde la cima les arrojaron enormes recipientes de aceite hirviendo que luego ardió al contacto de un par de flechas encendidas.

Una lágrima que se mezcló con la sangre que manchaba su rostro, rayó las mejillas de la reina al ver tantos muertos caer sobre su amada Hendar.

—¡Soy su legitima reina! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Ríndanse y entreguen al usurpador, si lo hacen, prometo perdonarles la vida!

Hubo un silencio sepulcral de ambas partes por pocos segundos, hasta que la voz de uno de los generales que defendían la causa de Tiberius dio la orden de atacar de nuevo, y fue justo ese traidor el primero en caer de la barrera cuando una flecha certera se incrustó en su espalda, atravesando su pecho.

La mirada de Kath encontró la de Annalía en la cima de la barrera, quien junto a sus hombres había hallado un modo de entrar a escondidas y tras una feroz lucha, lograron derribar al grupo de soldados que custodiaba la entrada y abrir las puertas al castillo.

Las tropas de Simón se abrieron camino hacia el territorio real, eliminando a todo el que hallaban por delante, sin alguna piedad.

—¡Iré por él! —gritó Kath, corriendo hacia el interior del castillo acompañada de algunos hombres.



Annalía extrajo con brusquedad la espada que había incrustado en el abdomen de un enemigo y barrió el lugar con la vista, sin hallar rastros de la mujer por la cual estaba combatiendo.

—¿Dónde está Katharina? —preguntó a Alma, que luchaba contra dos hombre en el patio.

—¡No la he visto!

El corazón de la guerrera se aceleró y echó a correr, abriéndose paso a filo se espada entre la batalla hasta llegar adonde Simón.

—¿Y Kath? —preguntó, iniciando a desesperarse.

—¡La vi entrar! —respondió su majestad, arrojando un puñal y centrando el pecho de un soldado enemigo.

—¡Maldición! —la guerrera no perdió ni un segundo y corrió hacia el interior del castillo, seguida por algunos de sus hombres.

Los salones de la entrada estaban prácticamente vacíos, excepto por algunos cadáveres en el suelo, pertenecientes a soldados de ambos bandos; y ni rastro de Katharina. Algunos pasos acelerados se escuchaban provenientes de corredores contiguos; pero luego de derribar un par de hombres que pretendían a toda costa impedirles el paso hacia las escaleras, Annalìa finalmente tomó rumbo al siguiente nivel. Sabía que Tiberius estaría escondido en lo alto. Había entrado por Kath, mas presentía que hallando al usurpador, la encontraría a ella y sabía, que cada segundo que se demorara en hacerlo, aumentaba el riesgo para la reina cerca de aquella rata.

Lograron avanzar hasta lo más alto de la imponente edificación, en donde hallaron más de una docena de soldados con el estandarte de Hendar, cuya misión, estaba convencida que era impedir el paso a toda costa hacia la zona que siempre ocupó el príncipe.

—No vale la pena este enfrentamiento —dijo Anna alzando su espada frente a ellos, seguida por los suyos—… es cuestión de muy poco tiempo para que las tropas nuestras terminen la batalla afuera a nuestro favor; no creo que les valga la pena arriesgarse a morir por un usurpador que más temprano que tarde pasará a la historia del reino como un nefasto capítulo.

El que se mostraba al frente de la amenazante escuadra sonrió, aferrando su espada con fuerza —Fuera puede suceder lo que sea; pero una vez que el rey muestre su “botín” de guerra a los invasores, la victoria será nuestra. ¡Mejor ríndete tú, y tendrás una muerte rápida!

Sus temores se vieron materializados de inmediato; Tiberius tenía a Katharina y con ella pretendía detener la contienda. No había tiempo que perder, sabía que la mostraría a todos desde el mismo balcón en donde muchas veces ella misma y su difunto padre, le hablaban al pueblo. No era precisamente la rendición de las tropas lo que le preocupaba; sino la actitud de la legítima reina ante su peor enemigo, quien se sabía en ventaja sobre ella y no dudaría en hacerle daño sin ningún remordimiento… ya era responsable por la muerte de su propio hermano, no se tentaría el corazón para acabar con la vida de su sobrina.



No fue fácil el enfrentamiento con los hombres que protegían la zona donde se ocultaba el príncipe, mas, luego de varios minutos y la notable ventaja de los suyos sobre estos, Annalìa logró atravesar sus defensas y echó a correr por el amplio corredor hacia donde sabía que encontraría a la reina. Su corazón latía aceleradamente mientras la angustia la tenía presa. Había

jurado no separarse de ella ni perderla de vista durante la batalla y no lo había cumplido. Si algo llegara a sucederle sería su responsabilidad, así lo sentía y así se lo recriminaría por siempre si le hacían daño al amor de su vida.

—¡Detente, Tiberius! —gritó Annalìa apretando fuertemente el mango de su espada en alto, amenazante y llena de sangre, tras derribar a dos guardias que custodiaban al falso rey—. ¡Si le haces daño juro que...!

Tiberius se volvió, mostrando el puñal que presionaba contra el cuello de su sobrina, a quien tenía completamente sometida. —Me estaba justo preguntando, cuándo te nos unirías —sonrió, presionando más el arma contra la garganta de la chica.

—Ya no tiene sentido, Tiberius. Mira —señaló con la vista hacia el exterior—... los nuestros están ganando, Hendar es nuestra y tú, si le haces daño a la reina, no saldrás de aquí con vida, no tienes escapatoria.

—Eso es lo que crees —él volvió a sonreír mientras avanzaba despacio hacia el balcón con Katharina sometida—. Es una lástima, Anna, pudiste ser mi reina. ¡Te hubiera dado el mundo si me lo hubieras pedido!... pero ahora, te tocará ver como ejecuto a la mujer que sé que amas, antes de morir tú también; ese será tu castigo por despreciarme siempre... ese y por supuesto, tu ejecución después.

Anna bajó su arma tras sentir el filo de una espada presionar contra su espalda. Había más de media docena de hombres detrás suyo.

Tiberius se carcajeó. —¿Se quieren decir unas últimas palabras?

Kath, insólitamente silenciosa, decidió por fin levantar la mirada, hallando los hermosos ojos de Annalìa. —Te amo —confesó a la vez que empujó al príncipe, valiéndose del peso de su propio cuerpo hacia la baranda del balcón...

—¡Noooo! —el grito de Anna al ver a Kath precipitar junto a su tío retumbó entre las paredes y, sin pensarlo, levantó su arma contra aquellos que la sometían, logrando derribarlos en cuestión de segundos.

Corrió hacia el balcón y el alma le volvió al cuerpo cuando la vio colgando de una mano, haciendo un enorme esfuerzo por no caer al vacío. Inmediatamente se tendió sobre la barda cruzando hacia afuera prácticamente la mitad de su cuerpo, aferrando el brazo con que Katharina se sujetaba ante la expectación de quienes, desde abajo, habían detenido el combate tras la caída mortal del usurpador.

—¡Te tengo!

—Casi no logro sostenerme, Anna —murmuró la reina con voz quejumbrosa mientras intentaba sujetarse con el brazo libre.

—Sujétate fuerte y ayúdame, no te dejaré caer.

Por unos segundos sus miradas se encontraron, creando tal magnetismo que al parecer provocó el golpe de energía que ambas estaban necesitando para conseguir su empeño. Tras alcanzar la cima de la barda, el cuerpo de su majestad se dejó caer de bruces sobre Annalìa y

ambas cayeron al suelo; finalmente a salvo.

—Me has salvado la vida —pronunció la reina casi en un suspiro, sintiendo su corazón acelerado latir a la par del otro que palpitaba desbocado debajo suyo.

—Y la mía misma, porque ella se hubiera ido contigo de haber caído…

Sus labios estaban cerca, muy cerca y bastaba un leve movimiento para que se unieran como unidas estaban ya sus miradas; hubiera sucedido, de no ser por la llegada de Alma al frente de un grupo de soldados y seguidamente del rey Simón.

—¡Están bien, gracias a Dios! —exclamó Alma en cuanto entró, haciéndolas reaccionar de su momento mágico, justo antes de que el rey sorteara a todos para llegar hasta su prometida, quien ya se ponía de pie.

—Todo está bien, querida —dijo Simón en cuanto la tuvo envuelta en un abrazo fuerte—… ya todo ha pasado.

La mirada de Katharina buscó a Anna entre los presentes en cuanto logró liberarse, pero de esta sólo alcanzó a ver fugazmente su espalda mientras abandonaba la habitación.

Capítulo 36

Las esperanzas y la fe en la vida misma habían regresado a los habitantes de Hendar con la muerte de Tiberius. El nombre de Simón como salvador del reino junto a la legítima monarca, viajaba de boca en boca entre los pobladores; quienes manos a la obra se dieron a la tarea de recuperar el aspecto que una vez tuvo la gran ciudad tras haber sido el epicentro de la batalla; todo debía estar listo cuanto antes para la celebración del anunciado y bien esperado por muchos, matrimonio de los regentes.

Después de la gran batalla y ya en su trono, la reina ordenó preparar el castillo para festejar la victoria; y en honor a los guerreros aliados que habían hecho posible el retorno de la legitimidad al reino. Al día siguiente su futuro esposo partiría a su tierra a atender unos pendientes y en corto tiempo regresaría para contraer nupcias.

Katharina no volvió a ver a Annalìa desde que esta le había salvado de caer al vacío; y no dejaba de sentir una opresión en el pecho al recordar su promesa de marcharse; aunque sabía que permanecía en el reino porque había dado órdenes a su personal de confianza de avisarle si su comandante abandonaba el territorio.



—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —preguntó Alma, siguiéndola con la mirada a cada paso que daba Anna dentro de su habitación mientras hurgaba entre sus cajones.

—Ya te lo había comentado, no entiendo por qué la pregunta.

—Porque tenía la esperanza que recapacitaras. Huir no es la solución, Anna… he sabido que lo hiciste una vez y por lo que veo; no funcionó, ¿o sí?

—¿Tú qué rayos sabes de mí y de mis cosas? —Annalìa se volteó a verla, notablemente molesta.

—Sé que te vas porque no quieres estar aquí esta noche para el banquete, ni para cuando…

—Ya déjame en paz —continuó a recoger algunas cosas—… y para que sepas, poco me importa el ridículo banquete y menos lo que vendrá después.

—¡Eres tan terca!

—Y tú una entrometida —refunfuñó Anna con el ceño fruncido hacia ella, aunque de inmediato relajó su expresión—. Bueno, ya… no quiero discutir contigo —sonrió y dio un paso hacia ella—, es muy probable que esta sea la última vez que nos veamos, asì que —sin previo aviso le dio un abrazo a Alma, dejándola contrariada por el gesto para nada habitual en ella— cuídate mucho.

—Ay no, no me gustan las despedidas.

—Pues esto es. Te deseo buena fortuna en todo y que asientes finalmente tu corazón en alguien que te merezca, cabeza loca —le dio un leve golpecito en un brazo al separarse y se echó al hombro el morral que había estado preparando, lista para salir de una vez y por todas de Hendar y de la vida de Katharina.

—Ni te creas eh, un día me vuelvo más loca y salgo a recorrer el mundo, tal vez por ahí nos encontramos… quizá es lo que me falta para volverme encantadora —ambas rieron a carcajadas.

—Ya lo eres.

—Contigo no me funcionó —confesó Alma e hizo un puchero.

—Porque yo no soy la persona que está destinada para ti, esa anda en algún lugar por ahí —dijo Anna, caminando hacia la puerta.

—Cuídate mucho, guerrera; aunque debo confesar… que no pierdo las esperanzas de que esta despedida sea en vano y ocurra un milagro que te detenga.

—Sabemos que no existe… Adiós, Alma.



Estaba por caer el sol, cuando Annalìa arribó a los límites de la gran ciudad del reino, justo donde el amplio camino moría dando paso a una explanada de pasto verde y más allá, los bosques y senderos por los que planeaba perderse en el mundo. Se detuvo de golpe al ver cuatro soldados que le salieron al paso antes de llegar a campo abierto.

—Señorita… perdón, comandante; tenemos órdenes de no dejarla abandonar la ciudad.

—¿Cómo dice? ¿Órdenes de quién? —indagó de inmediato, llevando instintivamente una mano al mango de su espada.

—Del castillo, comandante, no estamos autorizados a dar más detalles; mas, me temo que deberá regresar…

—¡Soy una persona libre y he servido al ejército de este reino cuando me ha necesitado! Es mi voluntad ahora marchar, no pueden detenerme.

Los guardias se miraron contrariados entre sí, inseguros de cómo proceder en tal situación; pero la orden que tenían era clara y no sabían qué sería peor, si responder por no cumplirla ante quien se la dio, o intentar detener al mejor soldado de Hendar con quien no deseaban por nada del mundo cruzar armas.

—C-comandante, por favor… sepa usted que sólo cumplimos órdenes. Le pido un poco de comprensión hacia nosotros. Por favor, debe acompañarnos de regreso al castillo.

Annalìa blasfemó y se llenó de ira, mas lo cierto era que no podía abalanzarse contra sus propios compañeros que solamente estaban cumpliendo órdenes. No comprendía qué teatro era aquel, con el que la detuvieron tal cual si fuera una prófuga, o por qué simplemente no le

plantearon las causas de su retención en el reino antes de que abandonara el castillo. Todo era muy extraño; y la única forma de aclarar la situación era dejándose guiar por los soldados, por lo que, de mala gana, aunque más curiosa que molesta, los siguió por el camino de regreso.



Katharina se había refugiado en su recámara desde que le fue comunicada la partida de su “mejor amiga” del reino. Las huellas de las lágrimas en su rostro habían estropeado un poco los arreglos que le hicieron sus mozas para el banquete de esa noche. No sabía cómo mostrar su mejor versión, la que supuestamente debía tener a flor de piel para su pueblo luego de la liberación y para su futuro esposo, en nombre de quien festejarían esa noche.

Unos leves toques a su puerta la trajeron de vuelta a la realidad y del otro lado, se escuchó la voz de una de sus sirvientas:

—Majestad, el rey la solicita.

—Sí… dile que termino de arreglarme y bajo de inmediato, Laila.

—Como ordene, alteza.

La hora difícil había llegado. Ya no había vuelta atrás y por ello había recién perdido al amor de su vida. ¿Cómo seguiría adelante, con esa horrible mezcla de desdicha y culpa que embargaba su corazón?... No tenía idea alguna, de lo único que estaba completamente segura, era de que se había equivocado enormemente al creer que lo más importante, lo que le daría satisfacción y paz interna, era convertirse en la reina que necesitaban todos, olvidándose de ser la mujer que deseaba ser en verdad… para ella misma y para quien que amaba más que a todo.



La condujeron hacia una mediana habitación en el primer plano del castillo que ella conocía muy bien; era el salón en donde se guardaban armas y otros menesteres del ejército. Todo le resultaba sumamente extraño, más aún cuando vio que cerraron la puerta tras de sí y escuchó el sonido inconfundible de la cerradura a llave.

—¿Se volvieron locos acaso? —gritó, golpeando la madera con desespero.

—Lo siento, Anna… —reconoció de inmediato la voz de Alma del otro lado.

—¿Qué demonios significa esto? ¡Ábreme la maldita puerta, Alma! No he cometido ningún crimen para ser tratada de semejante manera.

—Lamento que deba ser asì; pero son órdenes del rey… deberás esperar aquí.

—¡No puede mandarme encerrar, si es que no he hecho nada! ¡Justo iba a desaparecer si no me hubieran detenido!... Alma, no pueden encerrarme; te digo que abras esta puerta ahora mismo o… —solo entonces se dio cuenta que se habían marchado y estaba hablando sola, lo cual

aumentó su rabia—. ¡Alma!



Ajena a todo lo que sucedía con Annalìa, la reina abandonó finalmente sus aposentos para acudir al llamado de su futuro esposo. Una de las muchachas de su servicio la acompañó hasta la biblioteca, en donde se hallaba Simón, de pie junto al umbral de una ventana con la mirada perdida hacia el oscuro horizonte.

—Aquí estoy —dijo Katharina acercándose a él y alzando el mentón al verlo a la cara—, Simón… yo también debo hablar contigo.

—En ese caso, te escucho, querida —él le sonrió y luego le dio la espalda, para ir por un poco de agua al servicio que había sobre la mesa—, tenemos tiempo aún, antes de que inicie la gran cena.

—Verás… es sobre nosotros —el rey le lanzó una mirada furtiva y luego tomó asiento, mientras ella se notaba en cierta dificultad para expresarse—. Ante todo, quiero que quede muy claro el aprecio que mi reino y yo, albergamos hacia ti; tú has sido —hizo una pausa y sonrió, a la vez que movió los párpados repetidamente para combatir las lágrimas que amenazaban con traicionarla—… eres, más que un aliado y un amigo, siempre tendrás la lealtad y el apoyo de todo Hendar y míos en lo personal.

—Lo sé…

—El hecho es que, precisamente por eso, no se me hace justo mentirte.

—Katharina… —él pronunció su nombre y la miró con cierta sorpresa.

—No me puedo casar contigo porque mi corazón pertenece a otra persona —ya estaba, lo había dicho, dejando salir las palabras en tropel como si la prisa en decirlas se debiera a una opresión muy grande dentro de su pecho de la cual debía y quería liberarse—. No tuve el valor para reconocerlo a tiempo y luchar por lo que siento; ahora es tarde ya… pero eso no significa que ha pasado, sino todo lo contrario, es más fuerte que nunca y estoy segura que es algo de lo cual no podré recuperarme fácilmente, si es que consiguiera hacerlo algún día—se secó una lágrima y continuó, ante el silencio y la mirada del rey—. Es por ello que no puedo casarme contigo, porque no tendría nada que ofrecerte como esposa… porque mereces alguien que al respirar piense en ti y no en alguien más; sería una traición sin nombre hacia alguien que merece todo lo contrario.

Katharina guardó silencio sin quitarle los ojos de encima, hasta que lo vio alzarse y llevarse las manos al cinturón, como de costumbre.

—Ahora me toca hablar a mí.

—No es necesario, Simón. Yo entiendo perfectamente que decidas retirarte y no querer saber más de mí ni de los tratos que teníamos…

—Lo primero, es que yo tampoco pretendía que nos casáramos —confesó el rey con una

media sonrisa y el rostro sereno—. Inicialmente sí; pero bastó convivir los primeros días juntos para darme cuenta que no era al verme a mí que tu mirada se iluminaba… que no desesperabas por mis ausencias o tardanzas, sino por las de alguien más… que eres tan especial y estás tan comprometida con tu reino y la corona, que eras capaz de callar lo que gritaban tus ojos y tu corazón, pensando en tus responsabilidades antes que en ti misma.

—Simón, entonces…

—Lo que decidiste contarme hasta hoy, yo ya lo sabía, mi reina —volvió a sonreír y le tomó las manos entre las suyas—. Sólo esperaba que decidieras ser sincera contigo misma y con los demás como acabas de hacerlo… y quiero que sepas, que la cancelación del casamiento no cambia en nada mis planes para con Hendar; eso ya estaba decidido.

—¿De qué hablas?

—Soy un hombre de negocios, Katharina, un visionario que ha aprendido lo suficiente en la vida como para saber que perder lo que no se tiene, no es perder; y dejar de ganar por hacerle caso a las emociones es de necios. Tu reino tiene todo el potencial para desarrollarse y volver a ser igual, o más próspero que en tiempos de tu difunto padre; yo quiero participar de ese avance porque también me reportará beneficios… si me lo permites, claro.

—Oh, Simón, no sé qué decirte —Kath no daba crédito a sus palabras—. ¡Por supuesto que te lo permito!

—Y en cuanto a ti, *querida amiga*; no todo está perdido cuando hay voluntad. Ese amor, esa persona que saca lo mejor de ti, suele llegar una vez en la vida según se cuenta; si le dejas ir… no te alcanzarán los días para arrepentirte por lo que no hiciste, que es siempre peor que arrepentirse por lo hecho.

La reina se liberó de sus manos y bajó la mirada. —Es tarde… en estos momentos, con toda razón debo ser parte de su pasado, por completa culpa mía. Un precio debo pagar por haber callado todo este tiempo y con mi silencio lastimarle, ese precio serán mis días grises porque no está.

—Yo creo que mejor la dejas a ella, decidir eso de que seas parte de su pasado o no, ¿no crees?

—No, es tarde porque ella ya… espera, ¿cómo sabes tú que es “ella” de quien estoy hablando?

Simón rio, esta vez más enérgico, dispuesto ya a acabar de una vez con la aflicción de la reina.

—Porque tus ojos y el resto de ti no lograron jamás esconder lo que callaban tus labios… Y para nada es tarde cuando hay vida, asì que ve; dile todo eso que nunca le dijiste y prohíbele la salida del reino de forma oficial, porque ahora mismo debe estarme odiando por mandarla detener y encerrar.

—¿Que tú hiciste qué? —los ojos de Kath se iluminaron mientras se abrían más.

—¡Ve, mujer! Tu comandante se desespera de seguro en su encierro. Uno de los guardias

de la puerta te guiará hasta donde está.

—No sé si reírme o llorar —confesó ella, corriendo hacia la salida del salón.

—¡Eso déjalo para después! Ahora solo se muy feliz, lo mereces.



Detuvo su andar de un lado a otro en aquella habitación, cuando escuchó el ruido inconfundible de la cerradura. De inmediato frunció el ceño, lista para encarar a quien fuera y exigir que de una buena vez, esclarecieran la que consideraba su arbitraria detención. No esperaba que se tratara de ella; verla, acalló lo que fuera que estaba por decir y su mirada se dio a recorrerla de pies a cabeza en un segundo.

—Anna…

Frente a ella y con el pecho aún agitado por la evidente carrera q debió haber echado hasta ahí, estaba la reina de Hendar, más que como tal; como la mujer a la que se le notaba desesperada y que no tenía intenciones de guardar las formas que exigía su corona.

—Kath… ¿qué haces aquí? ¿Tú sabías de esto?

—En lo absoluto —contestó a la segunda interrogante mientras controlaba su respiración y daba un par de pasos hacia ella—; sin embargo, debo confesar que jamás pensé, que verte encerrada me daría tanto gusto —sonrió tontamente y avanzó un poco más, hasta quedar justo frente a ella y tomarla de las manos.

—Katharina, ¿qué haces? Te pido que no remuevas cosas que sólo nos lastiman, al menos a mí; no me hace bien ese juego. Si estoy aquí es porque…

—Porque tengo una segunda oportunidad para hacer bien las cosas y créeme, no la pienso desperdiciar —fue la única respuesta de su majestad antes de lanzarse por sus labios, por los besos que tanto necesitaba.

¿Qué rayos estaba sucediendo? ¿Acaso no estaba a punto a casarse con el rey Simón?... Esas y tantas preguntas daban vueltas en la cabeza de Annalìa como torbellino; mas, el contacto con ella ejercía una energía envolvente a la que no podía resistirse.

—Espera, Kath… espera —se detuvo, justo a tiempo cuando sintió que, si no lo hacía en ese momento, no podría, sino hasta hacerla suya una vez más sin importar nada—. ¿Estás loca acaso? Tus invitados deben estar entrando al castillo y tu… prometido, debe estar buscándote por todas partes.

—No es más mi prometido —contestó Katharina y quedó atenta a su reacción.

—Pronto van a casarse y yo me voy a ir muy… —fue hasta entonces que cayó en cuenta de lo que acababa de escuchar—. Espera, ¿cómo dices?

—Que ya no habrá matrimonio; y que usted no va a ir a ninguna parte porque yo la necesito, porque yo te amo más que a mi vida y no estoy dispuesta a perderte otra vez, claro… a

menos que tu corazón no esté conmigo, sólo entonces yo…

Ahora fue Annalìa quien silenció su boca con un beso. Prácticamente la mitad de su vida esperando escuchar aquellas palabras y finalmente había llegado el día. Las lágrimas de ambas se entremezclaron en sus labios y, sin embargo, sus besos seguían siendo dulces.

—Perdóname por tardar tanto para darme cuenta que nada funciona para mí sin ti, por favor, Anna; perdóname si te he lastimado… te juro que no me alcanzará esta vida para hacerte feliz.

—Sssh… —Annalìa le tomó el rostro empapado en lágrimas entre sus manos y la miró a los ojos—. Lo que necesito para ser feliz, lo tengo justo entre mis brazos —le dijo y la estrechó muy fuerte, de modo que una podía sentir contra su propio pecho el latir del corazón de la otra.

Entre el deber y el corazón

Seis meses habían pasado ya desde la batalla contra el usurpador del trono de Hendar; y la reafirmación de la reina Katharina como única y legítima soberana. Seis meses de haber iniciado el reino un nuevo camino hacia la prosperidad, guiado por la monarca y bajo el apoyo de su innegable aliado, el rey Simón, que en todo ese tiempo supo hacerse reconocer como un gran amigo.

La renovación de las vidas hendarianas era notable. El comercio estaba en un punto de florecimiento que no había alcanzado jamás, apoyado por el reino aliado y recibiendo muy a menudo propuestas de otros reinos para negociar o crear nuevas alianzas económicas.

Katharina se veía feliz, plena, visible para todos; principalmente para la persona causante del semblante que la acompañaba siempre…

—¿Se le ofrece algo, “majestad”? ¿Me mandó a llamar? —preguntó Annalìa, irrumpiendo en la alcoba y hallándola en el balcón, de cara al horizonte.

—Por supuesto —respondió la reina y se volteó al escucharla, mostrándole una sonrisa que se agrandó al sentirse presa de su confortable abrazo—. Ya necesitaba de ti, hace horas que no te veía, amor.

—Debo atender mis funciones, hermosa.

—Hablando de eso… alista todo, mi cielo; la semana entrante partimos hacia Axturis, el rey se casa; hoy nos ha llegado la invitación oficial.

—¿En serio? ¡Pues, qué gusto!

—Ciertamente, me alegro mucho; gran parte de la paz y la felicidad que poseo en mi vida se la agradezco… principalmente, el tenerte hoy conmigo —dijo Kath y le dio un beso en los labios.

—Te amo, mi reina.

—Yo te amo más… mucho más.

Volvieron a estrecharse una a la otra en un abrazo acogedor que no llevaba prisa, como si pudieran pasar horas asì, e incluso sentir que una vida entera; como si no hubiera sitio en el mundo donde quisieran estar más que ahí... entre sus brazos.

Fin

Otras novelas

de

Sra.Sotto



LUNA ROJA

El acercarse de la Luna Roja representa un peligro para Aíra, quien desde su nacimiento se ha visto obligada a escapar de enemigos que pretenden usarla para sus más oscuros propósitos. En su incesante fuga se topará con la hija predilecta del supremo líder de la raza de vampiros, que con su astucia y determinación logrará capturarla para llevarla ante su adorado padre; el supremo líder de la raza de vampiros… pero sus planes se ven afectados cuando, sin darse cuenta, inicia a enamorarse de su prisionera…

Giara y Aíra están predestinadas a estar juntas, y así lo entenderán a través de las difíciles situaciones que deberán enfrentar para conseguirlo. Secretos ocultos y preguntas sin responder tejen una serie de conflictos en medio de los cuales nace el amor, ese amor que las hará ir en contra de todo y de todos por permanecer juntas.



LUNA ROJA II:
EL REGRESO DEL MAL

Medio siglo sepultando un pasado tortuoso que parecía imposible que las alcanzara, cuando de repente un día, la vida maravillosa que llevaban se vio sumergida en la oscuridad nuevamente… amenazada de muerte.

Giara y Aíra deberán probarle una vez más al mundo que el sentimiento que las une es más fuerte que cualquier obstáculo, que las mantendrá unidas pese a los intentos por separarlas; y descubrirán que su fuerza radica precisamente en eso: el Amor que unió sus almas cinco décadas atrás bajo la Luna Roja.

Una enemiga muy fuerte que representa un peligro latente para ellas y el universo entero está de vuelta, camuflada en las sombras y jugando sucio en busca del momento oportuno para dar la cara. Adalhisha está de vuelta y quiere lo suyo: recuperar "su cuerpo" y destruir a su peor enemiga para saldar la vieja deuda pendiente.

¿Cómo sortearán la muerte y el regreso del mal?... Lo sabrán solo al momento justo, mientras tanto tendrán que aferrarse a la luz que habita en ellas desde que unieron sus almas por la eternidad, porque esa luz será como ha sido siempre; la única arma en el universo capaz de vencer la oscuridad.



¿CULPABLE?...
SOLO DE AMARTE

Su único objetivo era "Aguilar", acercarse a ella y ganarse su confianza para descubrir dónde escondía el botín del robo… o al menos eso creía; hasta que su corazón comenzó a dispararse cada vez que Érica le hablaba, o hacía uno de sus comentarios cargados de doble sentido, logrando ponerla nerviosa. Entre sus planes no estaba enamorarse de su ángel guardián en aquel infierno, pero cuando apagaban las luces… adoraba que la envolviera entre sus alas.

Ella llevaba ocho años de prisión por un crimen que no cometió y la cárcel la llenó de rabia. Era fría y amaba el silencio, hasta que descubrió que adoraba sentir su calor estando en sus brazos y escucharla decir incoherencias en tropel cuando estaba nerviosa. Diana Castro se convirtió en su protagonista en las historias de amor de cada libro que leía, y con ella supo que para que una novela rosa tuviera final feliz; no necesitaba un príncipe azul… bastaba una princesa con el azul en el cabello.



POR AZARES DEL DESTINO

Michell Torino es una mujer que conduce una vida al límite y no tiene escrúpulos cuando se trata de obtener lo que desea; no pide permiso, solo lo toma a las buenas o a las malas… pero detrás de toda esa fachada de mujer fuerte, determinada y con un corazón de hierro, se esconde una chica con un trágico y oscuro pasado, siendo precisamente ese pasado lo que la llevó a convertirse en una de las personas más poderosas y temidas del país. Sin embargo, todo su mundo cambia cuando por azares del destino, se tropieza en su camino con Angie Montenegro; una chica rebelde que no calla lo que piensa, que es osada, no le teme, y es justo ese carácter muy suyo lo que va conquistando poco a poco el corazón de la doña…



EN LA SUITE 510

Muchas veces nos abstraemos de ver lo esencial en la vida por no tomarnos el trabajo de descubrir que más allá de convencionalismos, existen cosas hermosas. El amor... ¿existe algo que haya inspirado con más fuerza? No importa de donde venga ni hacia donde va, cuando es auténtico y correspondido, no hay nada que justifique cerrarle las puertas; sabios aquellos que logran comprenderlo.

Elizabeth y Leyla, se conocen sin máscaras, en medio de un mundo que juega a ponerle barreras que las separen; y aun envueltas en un sinfín de temores y fantasmas, aceptan que su destino es estar juntas. Por encima de prejuicios sexistas, de un pasado tormentoso y diferencias marcadas en un medio social visiblemente clasista, se separan casi a fuerza y; sin embargo, el amor permanece intacto por casi dos años, tiempo que utilizan una para sanar... y la otra para convertirse por amor en la persona que deseaba ofrecer de sí misma.

El inesperado reencuentro no deja lugar a dudas de que eran una para la otra, dos mujeres intensas que se pertenecían desde el día en que se conocieron accidentalmente en la suite 510, y para quienes la vida ya tenía reservado su final feliz.



SOY DE TI

Un reinado déspota y tiránico llega a su fin precisamente el día en que una nueva historia de amor comienza. Dos caminos predestinados a cruzarse coinciden precisamente en medio de una tragedia real: el tirano rey de Zendavia ha muerto, aparentemente a manos de una desconocida cortesana que fungía como asesina a sueldo.

Para nada apreciado, ni por su pueblo ni por la realeza – incluida su propia familia –, Claudio ll De Bourne contaba con la enemistad de suficientes personas capaces de ordenar su muerte; sin embargo, la identidad del autor intelectual del magnicidio supone una incógnita.

El trono cae en manos del hermano bastardo, quien pretende suceder a su antecesor también como esposo de su majestad la reina Amaia… solo que no contó con que esta resultaba ser precisamente uno de los corazones de esta historia de amor; y que el otro papel protagónico, ya estaba ocupado por la heredera al liderazgo de la oprimida tribu de hechiceros del bosque: Galia.

Entre entuertos e intrigas se desarrolla toda una madeja de hechos que intentarán separar a las protagonistas a toda costa; mas quien por amor obra y se adhiere a la justicia, siempre encuentra redención y merece su final feliz. Conozcamos pues, las verdaderas caras de los personajes de esta historia...

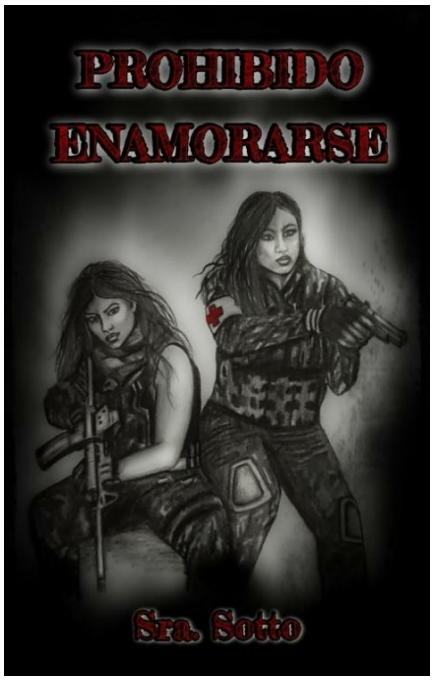


MI DULCE CONDENA

El rostro lúgubre de la guerra sonríe, tiñendo de rojo intenso las tierras de Dragorian y Atridac; dos reinos enemistados a través de los años. Una alianza entre ambos territorios promete ser el bálsamo que sanará las heridas de la contienda: un matrimonio.

Tras la turbia muerte del hijo primogénito del monarca dragoriano, no queda más alternativa que tomar en cuenta sus últimas palabras; y continuar con la deseada alianza que detendrá el sufrimiento de tantos inocentes… Una boda inusual en su tiempo: dos novias.

Secretos, intrigas, complots, corrupción y venganza. Valerie y Rubí, las princesas obligadas por las circunstancias a atarse en un matrimonio que figura ser un yugo pesado, el cual deberán cargar por el resto de sus vidas; pero el destino da un traspié a favor del amor y convierte en dulce aquella inicial amarga condena.



PROHIBIDO ENAMORRSE

«Cuando la vida te cambia en un segundo y a partir de entonces, te transforman en la villana del cuento de horror y sangre que otros han creado, cuando pasas de ser la intrépida capitán a cargo de un comando de operaciones especiales, para convertirte en fugitiva y vivir entre las sombras…cuando pierdes la única persona que te queda en la vida, a cuenta de una cacería absurda en tu contra…

Pierdes la fe en el sistema, en lo que fuiste y en todo lo que te hizo portar un uniforme con orgullo; para convertirte en una máquina despiadada que funciona solo con más sangre. Tu vida se centra en la venganza y crees que eso vale toda la pena.

Cuando creí que ya no quedaba nada por perder y solo necesitaba cobrar la deuda que tenía la vida conmigo, aparece ella, mi "Rambo-Girl" y endereza el mundo que llevaba de cabeza sobre mis espaldas, aprieta mis tornillos flojos y engrasa mi corazón con su arte de cirujana infalible. Ella, mi golpe de energía cuando ya nada me importaba; y pasó a importarme tanto… tanto como para convertirse en mi excepción de la regla. Enamorarse estuvo prohibido hasta que la conocí a ella, mi doctora favorita; la mezcla perfecta de ternura y fuerza que necesitaba mi corazón y yo no lo sabía.»

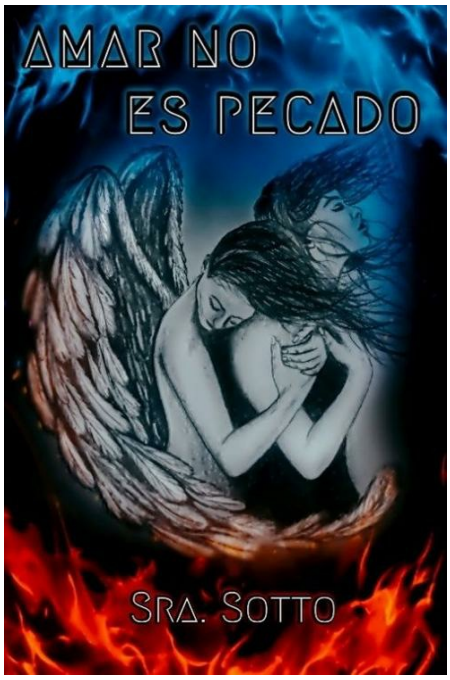
Leia Walker.



LA LUZ DE MI OSCURIDAD

¿Hasta qué punto pueden años de maltrato afectar la psiquis de una persona, al borde de llevarla a atentar contra su propia vida? O al punto de despertar dentro de sí un espíritu guerrero que se levanta indomable, dispuesto a tomar las riendas y dar un giro absoluto al futuro; alejándose por completo de tanta asfixia y ultraje que, hasta el momento del despertar, fueron su única forma conocida de existencia. Esta es la génesis de "La luz de mi oscuridad", el momento en que coinciden en el mismo tiempo y espacio dos mujeres con similares historias de vidas, abusadas por sus esposos; pero con una perspectiva y reacción al maltrato completamente diferentes para cada una.

Ámbar y Derim, huían en el mismo tren; como si mientras más kilómetros dejara atrás la máquina, más fácil fuera no recordar. Se conocen en un momento crucial para la vida de ambas: justo en el instante en que una de ellas, presa de los demonios que martirizaban su mente en forma de recuerdos, decide ponerle fin a su existencia arrojándose a la línea férrea; siendo truncada su intención por la desconocida de lentes oscuros y aro negro al borde de los ojos que la aferró de un brazo con fuerza.



AMAR NO ES PECADO

No se sabe que se está enamorado, hasta que descubrimos qué cosas somos capaces de hacer, o hasta dónde somos capaces de llegar por la persona amada. No hay sacrificio más bello que el que se hace por amor y eso, hasta Dios lo entiende; porque amar no es pecado.

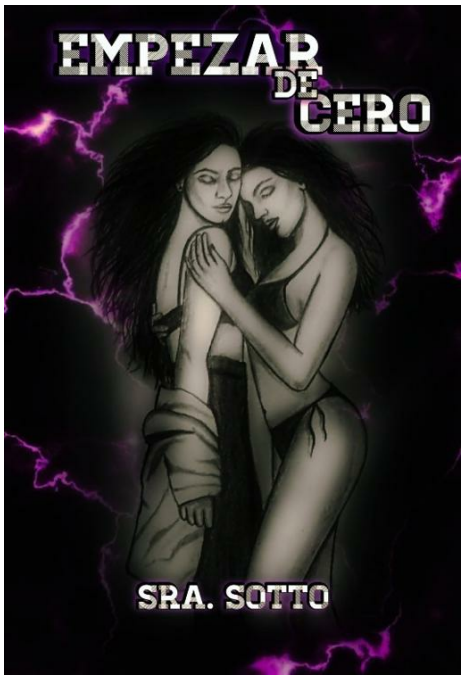
Amar desde el lado opuesto no es condenar el sentimiento ni resignarse a renunciar, es luchar por él hasta el final y asumir cualquier consecuencia, como lo hizo Jetzell al amar a Adiara; demostrando que cuando se ama desde el corazón, siempre hay recompensa. Las almas que se reconocen y están destinadas a permanecer juntas, vencerán cualquier obstáculo para conseguirlo, así tengan que sacrificar todo… o encontrarse en otra vida.



CON EL

ENEMIGO ADENTRO

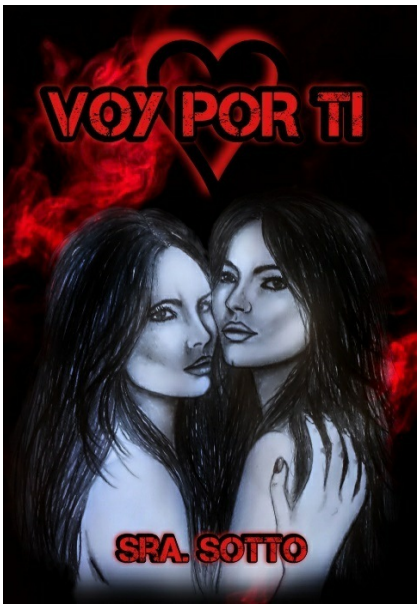
Cuando la teniente Scott aceptó la misión, no tenía ni idea del giro que daría su vida. La orden inicial era infiltrarse en la organización más grande de los últimos tiempos dedicada a la trata de blancas y otros delitos, para desmantelarla desde adentro; pero no contaba con hallar el amor en el lugar más inesperado. Juliana Conde, quien fungía en su lista de objetivos y además era la hija de su peor enemigo, resultó ser más importante en su vida que su carrera y la lealtad que juró a su país el día que se hizo policía; así como ella resultó ser la persona por la cual la poderosa heredera decide cambiar su destino, aun sabiendo que no sería tan fácil. En medio de un marcado conflicto de intereses, de una cruda lucha entre la ley y el crimen, surge una intensa historia de amor que une sus caminos para siempre, volviéndolos uno.



EMPEZAR DE CERO

Cuando el corazón está herido porque alguien nos arrebata algo que amamos, muchas veces la venganza suele ser el único camino que la razón encuentra; pero, ¿qué pasaría si en el andar hacia ese abismo nos sorprende el amor?... Las cicatrices empiezan a sanar, aunque no desaparecerán nunca; el alma se adhiere a ese nuevo sentimiento para intentar salvarnos de nuestros propios fantasmas y de la ira, impidiendo que nos convirtamos en lo mismo que tanto odiamos. Es la historia de vida de Kamila Guzmán luego de perder a su única hermana y buscar vengarse cobrando la vida de su verdugo; solo que no contó con enamorarse de Alejandra, la esposa del asesino.

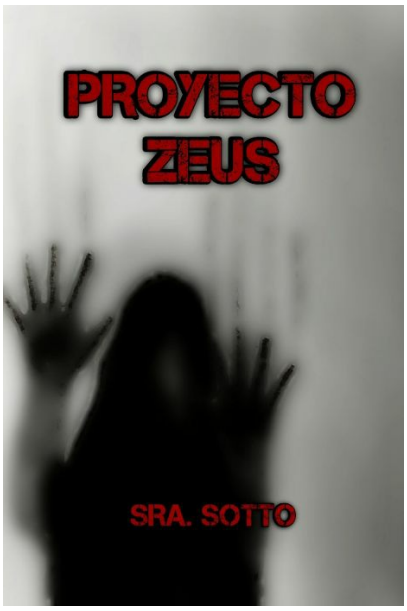
Nunca será demasiado tarde para comenzar de cero, para mover el prisma a través del cual tenemos nuestra propia visión de las cosas. A veces solo hace falta aferrarnos a los buenos sentimientos y la vida se encargará de castigar a quienes nos lastimaron; a veces solo es necesario confiar en el karma.



VOY POR TI

Estar en el momento y el lugar equivocados, puede convertir la realización de un gran sueño en la peor de las pesadillas. Recién casadas, Geena y Lyn viajan de luna de miel a Ibiza, siendo este uno de sus mayores sueños; pero el destino les hace una mala jugada y todo se complica en la primera noche en la isla, convirtiendo lo que debía ser un maravilloso recuerdo, en amargas vivencias que quedarán en sus memorias para siempre.

El trágico suceso de esa noche, amenaza con separarlas cuando recién unían sus vidas en matrimonio; solo que Geena no estaba dispuesta a perderla, aunque para recuperarla tuviera que convertirse en su antigua versión y Lyn… sabía que debía ingeniárselas para resistir mientras su esposa iba por ella.



PROYECTO ZEUS

Una niña rica y rebelde ante los ojos del mundo, pero en su interior encierra un macabro secreto de familia que terminará por alimentar en otros la codicia por el poder; un monstruo que devora su inocencia y convierte un ángel en demonio: El Proyecto Zeus.

Su padre propicia la cercanía con el amor de su vida – su guardaespaldas –, pensando que podría manejar la situación, pero todo se le escapa de control al ellas enamorarse, haciéndole perder las riendas de su imperio y de su propia hija.

El emporio Santemo termina a merced de un lobo con piel de oveja que resultará siendo su peor enemigo y la mayor amenaza, pendiendo de un hilo que el proyecto secreto caiga en las manos equivocadas.



ZODIAC

En un mundo distópico, donde por siglos han mantenido un orden social acérrimo, siguiendo estatutos y costumbres arcaicas; el pasado regresa como una amenaza para el sistema actual. El planeta Zodiac, se encuentra dividido en cuatro regiones y estas a su vez en doce casas zodiacales, de entre las cuales cada año, asume el poder supremo un regente que gobernará por encima de los demás.

Erym Zeffir, rebelde e impetuosa, adepta al cambio y al progreso, es una de las descendientes del regente de Escorpio; la cual termina cruzando límites a los que jamás se había siquiera acercado… por amor. Al conocer a Xia, de la casa Piscis, rompen las reglas que impiden en Zodiac las relaciones interpersonales entre integrantes de diferentes casas zodiacales, lo cual las lleva a escapar y descubrir así una conspiración en una zona aislada de la urbe, que pretende cambiar el orden natural instaurado por los antepasados y reconocer la existencia de la decimotercera casa que hasta entonces se creía extinta: Ofiuco.

Una aventura intensa les espera en su afán de proteger ese amor que las alienta a cualquier sacrificio, inmiscuyéndolas sin buscarlo ninguna de las dos, en un conflicto sociopolítico en medio del cual deberán aprender a jugar roles impuestos, con tal de volver a estar juntas.